

きまぐれオレンジ★ロード

*Kimagure Orange Road: A
las puertas del otoño*

Capítulo 1: Una nueva ciudad (Bailando entre los recuerdos)

La luz cegadora del sol de junio penetra a través de la ventana. La verdad es que ya no sé si es el amanecer o el atardecer. De hecho, hace tiempo que dejó de importarme. Izumi y Akemi duermen junto a su ojīchan Takashi, cada uno a un lado. Ambos tienen once años acabados de cumplir. Sobre mi regazo lo hace Kenji, de ocho. En realidad, me avergüenzo de lo que he tenido que hacer: darle un par de somníferos para que durmiera durante todo el trayecto. Pero no tenía alternativa si quería que fuera lo menos incómodo posible.

Hemos despegado del Aeropuerto Internacional de Narita a las ocho de la mañana en un vuelo de Virgin Atlantic y hemos aterrizado en Heathrow a las siete y media de la tarde. Podría haber sido en Schipol, en Orly o en el Charles De Gaulle. Preferí Londres porque ya lo conocía de otros viajes. Tras dos horas de espera, hemos cogido un avión de Iberia que nos conduce a nuestro destino. Miro el reloj. Son las once y diez de la noche según el GMT de Tōkyō. Quince horas en el aire. Esto es lo que pasa cuando no existe un vuelo directo. No pienso adaptar la hora hasta que lleguemos. Maldito jet lag. Casi olvidaba lo desagradables que resultan los trayectos de larga distancia. Esto casi no tiene nada que ver con los viajes que Madoka y yo hacemos a Estados Unidos para ver a sus padres, su hermana, su marido y nuestros sobrinos.

Miro la alianza que descansa en mi mano izquierda y cierro los ojos. Madoka: la licenciada cum laude en Literatura y Arte por la Universidad de Waseda. La prestigiosa profesora de música de una de las escuelas más importantes de todo Japón. La sensacional letrista, compositora e instrumentalista que ha maravillado al país y a parte del extranjero. El amor de mi vida. Todavía recuerdo aquella noche mágica en Yokohama, cuando por primera vez la llamé por su nombre. Ayukawa: quien empezó a convertirme en una persona un poco menos dubitativa y torpe. El Ángel que me robó el corazón con un sombrero de paja rojo. Hace ya tanto tiempo. Algunas veces, intuyo que sabía muy bien a quien se lo daba. ¿Por qué entregarle el regalo de su primer amor, su mayor tesoro, a mí, que por aquel entonces resultaba ser un desconocido? Apuesto a que no lo era, pues entre el encuentro en los 99 / 100 escalones y el acontecido bajo el árbol de los recuerdos, mi rostro apenas había cambiado.

Pero todo eso, ahora, da igual. Soy Kasuga Kyōsuke, 35 años. El amor de mi vida, que hace unos días ha cumplido los 36, me ha abandonado a las puertas del otoño. Sé donde está. Pero no qué hacer.

Por megafonía, la azafata nos informa que el avión está a punto de tomar tierra, y nos pide que nos abrochemos los cinturones. ¡Pobre hijo mío! Aún sigue dormido. Tengo que alzarlo de mi regazo, sentarlo y atárselo. Izumi y Akemi, que ya se han despertado, no tienen esos problemas, aunque debo decir que son más formales que Kenji. Me recuerda demasiado a mi primo Kazuya o, tal vez, a Ojīchan, si hago caso de lo que me contaba Obāchan de pequeño. Me costó mucho obtener el permiso de Matsuoka-sensei, la directora del colegio Kōryō, para que se ausentasen unas semanas. Y más, en pleno periodo de exámenes. Suerte que su padre, que había sido profesor en nuestra época en el gakkuen y que nos conocía bien, la convenció. Entendió que la ausencia de Madoka podría alterar su rendimiento, y concluyó que lo más apropiado era mantener a los niños cerca de su padre. A cambio, le prometí que estudiarían y recuperarían lo perdido. Reconozco desde el aire Barcelona y sus alrededores. No es Tōkyō, pero me llama la atención la densidad urbana que se aprecia desde las alturas. La asfixia de las calles, emparedadas como un katsusando por el mar y las montañas. También, que esté delimitada por dos ríos.

Ya tiene guasa la cosa. Viajamos junto a un numeroso grupo de compatriotas que van a hacer turismo. La excusa es la misma que me conduce hasta allí: la obra de Antoni Gaudí. La diferencia radica en que ellos están de vacaciones y yo trabajando. ¡Qué pesado se puso Yagami, el director del periódico donde escribo y publico, con el reportaje sobre el ‘Año Gaudí’!: que si me he quedado sin efectivos, que si eres nuestro mejor hombre, que si un reportaje firmado por alguien de prestigio aumentará la tirada de ejemplares, que si confío en tus dotes... Bla, bla, bla. Y suerte que no me recordó que tenía que justificar mi sueldo. Todavía se hablaba de mi desaparición en Bosnia, de mi brillante trayectoria, de los múltiples galardones que había recogido a lo largo de mi carrera... Y de mi mujer, aunque ésta se había encargado de que nunca se refirieran a ella como la ‘esposa de’.

¡Qué lejos queda mi graduación en facultad de Periodismo de Waseda! El mismo año que Madoka... Sólo que con no tantos honores. Al final, acepté la propuesta. Y lo hice por dos razones. La primera: porque mi jefe es tan cabezota como su hija Ibuki. La segunda: porque entendí que era una buena oportunidad para salir del país y estar lo suficientemente ocupado como para olvidarme de mi desdicha... O, al menos, eso creí. Por desgracia, no sabía que los muros que levanta la mente caen demolidos por el cansancio. Y eso no lo puede evitar ni los superpoderes del clan Kasuga. El lecho es demasiado grande en la ausencia de quien se ha amado tanto. Igual que el peso del cuerpo que se ha estrechado tantas veces. Igual que el perfume de su piel, blanca y fina. Eso sin contar el agravante de los sueños premonitorios, mezclados con los recuerdos y las pesadillas de lo vivido en Bosnia, que sin ni tan siquiera desearlo, han vuelto con mayor virulencia.

Ajusto la hora al GMT de la ciudad. Las dos de la mediodía: ya hemos llegado al Aeropuerto de El Prat. Barcelona está a unos pocos kilómetros. Tenemos más sueño que hambre. Kenji sigue ajeno a todo, dormitando. Como continúe así, me va a dar la noche. Mi padre juega y sonríe junto a Izumi y Akemi. Qué feliz se le ve a pesar del cansancio. Parece mentira, teniendo en cuenta que siempre ha sido muy serio conmigo y con mis hermanas. No sé si será por los nietos, porque tras tantas aventuras está a punto de retirarse como fotógrafo free lance o porque, con la excusa del reportaje, encontró una buena oportunidad para conocer la ciudad. Según él mismo, viene para ayudarme en todo aquello que necesite. ¡Ahora me explico de quien ha heredado la caradura mi hermana Kurumi!

Su esposa, Kyōko, se ha quedado en Japón. Menos mal. No porque sea una mala mujer. Al contrario, es un encanto. El problema está en que ella... También tiene poderes. Igual que el pueblo de mis abuelos. Si Kenji ya me da ciertos quebraderos de cabeza, no quiero ni pensar lo que hubiera sido un problema al cuadrado. A ratos se comporta como mi hermana Kurumi. Son tal para cual. Me enteré de todo unas semanas después de mi luna de miel junto a Madoka... Y no precisamente por boca de mi padre:

– ¿Moshi, moshi? Casa de los Kasuga. Ah!, eres tú Manami-chan.

– Onīchan, me alegro de que hayas vuelto. Tengo que hablarte de oyaji... Está saliendo con una mujer.

– ¡¡¡Qué!!!

– Sí, una tal Kyōko. Ayer nos la presentó a Kurumi-chan y a mí en el restaurante. No sé que pensarán Ojīchan y Obāchan de todo esto, pero estoy preocupada.

– Oye, otōsan ya es mayor para decidir con quien sale. Además, ninguno de nosotros estamos ya en casa.

– ¡¿Pero, qué dices?! ¡¿Y ofukuro-san qué?! ¡¿No la quería tanto?! ¡¿Ya se ha olvidado de ella?!

Después supe que se la había presentado Obāchan durante mi ausencia. Mi padre había viajado hasta el pueblo de mis abuelos, cerca del Parque Nacional de los Alpes Japoneses, para atender a Ojīchan, que estaba gravemente enfermo. Sus exequias fue el primer acto al que asistió Kyōko. Manami ni tan siquiera le dirigió la mirada. Fue entonces cuando intervino Madoka. Hasta entonces, la relación entre ambas había sido un poco ambigua. A pesar de que sus caracteres son similares, mi esposa experimentaba hacia mi hermana pequeña un extraño sentimiento de amor y odio a partes iguales. Por un lado, Manami fue quien desencadenó la ruptura de nuestro triángulo de amistad al mostrarle a Hikaru el sombrero de paja rojo, revelar la verdad y obligar a Madoka, indirectamente, a tomar una decisión. Pero por el otro, también comportó un terrible dolor en su interior, ya que perdía momentáneamente a su mejor y única amiga. Ambas pasearon un largo rato por el lago. Después, cuando se separaron, le pregunté a mi mujer:

– Madoka-san, ¿qué le has dicho?

Primero me observó con ese aire grave que adopta cada vez que hay un tema serio de por medio. Luego, sonrió y me tomó del brazo:

– Sólo que confíe en mi. Estoy segura de que tu abuela habrá tenido razones de peso para presentársela a Takashi-san.

Efectivamente. Un par de noches después del funeral, Obāchan habló a solas con Manami. Son como dos gotas de agua separadas por el tiempo. Tras la charla, corrió a pedir perdón ante mi padre y Kyōko. Imploró, en caso de que se casaran, el honor de acoger el banquete. Yo estaba sentado en una de las barcas, junto al lago, contemplando la luna llena reflejada en el agua. Como tenía por costumbre, Obāchan apareció discretamente, de improviso:

– ¡Kyaaah! Me has asustado.

– Te felicito, Kyōsuke-chan. Tienes una esposa estupenda.

– Sí, menos cuando se enfada. Si supieras que humor tiene... Por cierto, ¿qué le has explicado a Manami-chan?

– Desde que os marchasteis de casa, he encontrado a vuestro padre muy desmejorado. Se le veía triste. Supongo que porqué ya no era lo mismo sin vosotros. En aquel momento pensé que había llegado el momento de levantar la casa de nuevo.

– ¿Levantar la casa?

– Rehacer su vida. Creí que debía volver a tener esposa. Como puedes figurarte, la sugerencia puso furioso a Ojīchan, que se negó en redondo. ¡Qué hombre más cabezota!... Era del mismo parecer que Manami-chan y, además, estaba el tema del secreto de nuestro pueblo. Entonces, me enteré de que Kyōko-chan, la mejor amiga de tu madre, también había enviudado.

– ¿Y otōsan estaba de acuerdo?

– Tenía sus dudas. Ya sabes que quería mucho a tu madre. Entonces le expliqué la relación que tenía con Kyōko-chan. Para ella, Akemi-chan era como su onēsan, y estoy segura de que hubiera dado el visto bueno.

– ¿Y como convenciste a Ojīchan?

– Fue mucho más fácil. Kyōko-chan también tiene poderes.

– ¡¡¡¡¡¡¡¡Qué!!!!!!

– No grites... ¿Qué querías que hiciera? Era la alternativa más lógica para mantener a salvo nuestras habilidades.

Por fin llega el café. Excelente. Siento decirlo, pero es mejor incluso que los que el Master prepara en el Abakabu con su máquina expresa directamente importada desde Seattle. Me parece que se equivocó de sitio. Debería haberla traído de aquí o de Italia. Cierro los ojos por un instante, tratando de descansar un poco. Sin embargo, un ruido hace que los abra de golpe. De inmediato, una escena me llama la atención: ante el pasmo de quienes les rodean, una chica abofetea a un muchacho en la terminal de vuelos nacionales. Me llevó la mano a la mejilla. Un chispazo eléctrico rescata un momento muy lejano que había dormido en mi mente: el día en que Madoka partió hacia Estados Unidos y todos supieron la verdad.

Necesito dormir. De hecho, me gustaría dedicar los próximos días a aclimatar mi maltrecho cuerpo al GMT +2. Sin embargo, no puedo. Por primera vez en mi vida, tengo miedo de verdad. Los sueños premonitorios de todo tipo se mezclan con los recuerdos vividos junto a Madoka. No quiero aceptar que se ha acabado. Y no sé si ella lo habrá hecho. En especial, después de lo que Hikaru me dijo por teléfono: “Kasuga-sempai, por favor, dime qué está pasando... Cada vez tengo más la sensación de que tiene que ver contigo. Y algo me dice que huye de ti...”

De camino al hotel, en el taxi, echo una pequeña cabezada. De nuevo, lo real y lo soñado se mezclan. Ante mi acuden los recuerdos de una estancia de verano en la playa, para hacer surf. Por mi mente desfilan las imágenes de aquella chica, que llegamos a creer que era un fantasma. Madoka se desmayó pensando tal cosa. Se llamaba Koto. Sus palabras resuenan como un potente eco: “¿Es tu novia? Si es así, protégela”. A continuación, la acción se traslada al Abakabu, en los días en que se supo la verdad y mi mujer desapareció del mapa. Sentado en la barra, frente al Master, rescato lo que me dijo: “Cuídala... Te confío... A Ayukawa-kun”.

La imagen se oscurece. Hasta que, de golpe, un resplandor me deja momentáneamente ciego. Noto que mi cuerpo está inmovilizado. Poco a poco, recupero la visión y empiezo a reconocer el lugar en el que estoy. Es un juzgado improvisado en un edificio medio abandonado y en ruinas. Me escoltan dos soldados vestidos con uniformes de combate de la Guerra de Bosnia. No doy crédito a lo que veo. Son mis hermanas. Mis manos y mis pies están atados con grilletes. Todos los que están allí son personal militar. Aparece el magistrado. Y, al reconocerlo, la situación se vuelve aún más irreal: es Hikaru. El papel de fiscal lo ejerce mi hermana Manami. Ni tan siquiera tengo un abogado. Se me acusa de incumplimiento grave del deber y de traición. Por la silla, que hace las veces de estrado, desfilan el Master, Koto, Akane, Komatsu, Hirose Sumiré, Yūsaku, Hatta... Sólo Ushiko y Umao testifican a mi favor. El resto lo hace en contra. Unos me acusan de jugar con los sentimientos de las personas. Otros, de torpe y de no prestar atención a mis deberes.

El picar del mazo marca el fin del juicio y la sentencia. Todos los asistentes se retiran. Mis hermanas me toman por el brazo y me conducen hacia el centro del lugar. Me ponen de rodillas, me colocan las manos a la espalda y cambian la posición de los grilletes. El oficial que da la orden de ejecución es Yūsaku. El soldado a cumplirla se acerca. Mi rostro se llena de pavor cuando lo reconoce: es Madoka.

Me apunta con su fusil a la nuca. Y, en el momento en que estoy a punto de escuchar el sonido de la detonación del arma, suena un teléfono.

Es lo que me devuelve a la realidad y me estremece. Me despierto en súbito. Paralizado, analizo la pesadilla. Siento que he defraudado a todos profundamente. Ni la he protegido ni merezco ahora mismo su confianza. Ni un as de corazones, ni un árbol frondoso lleno de recuerdos, ni un lazo rojo... Nada. No sé que hora es. Cojo el reloj de la mesilla. Las nueve de la mañana. Mi único consuelo es la cama: la de un hotel de cinco estrellas en la avenida Diagonal, con unas excelentes vistas de la ciudad. Es lo que tiene ser un buen reportero. A pesar de que los chicos duermen en otra habitación, Kenji me ha amargado estas dos últimas jornadas. Tal vez sea el jefe Yagami, preguntándome por el desarrollo del reportaje. Más vale que no se entere de que todavía no he empezado. Y casi acierto. La recepción me comenta que la llamada es, efectivamente, desde Tōkyō. Al otro lado del aparato espero encontrar a mi superior.

Sin embargo, quien está es mi compañero "Paparazo". Allí son las cinco de la tarde. ¿Es que no tiene nada mejor que hacer? Todo toma sentido cuando me comenta que una chica joven y muy atractiva había preguntado por mí. Nada particular... El muy perverso. Hasta que añade un detalle que me inquieta y me acaba de despertar: la persona en cuestión era idéntica a mi esposa, sólo que con menos años y vestida de una manera muy informal. Agrega que, hasta tal punto no daba crédito a lo que habían visto sus ojos, que tuvo que consultar una foto mía junto a Madoka que le había dejado de mi época universitaria. Además, no se identificó. Le pregunto por lo que le había dicho. Responde que "Tan sólo cubriendo un reportaje en Barcelona". Guardo silencio durante unos segundos. Al final, me despido precipitadamente de él. Me incorporo y me dirijo a la ventana. Unas nubes negras se divisan al fondo, hacia el mar. Va a llover. Y algo me dice que lo va a hacer sobre mojado.

Mientras cae la lluvia, los recuerdos arrecian sobre mi mente. Igual que un preso que no puede disfrutar de la luz del sol, las imágenes de los momentos más felices de mi vida caen una detrás de otra: el día en que conocí a Madoka, la cita en los botes de remo, las verdades que el alcohol reveló de nosotros mismos, los instantes pasados en los columpios del parque, los Natsu Matsuri y los Tanabata que hemos vivido juntos, el Omisoka en que casi la hipnoticé, la primera declaración para alejar a Hirose Sumiré, la aventura en el telecabina, la declaración de amor bajo el árbol de los recuerdos, el primer segundo beso, la respuesta definitiva al final de los 99 / 100 escalones, la época en Waseda, el nacimiento de mis sobrinos, la boda... Nuestra luna de miel en Hawai. Inolvidable. Sobretudo, aquella noche de luna llena sobre la cubierta del yate, solos, desnudos, abrazados, devorándonos a besos y caricias. Con la música de las olas del mar como banda sonora original.

Y yo que me quejaba de los tifones que, de tanto en tanto, asolan el país... Pocas veces debo haber visto llover tanto en tan poco tiempo. No quiero pensar en mi esposa pero, por primera vez en mucho tiempo, la echo de menos. No sé si será el hecho de haberla perdido. Tal vez, para siempre. Finalmente, resuelvo centrarme en el reportaje. Conecto el portátil a la terminal de red y busco en Internet información sobre el protagonista de mi trabajo. ¡Qué torpe que soy! No he adaptado el sistema del PC al ASCII, y lo único que veo son recuadros. Tendré que improvisar algo. Bajo a hasta la recepción y pido un encuentro con el encargado de relaciones públicas del hotel. Le explico mi caso y me recomienda que, primero de todo, visite el parque Güell. Más teniendo en cuenta que han venido mis hijos. Añade que se lo pasarán bien.

Al día siguiente, el despertador del servicio de habitaciones rompe en mil pedazos el sueño que ocupaba mi mente. Sin embargo, no sé si me ha hecho un favor o no. Estaba en la habitación de un hotel, sentado en una silla, desnudo, contemplando el amanecer a través de la ventana. De improviso, unos brazos rodeaban mi cuerpo por detrás del asiento: "¡Te tengo!". Era mi Ángel. Tan desnuda como cuando vino al mundo. Tan bella como una diosa inmortal. Tan alegre y juguetona como en los tiempos de Waseda... Se sentaba en mi regazo, y nos abrazábamos y besábamos como ya no recordaba. Mirábamos el horizonte anaranjado, caprichoso. Sonreía como si no hubiera pasado nada... Y justo cuando se volvía para sentarse entre mis piernas, el timbre martilleaba la imagen y la reducía a añicos.

Me recojo sobre las rodillas, en la cama. Ojalá fuera un sueño premonitorio. Por desgracia, no ha sido el único: la he tenido en el lecho, entre mis brazos, después de haber hecho el amor. La he abrazado y besado en un atardecer, en el muelle de un puerto, con el eco de las gaviotas de fondo. La he consolado tras haber abusado del cognac, en mi propia habitación, cuando vivía en la Green House. Me he revolcado con ella en la nieve, jugando y sonrojándome por la vergüenza olvidada. Hemos correteado juntos a lo largo de una playa de arena blanca, desierta, donde nada ni nadie molestaba. Lo que nunca

me había pasado, me está sucediendo ahora: la desesperanza me aplasta. Dudo mucho que sea así. Repasándolo todo, me doy cuenta de que la realidad se ha convertido en ficción. Inevitablemente, las lágrimas se escapan. Tantos años juntos y soy incapaz de entender el porqué.

Súbitamente, unas palabras de nuestra época de instituto en el Kōryō, acuden a mi mente. Es el recuerdo de aquella película, Poli de bandas. A pesar de las reticencias de Madoka, participamos todos. Lo malo fue que casi me cuesta la enésima mudanza... Y perderla para siempre: “Yo, los recuerdos los quiero ir creando de uno en uno”. Es extraño. Desde entonces, no he necesitado volver a cambiarme de ciudad. Sin embargo, seguro que desde hace tiempo ya no se han realizado más. Enciendo el portátil y conecto un dispositivo de memoria USB. Dentro de éste, en varias carpetas, guardo las fotos más significativas y especiales. Están las de mis hijos, mis hermanas, mis sobrinos y mi esposa. Es, precisamente, la que abro: el retrato de su rostro, angelical y dulce. Una muy sugerente de nuestra época en Waseda, desnuda y cubierta sólo por una manta. Dos vestida con el sēji fukan del Kōryō, en verano, y con guantes y bufanda en invierno, tapándose la cara con las manos.

Un par de hetaionas en las que se abría el escote del mono de esquí o, vestida de hawaiana, se ponía de espaldas y se tapaba con su brazo los senos. Unas cuantas en las que compartíamos una manta por la calle, en un día de frío. Una muy formal, en la que vestía con pantalón, chaleco, camisa y corbata. Un momento muy lejano en el que mi mujer parecía una niña, llevando una falda con peto negra, camisa blanca, calcetines a juego y zapatos negros, sosteniendo un sombrero de paja. Me siento más arrastrado al pasado al contemplar una instantánea de nuestra juventud muy lejana: mi esposa vestida con una blusa negra, minifalda y medias largas. Yo con vaqueros, cazadora, camiseta y zapatillas.

Sigo repasando fotos. Otra muy especial me ata todavía más a lo vivido. Es la que mi padre nos sacó a Madoka y a mí en la playa, con ocasión de una sesión que tuvo que hacer como favor personal. Ambos íbamos cogidos de la mano. Qué cabezota me puse con ella para que posara. Pero era lo que deseaba. Esa foto se la entregué, como siempre, metiendo la pata. Casi le doy la que me sacó junto a Hikaru. Estaba enmarcada en la habitación de soltera de mi esposa y, en cuanto tuve ocasión, la escaneé. La emoción me encierra en el momento en que rescato lo que me dijo mi padre sobre esa foto al revelarse: “Mirándoos a los dos recuerdo cuando tu madre y yo éramos jóvenes”. Y no era el único que pensaba así. Ojīchan reconoció que Madoka, vestida con el yukata, con el pelo recogido en una cola de caballo, y arreglada para las grandes ocasiones, también guardaba gran parecido con ella. Cuanto tiempo ha pasado desde entonces.

La siguiente consigue que me centre: es mi mujer vestida con un hōmongi blanco, faja azul y cuello ligeramente rojo. Era en el Ōmisoka, justo cuando nos dirigíamos al templo a realizar las oraciones. Estaba radiante y preciosa, con los cabellos recogidos en una cinta roja, un poco alborotados y la luna llena a su espalda, inmensa. Más bien parecía que era ella quien la estaba eclipsando. Todavía recuerdo aquel en el que, presuntamente, la hipnoticé y estuve a punto de bañarme junto a ella. Menos mal que convenció a Yūsaku de que todo había sido un malentendido, que si no, no queda nada de mí. Lástima que este último Shogatsu lo haya pasado cubriendo la enésima crisis en Palestina, y tomándome el toshikoshi soba en Tel-Aviv. Por desgracia, ninguna de ellas me responde a la pregunta que castiga mi mente: ¿por qué se ha marchado?

Capítulo 2: La huida (Un triste corazón en llamas)

Esta vez, no me sobresalta el ruido martillador del despertador. Lo hace el piar de los pájaros en el jardín. Su regreso indica que la primavera ya está aquí. Y con ésta, el mes de abril. Aquel en el que Madoka y yo nos conocimos en los 99/100 (¿o eran 99,5?) escalones. ¿Cuanto hace ya de ello?: veintiún años. El sol se alza sin nubes en el horizonte. Hoy promete ser un gran día. Tanteo el otro lado de la cama esperando encontrar a mi esposa. Pero me equivoco. Pienso que habrá madrugado para entrevistarse con algún representante. Últimamente, sus composiciones y sus letras están muy solicitadas. Supongo que me habrá dejado una nota, como tiene por costumbre. El resto de los días se levanta conmigo y desayunamos todos juntos. Son las jornadas de docencia en la escuela de música.

Me incorporo para preparar el desayuno y los bentō, y dar de comer Pisuke y Taro, nuestros gatos. Menos mal que se parecen a su padre Kōtaro, que sino. Tan ocupado estoy que no reparo en el bloc de notas de la mesa. Después, voy a despertar a los niños. Como siempre, Izumi y Kenji son los primeros. Sacar de la cama a Akemi me cuesta un triunfo y, en ocasiones, el uso de los poderes. No sé como se las apaña Madoka para levantarla. Mientras me arreglo, recuerdo lo torpe y dubitativo que aún soy para según que cosas en su ausencia. Entre otras, el nudo de la corbata, la elección de la ropa o el peinado. Desayunamos y acompaño a mis hijos hasta el colegio. Hoy, día 1, comienzan el curso y no tengo ganas de perderme la Ceremonia de Apertura. Ahora entiendo porqué le costaba tanto levantarse a mi hija. A nadie le gusta que se acaben las vacaciones. Ni tan siquiera a mí, que ya no recuerdo lo que eran. Después, cojo mi Vespa y me dirijo a la redacción del diario donde trabajo. Por primera vez en mucho tiempo, puedo seguir una rutina normal. Me he pasado una larga temporada de un lado para otro, cubriendo crónicas y reportajes en los más diversos lugares del país, y a veces, del mundo. Ha sido agotador, pero apasionante.

La siesta: gran invento el de los españoles. Que pena que no pueda echar una cabezada. Parece mentira que a esta hora de la tarde todo esté tan tranquilo en la redacción. Y más hoy, que los nuevos se han incorporado a sus puestos de trabajo. Es muy raro que todavía no hayan recibido ninguna broma. Qué ingenuo que soy. Suena el teléfono. La recepcionista me comunica que tengo una llamada de un tal Komatsu Seiji. Añade que es muy urgente. Aunque hace unos meses que no hablamos, porque nuestras agendas no suelen coincidir, le he pedido que sólo me llame al celular. Nunca a casa o a aquí:

– Sí, soy Kasuga.

– Kasuga-san, tengo algo muy importante que contarte.

Ya puedo echarme a temblar. Cuando Komatsu habla en esos términos, las palabras ‘sucio’, ‘obsceno’ y ‘pervertido’ van a emerger de inmediato. Y más hoy, que es un día señalado para las bromas. Con la edad que tiene y todavía no ha madurado. Es lo que tiene estar soltero. Menos mal que ninguna de mis hermanas cayó en sus zarpas. Y pensar que fui yo quien le pervertí, cuando salté al pasado y le entregué esa revista hetaiona...:

– Esta mañana he visto a tu mujer en la terminal 1 del aeropuerto de Narita.

– ¿Y eso es lo que tienes que contarme?

– Espera, espera, déjame explicártelo todo. Esta mañana, a eso de las ocho y media, Hatta-san y yo acabábamos de llegar de Roma, tras promocionar en una importantísima feria de Manga su más reciente creación. El caso es que vimos a Ayukawa-san, con una sola maleta, dirigirse a la terminal 1.

– ¿Y?

Definitivamente, está de coña. Se nota que hoy es el Día de los Inocentes:

– ¡Despierta, Kasuga-san! ¿Qué no te das cuenta? Por la terminal 1 embarcan, entre otras compañías, British Airways. Y justo un rato después iba a despegar un vuelo hacia Londres. Nos ha extrañado mucho. Normalmente viaja a Estados Unidos, con Northwest Airlines o con JAL... Y suele hacerlo junto a ti.

O tal vez no... Tiene razón. ¿Quién dijo que iba a ser un gran día? Un golpe de luz ilumina mi memoria. Ahora que lo pienso... ¡No he encontrado una nota encima de la mesa que me diga nada! Un escalofrío casi gélido empieza a recorrer mi espalda:

– ¡¿Se puede saber entonces por qué no has avisado antes?!

– Porque tras casi trece horas de vuelo, Hatta-san y yo hemos llegado muy cansados y nos hemos largado a dormir. Me acabo de despertar hace nada.

– Sumimasen. Domō arigatō, Komatsu-san. Siento dejarte, pero tengo que hacer una llamada muy importante. Sayōnara.

Cuelgo el aparato sin darle casi tiempo a despedirse. El escalofrío ya me ha recorrido todo el cuerpo. Busco el número del restaurante de mis hermanas, que está en Yokohama. Soy torpe hasta para tener una agenda ordenada. Afortunadamente, encuentro el del celular de mi cuñado Sōichirō. Le llamo y le comento que tengo que hablar con Manami de algo muy importante, y que no encuentro el número del trabajo. Con su amabilidad habitual, me lo dicta y me pregunta si estoy nervioso. Reconozco que sí, pero no le explico los motivos, pues aún están por confirmar. Mis manos tiemblan, y me cuesta horrores teclear el número. Finalmente, los toques. Al cabo del sexto, escucho a alguien descolgar el aparato:

– ¿Moshi, moshi? Restaurante Ikkoku. Al habla Kasuga Manami.

– Menos mal...

– Onīchan, ¿qué quieres? Estamos muy ocupadas preparando la cena.

– Manami-chan, te llamo sólo para preguntarte una cosa: estos últimos días, ¿has notado algo extraño en Madoka-san? No sé, alguna acción que se saliera de lo que habitualmente hace.

– Que yo sepa, no... Un momento. Ha pasado algo, ¿verdad?

– Todavía no te lo puedo confirmar.

Se hace el silencio. Aunque no posee la habilidad de leer la mente, como nuestro primo Kazuya, mi hermana tiene un sexto sentido para anticiparse a lo que va a suceder. Al cabo de medio minuto, prosigue:

– Me lo temía... Hace unos días me dijo que iba a ir a la embajada de los Estados Unidos en Tōkyō, a realizar un trámite para sus padres... Onīchan, parece mentira que, tras tanto tiempo, no conozcas a tu propia mujer... Siento tenerte que dejar, pero ahora estoy muy ocupada. Si quieres, hablamos con más tranquilidad en otro momento. ¿De acuerdo?

– De acuerdo. Arigatō, Manami-chan. Sore dewa.

Cuelgo el aparato con lentitud. El escalofrío se ha convertido en un temblor de proporciones sísmicas. “Paparazo”, mi compañero de redacción, es el primero en darse cuenta. Finalmente, el jefe Yagami me conmina a marcharme a casa y descansar. Dice que estoy más pálido que el hielo del pescado acabado de poner en subasta. Añade que mejor coja el tren y deje la moto en el garaje del edificio, no vaya a ser que tenga un accidente.

Durante el trayecto de vuelta, miles de ideas se me pasan por la cabeza. Por un momento, la esperanza irrumpe con fuerza. Tal vez se ha tenido que marchar a Londres precipitadamente por una urgencia de trabajo. Iba sólo con una maleta. Casi olvido lo caprichosa que es mi esposa cuando quiere. Tal vez se ha descuidado. Además, los vuelos hacia Europa ocupan más de medio día. Eso sin contar el dichoso jet lag y la diferencia horaria... Sin embargo, los hechos y las palabras de Manami emergen para devorar ese sentimiento: “Parece mentira que, tras tanto tiempo, no conozcas a tu propia mujer”. Normalmente, cada vez que hemos ido a visitar a la familia de Madoka en Seattle, primero hemos tenido que pasar por la embajada americana para tramitar los visados.

Ya en casa, los niños me preguntan dónde está su madre. Respondo que ha tenido que marcharse fuera del país por temas de trabajo. Akemi y Kenji asienten... En cambio, Izumi intuye que pasa algo. Pero se calla. En eso se parece demasiado a ella. Tras cenar y acostarlos, me relajo en el sofá de la sala de estar. Observo con atención el retrato a carbón que Hikaru le regaló a mi mujer por su 17º cumpleaños, cuando éramos tres amigos que no podían ser sinceros para evitar herir nuestros sentimientos. A diferencia de ahora, que me consulta cualquier decisión antes de tomarla, Madoka era una chica muy independiente a ese respecto. El eco de la voz de Manami no cesa. Tal vez tenga razón. Ha pasado demasiado tiempo, y la gente cambia. Aunque dicen que no en lo esencial. Algo se me escapa. Pero no sé exactamente qué.

Me levanto y tomo asiento frente al piano Steinway del año 1867 situado en la sala de estar. Nunca lo he tocado. No sólo porque no sé hacerlo. Aunque fuera un virtuoso, lo considero algo sagrado. Algo que tanto Madoka como Akemi adoran y que debe ser respetado. Sobre el atril, encuentro un bloc de partituras a medio escribir. Y al final de todas, una completa que consigue lo que ya no recordaba haber hecho: llorar. Es “Kynosuke #1”. Mis lágrimas se convierten en un torrente cuando, encima de la tapa de la caja del piano, reconozco un objeto todavía más valioso: el colgante que mi padre le regalo a mi madre. El que Ojīchan me entregó para colgárselo a mi Ángel. Justo antes de que todo se supiera. Es

entonces cuando siento que yo le debo más a mi esposa que no ella a mí. Y empiezo a experimentar el peso de esa deuda en toda su extensión.

Ni tan siquiera sé como he podido conciliar el sueño esta noche. Tal vez me ha ayudado la botella de excelente sake tibio que compran mis hermanas para su restaurante. El caso es que escucho el eco de lo que parece ser el teléfono. Finalmente, tras un gran esfuerzo, lo descuelgo lentamente. La cabeza me da vueltas y me duele horrores. Al otro lado está la hermana mayor de Madoka. Con su amabilidad habitual, me pregunta qué hora es en Tōkyō. Le pido un momento. Sacudo la cabeza, que me duele todavía más, y observo el despertador, con la alarma sin conectar. Qué cabeza la mía. Le digo que las siete de la mañana. Allí, en Seattle, son las dos del mediodía. Mi cuñada se disculpa, pero le comento que no hace falta. Al contrario. Si no llega ser por ella, no me despierto. Primero pregunta por mí y por los niños. Después, me cuenta que mi esposa está en su casa y que, en ese preciso momento, duerme. Añade que la han ido a buscar a Vancouver esta pasada madrugada. Sin reparar en todo lo que me habían contado el día anterior, le cuestiono por la razón que la ha llevado allí.

“Sólo me ha dicho que estará unos días. Jura que no pasa nada. Pero no me lo creo. Ya sabes que Madoka es muy reservada para contar según qué, incluso con nosotros”. Y no es la única que piensa así. Todavía recuerdo lo sucedido en la fiesta de Navidad que Hatta y Komatsu organizaron durante nuestra época en el Kōryō Gakuen. En una de las tres situaciones vividas, Madoka mintió a Hikaru, a su hermana mayor y a mí. Al final, tuve que esforzarme al máximo para conseguir que todo saliera bien... Y evitar sentirme como aquel hombre del tiempo en el ‘Día de la Marmota’. La cara que pusieron mis amigos cuando llegue tan bien acompañado fue un poema.

Tras despedirme, cuelgo el teléfono. No se lo he querido ni tan siquiera insinuar. Pero algo me dice que, esta vez, tardará en volver. Tal vez no lo haga jamás. Miro el reloj. Corriendo, levanto a los niños de la cama. ¡Qué desastre! Tras cumplir las obligaciones del desayuno y los bentō, me excuso por no poderles acompañar a la escuela. La resaca que tengo le está dando innumerables martillazos a mi cabeza. Una vez se marchan, llamo a la redacción del diario y le comento al jefe Yagami que no me encuentro nada bien. Añado el deseo de poderme incorporar mañana al trabajo. Una vez me he disculpado, cuelgo el teléfono y concilio el sueño.

El sol del mediodía me despierta de nuevo. Mi cabeza casi se ha recuperado de los efectos del sake. Me incorporo con dificultad y me dirijo hacia el salón. Junto al piano todavía descansa la botella. Espero que los niños no la hayan visto. No se si pensar que es una suerte que, ahora mismo, no esté mi esposa. Recuerdo el sonoro bofetón que me dio la primera vez que me emborraché e intenté besarla. Mi mente, ya más lúcida, empieza a reconstruir las piezas del rompecabezas. Ayer por la mañana salió hacia Londres en un vuelo de British Airways. Sin embargo, me dice mi cuñada que está con ella en Seattle. Y que han ido a recogerla al aeropuerto Internacional de Vancouver esta misma madrugada. Dejando de lado las diferencias horarias, podría haber volado con JAL o con Air Canada. Incluso podría haber ido directamente a Seattle – Tacoma con Northwest... ¿Por qué un vuelo de largo recorrido con escala? O ha querido jugar al despiste o ha sido por capricho. Y si fuera lo segundo ¿Cuál ha sido el verdadero motivo?

Decido investigar entre sus cosas. Tal vez en el cobertizo de casa encuentre alguna explicación. Ya no recuerdo cuando fue la última vez que subí por esta escalera. Normalmente, es ella quien ordena y limpia esta estancia, aunque a veces le ayudo. La conoce mejor que yo. Al entrar, tropiezo con la armadura medieval europea de mi suegro. No entiendo porqué todavía está aquí. También están los cuadros y retratos de la familia. Entre éstos, uno de Madoka con sus padres y hermana siendo una niña. No tardo demasiado en estornudar como consecuencia del polvo. Se nota que falta la mano de mi mujer. Me siento en la cama con cortinas donde dormían mis suegros. Finalmente, decido buscar dentro del baúl. En éste, ella guarda sus cosas de soltera. No debería hacerlo, pero estoy tan desesperado que necesito una mínima respuesta.

Rebuscando, encuentro dos calidoscopios. Uno se lo regaló su padre siendo niña. Me hizo gracia lo que me contó una vez: le había dicho que, en éste, vería el rostro de un hombre maravilloso que conocería algún día. Desconozco si era el mío. Al lado, el que le regalé por su 16º cumpleaños. Profundizando en la búsqueda, hallo algo que nunca había visto hasta ahora. Parece un diario de intercambio. Al ojearlo, encuentro anotaciones de Madoka, pero no mías. Repaso las fechas. Todo se inicia en el verano de 1984, un par de meses después de conocernos. En éstas, leo el daño que sufrió ocultando sus sentimientos durante nuestra época de secundaria y bachillerato. Era la actriz frente al espejo, interpretando un papel que no le tocaba. Los relatos más duros acontecen, como espero, a partir de 1988: soledad, dolor por lo

perdido, sentimientos confusos, elecciones de una dureza brutal, miedo a que un sol encontrado se apagara y volviera la oscuridad ya conocida. A pesar de parecer notas para las letras de una canción, puedo entrever cual es mi lugar. Por desgracia, no encuentro ninguna respuesta clara que me indique lo que ha sucedido esta vez. Tan sólo, un pequeño rayo de esperanza: “Llega el Sol de Primavera / La luz funde las tinieblas de la tierra / El gélido cristal de mi corazón se quiebra / Y las aguas llegan hasta el mar. Llega el Sol de Primavera / Los cerezos en flor lo saludan / Los peces del río brillan / Y mi alma encuentra la verdad”.

Me visto lo más deprisa que puedo y salgo de casa. Me dirijo al lugar que cambió mi vida: la cima de los 99/100 escalones, junto a la Green House, el edificio donde nos instalamos cuando llegamos aquí. La única forma que se me ocurre para encontrarlas es retroceder unos meses. Observo los columpios. Allí, una noche, comprendí hasta que punto no podía vivir sin ella. Allí me declaró su amor. En un tiempo totalmente distinto, pero en ese lugar. Me arrojo por los escalones una vez. Y otra. Y otra. Pero no funciona. La gente me mira pasmada, pero no hago ni caso. Con el último batacazo, una imagen cruza mi mente: las sonrisas de mis hijos. Esta vez no están ni Ojīchan ni Kazuya para devolverme al tiempo presente. Y mis poderes, con todas las obligaciones y renunciaciones de una vida más o menos normal, se han debilitado. Es entonces cuando tomo conciencia de mi grado de desesperación. La falta de respuestas me lleva a la impotencia. Y ésta, a las lágrimas. No entiendo lo que está pasando. ¿Estoy tan ciego que no puedo ver que, tal vez, tengo algo que ver en todo esto?

Avanzan los días. De tanto en tanto, llamo a mi cuñada a una hora en la que podamos coincidir. Pero siempre encuentro al otro lado de la línea el contestador. Pruebo a trasnochar un poco y llamo, en plena madrugada del sábado al domingo, a una hora que sé que en Seattle es aceptable. Esta vez no se activa el mensaje de voz. Escucho que alguien descuelga el aparato. Pero nadie responde. A lo mejor ha sido alguno de mis sobrinos. Pregunto en inglés, pero antes de que me quiera dar cuenta, cuelgan. Ya no me cabe duda de que ha sido mi mujer quien ha cogido el teléfono. Es muy propio de ella. Me siento en el sofá y apuro un cuenco de sake. Sobre la mesa, reconozco algo a lo que no había prestado atención: el Mac portátil último modelo de mi esposa. Definitivamente, acabo por convencerme: no se ha ido por motivos de trabajo. Si hubiera sido así, se habría llevado su herramienta principal.

Un recuerdo de nuestra época de instituto acude a mi mente: cuando Madoka se apartó al conocer, indirectamente por Hikaru, la sospecha de que presuntamente me gustaba otra chica. Me costó mucho convencerla de que, para mí, no había nadie más especial que ella. Y ambos sabíamos que tendríamos que realizar un gran esfuerzo para manifestar nuestros sentimientos sin herirla. La aparición de Kenji, que se ha despertado por una pesadilla, apaga la última imagen: mi Ángel sonriendo desde su habitación con el teléfono en la mano, mientras la llamaba desde la cabina que hay junto a la casa. Me pide permiso para descansar en el sofá, a mi lado. Cojo una manta del armario y lo arropo. Ambos, nos quedamos dormidos allí. No sospecho ni por casualidad lo que va a acontecer.

La mañana de un lunes. Vuelta a la rutina semanal. Sin noticias de mi esposa. O eso creo. El teléfono es el que me despierta. Al segundo toque, un pensamiento corre por mi mente. Tal vez sea la hermana mayor de Madoka con novedades sobre ella. Sin embargo, al descolgar, no espero la sorpresa mayúscula con la que voy a tropezar:

– ¿Moshi, moshi? Casa de los Kasuga.

– ¡¡¡Konnichiwa, Sempai!!! ¿Te he despertado? Lo siento, no debería haberte llamado a esta hora. Ya sé que aquí son las cuatro de la tarde, pero...

Es Hikaru. Como siempre, entra igual que un torbellino deslumbrante. En el fondo, sigue siendo esa chica alegre y vital que había conocido en el Kōryō. A pesar del daño que le habíamos hecho. A pesar de los golpes que se había llevado. Tiene 33 años y vive en Greenwich Village, una de las zonas más selectas de Manhattan, en Nueva York. Trabaja como coreógrafa y profesora de danza, y lo compagina con la dirección de musicales en el ‘Off Broadway’, donde se ha hecho un nombre. Esta casada con un americano de origen chino llamado Robert, y tiene dos hijos, Han y Madoka. Al chico, le había puesto el nombre de su abuelo paterno. A la niña, el de mi esposa, para pedirle perdón por todo lo sucedido. Hizo suyo algo que le dijo a Hirose Sumiré, la caza-hombres del Kōryō, a la cual yo no le hacía ni caso y que tenía unos celos terribles de Ayukawa. Por su culpa, nos metió en un buen lío: cuando alguien trata de interferir en el amor entre dos personas, merece morir devorado por los perros. ¡Pobre Hikaru! Aquella declaración teatral no fue inocente. Y mi esposa lo supo de inmediato, con solo mirarme a los ojos:

– No, Hikaru-chan, no pasa nada. De todas formas, tenía que levantarme. Aquí son las siete de la mañana. Y tengo que despertar a los niños. Me alegra volver a escucharte. ¿Como están tu marido y tus hijos?

– Todos bien... Escucha. Esta semana me ha llamado Madoka-san desde Seattle. Me ha dicho que iba a venir aquí y que había reservado una habitación en un hotel. Le dije que no se gastara el dinero, que la anulara y que viniera a casa. Ayer fuimos Robert y yo a buscarla al aeropuerto JFK. Te esperábamos a ti también, pero venía sola y no quise decirle nada...

No deseo preocuparla. Ella también sospecha algo. Los golpes que ha recibido han ido borrando esa candidez que todavía muestra en apariencia. Finalmente, sólo se me ocurre hacerme el tonto y explicarle lo que sé:

– La verdad es que se marchó precipitadamente. No me dejó ninguna nota y supuse que tuvo que irse por alguna urgencia en el trabajo. Si me pudieras contar más, me dejarías muy tranquilo.

– Por lo que me explicó Madoka-san, ha venido para componer y grabar. Me dijo que unos colegas suyos habían contactado con ella para que colaborara en unos arreglos de piano. Me comentó que tenía un visado de estancia para seis meses, y luego me preguntó donde estaba el 75 de Rockefeller Plaza. Y supongo que aprovechó para ver a su hermana en Seattle. Dime la verdad Kasuga-sempai, ¿pasa algo?

– No, en absoluto. Ahora que me has dado más detalles estoy mejor. Por cierto, ¿donde está ahora?

– Ha salido a dar un paseo por Central Park. ¿Quieres hablar luego con ella?

Ya me gustaría. Pero las obligaciones de casa me lo impiden. Finalmente, le explico a Hikaru que ahora no puedo y añado las tareas que tengo que hacer en su ausencia. Asiente y nos despedimos. A pesar de que la conversación ha sido tan cordial como en los viejos tiempos, sigue estando preocupada. Prometo llamarla en otro momento... Si Madoka no vuelve a colgarme el teléfono en las narices. La rutina me devora con hambre caníbal. Sin embargo, la hora posterior a la comida se convierte en una pesadilla. Medito sobre lo que me ha contado Hikaru. Sospecho que a ella también le ha mentido. Tal vez sea verdad, pues la última vez que la acompañé allí, fue porque iba a colaborar en los arreglos de algunos temas de una brillante pianista y compositora novel afro americana. Por desgracia, los hechos son tozudos. Hace tanto tiempo que no actúa de esa manera que tengo motivos sobrados para estar preocupado. Por más vueltas que le doy, no averiguo qué ha podido pasar. Sospecho que, como de costumbre, he metido la pata. Pero no sé exactamente en qué.

Y mis temores se cumplen. Una serie de acontecimientos me obliga a salir del país hasta finales de mes. Por el tema de las diferencias horarias, no puedo volver a hablar con Hikaru. Cuando llega mayo puedo por fin ajustar mi reloj biológico. Decido llamarla a última hora de la tarde. Calculo que la cogeré a la hora del desayuno en Nueva York. Afortunadamente, coincide que mi mujer está descansando. O eso creemos. Está realmente preocupada. Las noticias que me llegan no son nada alentadoras:

– Sempai... – Sollozando. – Empiezo a estar cansada. No sé qué le sucede a Madoka-san.

– ¿Qué ha pasado?

– Pensaba que era el estrés por el trabajo. Por eso la invitaba a salir para que se relajara... Íbamos a Broadway con Robert. Hasta que, el sábado pasado por la noche, se separó momentáneamente de nosotros... Y acabó en comisaría. Ya sabes lo peligrosas que son según que zonas de Nueva York. Por lo que nos explicaron los agentes, se había peleado con un tipo que tenía antecedentes por asalto a mano armada y violación... Lo que más les sorprendió cuando lo detuvieron horas después es que, llevando una 45, Madoka-san le había fracturado varias costillas y el brazo por tres partes. No se presentaron cargos. De todas formas, por precaución, le recomendaron que no saliera de casa durante una temporada.

Vuelve a hacer honor a los apelativos por los que era famosa antes de conocernos. No utiliza las púas de las guitarras como entonces. Sin embargo, desconozco si ella busca líos o son éstos los que la buscan a ella. Escuchando lo que me cuenta a continuación, no sé si tengo que pensar que ése es el menor de los males:

– Apenas sale de su cuarto, y vuelve a fumar, esta vez de forma inmoderada. Mi marido está furioso, porque le ha vaciado el bar. Sobre todo, el Cognac, el Bourbon y el excelente vino francés que reservamos para las cenas y las visitas... No para de emborracharse y apenas come. Ahora duerme como resultado de la que se cogió anoche. Cada vez que eso pasa, discuto con Robert por su presencia. Dice que es un mal ejemplo, sobre todo para mi hija... Maldice la hora en que se me ocurrió ponerle su nombre. Pero no me veo con corazón para decirle que se vaya. ¡¡Kasuga-sempai, por favor, dime qué

está pasando!!... Cada vez tengo más la sensación de que tiene que ver contigo. Y algo me dice que huye de ti...

– ¿Moshi, moshi? ¿Moshi, moshi?

El teléfono se ha cortado. Sin lugar a dudas, mi esposa ha escuchado parte de la conversación. Cuelgo el aparato y observo la foto de nuestra boda en templo, situada en la mesilla. Estaba preciosa, con un uchikake blanco, el pelo recogido y maquillada para la ocasión. Reconstruyo todo lo que me ha estado contando Hikaru. Y las lágrimas se escapan de mis ojos. No puedo evitar que sean cada vez más. No sé si es por la vergüenza que me está haciendo pasar, por que soy incapaz de entender qué es lo que he hecho mal o por miedo a que la próxima llamada sea para decirme que la he perdido para siempre.

Capítulo 3: Un déjà vu familiar (Un espejismo de verano)

Un domingo de mediados de mayo. Parece como si el sol, oculto entre nubes bajas, tampoco quisiera ofrecerme la luz que necesito para entender porqué Madoka se ha ido sin avisar ni decir nada. Algo me dice que no ha sido por capricho. Tal vez mi hermana sepa algo que mi esposa ha sido incapaz de decirme. Sé que ambas se tienen confianza, respeto y admiración mutua. Esos son los pensamientos que me acosan en el tren, de camino a Yokohama. Los niños juegan con su ojīchan, Takashi y su obāchan, Kyōko. Ya es una más de la familia. Todavía nadie sabe nada de lo que ha acontecido. Acaso Manami. Pero, conociéndola como la conozco, no habrá extendido el rumor.

Extrañamente, el restaurante de mis hermanas, el Ikkoku, cierra los domingos. Es entonces cuando, en ocasiones, el clan Kasuga se reúne para comer. Como bien espero, está Kurumi, con su marido Yun. Sus hijas mellizas, Suzuna y Minako juegan con Kano, la hija de Manami. Mientras tanto Yun, hermano de ambas, lo hace con sus primos, los gemelos Eīchi y Kazuma, hijos de ésta última. Aquí pueden utilizar los poderes tranquilamente. Y la verdad, se lo pasan muy bien. Mi hermana Manami se encarga de preparar la comida. Le da igual que sea para su familia o para otros. Reconoce que disfruta haciéndolo. Su marido, Sōichirō, no anda muy lejos. Es un tipo que se complementa muy bien con ella: amable, jovial, simpático, bromista, muy alegre y servicial. Al llegar, todos me preguntan por Madoka. Miro a mi hermana a los ojos y decido explicar una media verdad: está de viaje por asuntos de trabajo.

Tras la comida, Manami me pide que le acompañe al jardín del restaurante. Nos sentamos en un banco. Antes de que pueda articular ni media palabra, me interroga:

– Onīchan, Madoka-san te ha abandonado, ¿verdad?

Siento una puñalada en la espalda. Un dolor terrorífico e inenarrable. No por lo que me ha dicho, sino por el tono de voz que ha utilizado:

– La verdad es que no tengo ni la menor idea. Tan sólo sé que está en Seattle, con su hermana mayor. Pero desconozco los motivos que le han empujado a actuar así. Siempre que se marcha fuera, me avisa o voy con ella... A lo mejor es que echaba de menos a sus padres y quería verlos. Ya sabes, a veces es caprichosa, pero...

¡¡¡Zaaaas!!!! La mano que impacta en mi rostro no es, como en otras ocasiones, la de Madoka. Por primera vez desde que tengo uso de razón, es la de mi hermana pequeña. A pesar de haber resonado con bastante fuerza, nadie lo ha advertido. Me temo que me ha conducido al jardín por si tenía que ejercer ese gesto. Duele. La miro a los ojos. Reconozco la rabia y las lágrimas contenidas. Lo que me dice a continuación, me hace ver la gravedad de todo:

– ¡¿Es que no me has oído?! ¡No me has respondido!

Sí. Sí la he escuchado. Le he dicho la verdad, aunque sea a medias. Pero no he sido capaz de reconocer mi preocupación. Al final, la ira y la desesperación me vencen:

– ¡¡No lo sé!! ¡¡Tal vez sí!... Y lo más triste es que desconozco la razón. Tal vez tú me la puedas decir, porque ahora mismo no sé qué hacer.

– Gomen nasai, onīchan. Debería habértelo contado antes, pero has estado tanto tiempo ausente que no he podido hablar contigo.

Por un momento, aparece el peor de mis fantasmas: los acontecimientos que contemplé en el pasado de Hikaru y Ayukawa y, sobretodo, el hecho de que mi mujer se desnudara delante de Mishima. Sin embargo, el sexto sentido de Manami lo detecta en mi rostro y me tranquiliza:

– No te ha engañado. Te ama demasiado como para hacer algo así. Si hay algo que admiro de Madoka-san, es el profundo sentido de la lealtad que tiene.

El eco de las imágenes que han irrumpido en mi mente aún no se ha desvanecido. A pesar de lo que me ha dicho mi hermana, albergo ciertas dudas. Le pregunto para tratar de aclararlas:

– Entonces, ¿por qué se ha ido?

– Tal vez tenga algo que ver lo que ha sucedido durante tus ausencias. La fiesta de Tanabata se celebró aquí. Llovió mucho y el viento sopló bastante fuerte. Algunos de los papeles en los que se escriben los deseos cayeron al suelo, entre éstos, el suyo. Lo encontré por accidente, y lo reconocí por la caligrafía. Lo que había escrito me inquietó mucho. Decía: “Quiero recuperar a mi esposo”. Al principio no le di más importancia... Sin embargo, el día del Obon, en agosto, desapareció del mapa. Tus hijos sí asistieron a la reunión que celebramos todos los años en el pueblo de los abuelos. Llamamos a casa de

los Ayukawa, pero no sabían nada sobre su paradero. Finalmente vino, pero no dijo ni media palabra de dónde había estado. Y en esto, llegó el Ōmisoka. Tú estabas en Israel. Como siempre, organizamos un banquete con el staff del restaurante y la familia. Ya sabes que Madoka-san adora el toshikoshi soba que preparo y siempre repite... Pues esa noche apenas probó bocado.

– ¿Y?

–... Eso no fue lo peor. Ya venía ligeramente bebida de casa. A saber qué se habría metido en el cuerpo. No pasé una buena noche. Venía vestida con un furisode rojo que llevaba en las ocasiones especiales y que no se lo había visto puesto desde antes de casaros. Tenía el pelo recogido en un moño. A pesar de todo, estaba preciosa. Además, se bebió a solas dos botellas del sake tibio que servimos en el restaurante. Cuando fuimos al templo a escuchar la campana, iba dando tumbos. Los niños no se enteraron porque estaban correteando... Yo le preguntaba si se encontraba bien y ella decía que sí... Pero, como siempre, sabía que mentía. Y no tenía ganas de montar una escena. Compró el mikuji, y lo colgó del árbol. No pude evitar mirar lo que decía: “Las nubes van a tapar el sol en primavera”. Tras eso, se dirigió al lugar de las oraciones... Y, antes de darme cuenta, se desplomó y cayó redonda al suelo. Cuando me acerqué a ella, vi que había llorado. Supuse que había vuelto a implorar lo mismo que en la fiesta de Tanabata. Y no me equivoqué: se pasó toda la noche y parte de la mañana del Shogatsu en el hospital, delirando y llamándote.

– ¡¡¡¿Qué?!!! ¿Pero que estás diciendo?

– Estoy segura de que tenía miedo. Y creo que sus temores se han convertido en realidad. Para acabarlo de rematar, el Día de las Chicas no se presentó. Estábamos mi hija, Kurumi-chan, mis sobrinas y yo. Akemi-chan vino y nos dijo que Madoka-san no se encontraba bien. Luego descubrimos que no había asistido a la escuela de música porque se había vuelto a emborrachar.

Miro por la ventana. Sigue lloviendo. No sé si será lo normal en Barcelona por esta época. Ella no era la única que tenía miedo. Mi hatsuyume no fue mucho más tranquilizador: Madoka estaba atrapada en un islote, en medio de un río. Lucía un sol radiante y los cerezos estaban en flor. Por tanto, era primavera. Me lanzaba al agua para rescatarla, confiando en mis poderes. Sin embargo, de golpe, la luz del sol, reflejada en el agua por los peces, me cegaba, y las fuerzas empezaban a fallarme. Finalmente, la corriente del río me arrastraba y me alejaba de ella. Desesperada, me llamaba: ‘¡Kasuga-kun!, ¡Kasuga-kun!’. Me desperté en medio de la noche, empapado en sudor frío y gritando. Casi me detienen por alterar el orden público. Qué vergüenza. Ahora que lo recuerdo... No llamé a mi mujer. Y sé el motivo: los incidentes que se produjeron en Cisjordania al día siguiente.

Sigo mirando las fotos. Sin embargo, esta vez me centro en las fechas señaladas de este último año. No hay ninguna. Veamos: el Hanami Chana lo viví en Washington haciendo un reportaje. El Natsu Matsuri lo disfruté en una cumbre de la Unión Europea. La fiesta de Tanabata me la arregló el jefe Yagami enviándome a la India. El día del Obon estaba en Okinawa como aquí, de ‘vacaciones’. Nochebuena, el Ōmisoka y el Shogatsu los gocé en Israel. El día de San Valentín estaba en Shanghai cubriendo la cumbre entre China y Estados Unidos. Y el Día Blanco en Manila, reportando los acontecimientos que se estaban produciendo allí. Siempre que he estado fuera la he llamado, sin importar si estaba durmiendo o despierta... Menos el día del Shogatsu.

Entonces, un golpe de luz cruza mi mente. Es como si hubiera estado encerrado en un cuarto oscuro y, por un momento, el resplandor me cegara. Vuelvo sobre mi adolescencia. Las palabras de Yukari, la esposa de Shūichi, el primo de Madoka, dan sentido a la conclusión: “Los hombres os confiáis demasiado pronto”.

Ahora entiendo porqué ni tan siquiera se enfadaba como antes. Porqué no me había vuelto a levantar la mano. Porqué deseaba tanto viajar a Okinawa, a Hawai o, incluso, a Hokkaido. Porqué me sugería ir a ver tal o cual película. Porqué le apetecía ir a la casa de mis abuelos, aunque éstos ya no estuvieran. O a Seattle, a ver a sus padres. Me estaba diciendo algo. Todavía no sé exactamente qué. Pero sí que me estaba mandando un mensaje.

Ahora que lo pienso... Siempre le he acompañado en sus viajes. Sin embargo, a ella nunca le he permitido venir conmigo, independientemente de si el destino era peligroso o no. Ya no hay dudas: no ha sido un capricho, sino una acción bien meditada. Y no precisamente de una niña pequeña y cobarde, como una vez me dijo, justo antes de que se rompiera el triángulo... Un momento... Al dejarme sobre el piano el colgante que mi padre le regaló a mi madre y, a su vez, yo a ella, también me estaba diciendo algo. Sin embargo, se llevó la alianza de matrimonio. Ya me gustaría tomar el primer vuelo que sale de

Barcelona para dirigirme a Nueva York y zanzar todo esto, pero... ¿Y si ya no hay vuelta a atrás? Maldigo el deber y la distancia que hay entre nosotros.

Unos golpes en la puerta me devuelven a la realidad. Es mi padre, indicándome la hora del desayuno. Se sorprende al verme todavía en pijama. Me pregunta si me encuentro bien. Aunque le digo que sí, a él no puedo mentirle. Sabe que lo estoy pasando muy mal. Y, aunque no se lo he dicho, a estas alturas ya supone que ha pasado algo muy grave entre Madoka y yo. Mientras llueva, no podemos movernos del hotel. Además, no quiero resfriarme en pleno verano.

Al día siguiente, el sol decide a salir. Me llevo a los niños conmigo como premio por haber estudiado. Sin embargo, Izumi se muestra disgustado y ligeramente revoltoso. Aunque no me lo muestra explícitamente, deduzco que echa de menos a su madre. El jefe de relaciones públicas me recomienda ir al parque Güell en el suburbano, cuya estación está cerca. De camino a allí, pasamos junto al campus universitario. No tiene muchas diferencias con el de Waseda. Viendo a los estudiantes, tumbados en la hierba y concentrados en los libros, muchos recuerdos de aquella época acuden a mi mente. Parece que es temporada de exámenes. El metro de Barcelona no tiene nada que ver con el de Tōkyō. Está concurrido sí, pero no resulta tan agobiante. Nos bajamos en una estación llamada Vallcarca. Allí, en una de las salidas, nos dirigimos hacía unas escaleras mecánicas que nos conducen a nuestro destino.

Los niños disfrutaban corriendo entre las arboledas frondosas que cubren gran parte del parque. Mientras tanto, recojo instantáneas de los lugares tan singulares que alberga: el paso con las columnas inclinadas de piedra, el bosque de pilares revestidos de trozos de baldosa y cristal, la casa del portero con el tejado cubierto de cerámica, el muro que rodea el recinto con un diseño tan curioso... Suerte que mi padre es un excelente fotógrafo paisajista. Repasando por la pantalla de mi Canon las fotos capturadas, me indica el mejor ángulo para retratar. Llegamos a la escalinata que sigue a la puerta este del parque, levantada en piedra, cristal y cerámica multicolor. Un extraño animal hace de fuente. Izumi dice que es un camaleón. Akemi piensa que es un lagarto. Y mi padre, que es un dragón.

De pronto, sopla una ráfaga de viento que acaricia mi rostro y mece mis cabellos. ¿Estoy soñando? Mi cuerpo emite unas sensaciones ya vividas, pero tan lejanas que no les doy importancia... Hasta que levanto un poco la vista y veo como un sombrero de paja rojo cae desde los bancos de la conocida como Plaza del Teatro Griego. Por instinto, me lanzo a por éste. Al aterrizar en el suelo, alguien grita desde arriba: "Nice Catch!". Mi pulso empieza a acelerarse. Y lo hace todavía más cuando, tras observarlo detenidamente, lo reconozco.

¡Es el mismo que nos unió! ¡El mismo que descansa, colgado, en nuestra habitación de matrimonio! Nuestro mayor tesoro.

Mi padre me toca con el dedo en la espalda y me sobresalto. Me indica que hay alguien arriba que quiere recuperarlo. Sacudido por las emociones, me dirijo hacia las escaleras. Empiezo a contarlas, hasta que reparo en un detalle que me detiene. Ese mismo sombrero todavía está en casa. Por tanto, no puede ser mi esposa. Subo poco a poco hasta que llego arriba y concluyo la cuenta: 50 escalones. Allí, entre la gente, busco al propietario. Mi pulso, enloquecido, se frena cuando veo quien es: una chica que viste una camisa roja de flores atada, camiseta blanca y pantalones piratas a juego muy ajustados, y calza zapatillas playeras. En una mano sostiene un cigarrillo. En la otra, lo que parece ser un catálogo. Al levantarse las gafas de sol y reconocer sus ojos color esmeralda, me quedo totalmente blanco, pálido. Mis nervios se congelan. Las piernas, las manos, todo me tiembla. Y el sombrero acaba por caerse de éstas. No puedo dar crédito a lo que ven mis pupilas. Es imposible. Pero el capricho o algo que mi mente no puede entender se han hecho carne.

La chica que hay ante mí es Ayukawa Madoka. Mi esposa. Mi mujer. Mi Ángel. Mi Diosa... Sólo que con una edad que ronda los 20 años y el pelo bastante corto:

– Arigatō. Pensaba que tendría que bajar hasta abajo del todo para recuperarlo. ¿Nos conocemos de algo?

Tan pasmado me he quedado que no reparo en el detalle que a algunas personas les molesta sentirse observadas. Entre ellas, Ayukawa:

– Gomen. No... Supongo que no... Aquí es fácil encontrar compatriotas... Este es un sitio muy concurrido...

Casi olvidaba lo hermosa que era con esa edad. Un alud de recuerdos cae sobre mi mente a una velocidad vertiginosa. Sin embargo, una nueva ráfaga de viento levanta el sombrero del suelo y tengo que lanzarme de nuevo a por él. Ironizo un poco para retenerla:

– Bueno, como puedes ver, no soy tan buen catcher. Aquí tienes tu sombrero. Es muy bonito.

– Es un regalo de alguien muy especial.

– ¿De tu primer amor?

– ¡Bingo! ¿Como lo sabes?

Podría explicarle la verdad. Pero se asustaría y huiría. Decido contársela a medias:

– Una vez, hace ya mucho tiempo... También recibí un sombrero de una persona muy significativa para mí... Ten, antes de que me lo quede.

La calada kilométrica que le pega al cigarrillo me dice que se ha puesto muy nerviosa por lo que le he dicho. Y menos mal que no hemos discutido por el número de escalones. No obstante, quiero conversar un poco más. Lo que sostiene en la otra mano me ayuda:

– ¿Es un catálogo?

– Sí, de Gaudí... Aprovecho para conocer sus creaciones. No sólo las más célebres sino también sus obras menores, como la Colonia Güell en Santa Coloma de Cervelló, o las bodegas que hay en el Garraf. Supongo que vienes por lo mismo, ¿no?

– Ya me gustaría decirlo pero... En realidad, me han enviado para investigar. Trabajo en un diario de tirada nacional y tengo que realizar un reportaje sobre el ‘Año Gaudí’. Iba a consultar por Internet, pero unos problemas informáticos me lo han impedido. ¿Puedo echarle un vistazo?

– Por supuesto.

La recopilación incluye un listado de sus obras arquitectónicas más importantes: la Casa Vicenç, la Finca y el Palau Güell, el Colegio de las Teresianas, Can Calvet, la residencia de Bellesguard, la Cripta y las Bodegas Güell, La Pedrera... Y como no, la Sagrada Familia y el lugar en el que nos encontramos. La curiosidad me sigue pinchando hasta el extremo del dolor. ¿De dónde habrá salido? Debo averiguarlo. Antes de que quiera darme cuenta se marcha:

– Encantada de conocerte. Puedes quedártela, te ayudará. Nos vemos.

Por instinto, salidas de la nada, emergen las palabras que me atan a ella. A una imagen que desconozco si es real:

– ¡Onegai shimasu, espera! Ya sé que no es lo propio entre dos personas que no se conocen pero... Me gustaría que me acompañases... La guía es muy precisa... Lo malo es que no sé como llegar hasta los lugares que están fuera de Barcelona... Y parece que tú sabes cómo ir.

– Hmm... Está bien. Pero a cambio de que vengas conmigo a cierto lugar.

– ¿A cual?

– Me hubiera gustado visitar la sede de JJ Cobas. Pero como no he encontrado información sobre ésta, me conformo con ir a un museo de motos que hay en un lugar llamado Basella, en la prefectura de Lleida. La verdad es que está un poco lejos... Y no me apetece ir sola.

Arrastrado por el vértigo de las sensaciones vividas, y sin ni tan siquiera pensármelo, acepto:

– Nos vemos mañana por la mañana en los Jardines Cervantes, a la salida de la avenida Diagonal. A las diez.

– Seré puntual. Sayōnara.

Tras marcharse, giro la mirada hacia la excelente vista que hay de la ciudad. Las emociones me sacuden con una fuerza casi infinita. Experimento la misma alegría y felicidad que cuando la conocí. Es como si, de nuevo, estuviera viviendo algo que ya sucedió. No soñándolo, no. Viviéndolo. En otro país. En otro tiempo. Sin embargo, el lugar y el momento prácticamente coinciden. Sólo falta echarme a volar y hacer el avión. Pienso que me va a gustar la estancia en Barcelona. Tan absorto estoy, que no he reparado en un detalle: mi hijo Izumi ha estado observándolo todo. Tras él, llega mi padre con Akemi y Kenji, cogidos a sus manos. A pesar de tener mis poderes telepáticos un poco dormidos, leo su rostro. Y lo que encuentro, me inquieta: está muy disgustado. Igual que su madre, cuando yo dudaba o no tenía claros mis sentimientos hacia ella.

Mi padre me pregunta por la chica del sombrero. Le explico que era una compatriota que había venido también a visitar la obra de Gaudí... Sin embargo, no le digo ni media palabra de la cita de mañana. Casi lo olvidaba. Le pido que cuide de los niños. Antes de que me inquiera por la razón, acuerdo con él que me ayude a seleccionar las instantáneas para el reportaje. Ya me gustaría que me acompañara pero, dadas las circunstancias, no quiero levantar más suspicacias. Aunque sea mi padre, soy el cabeza de clan... Y tengo que averiguar, como sea, qué ha sucedido para que mi mujer aparezca de la nada ante mí con 16 años menos.

Cae la noche en Barcelona. Pasmado y desconectado de lo que me rodea, observo el paisaje de la ciudad desde la ventana de uno de los pasillos del hotel. La puesta del sol a contraluz. Las luces intermitentes

de la Torre Foster de telecomunicaciones. A su lado, la basílica del Tibidabo, iluminada por un resplandor naranja. Todavía no puedo creer lo que han visto mis ojos. Mi esposa, con varios años menos, irrumpe de la nada. Ojalá estuviera Ojīchan para explicarme qué demonios está pasando. De dónde puede haber salido. Y, sobretodo, porqué en este momento. Ahora entiendo la reacción de mi compañero “Paparazo”. No me extraña que tuviera que consultar las fotos que tenía de mi época universitaria en Waseda.

Mi padre me devuelve a la realidad. Me dice que tengo cara de haber visto a un fantasma. Casi está en lo cierto. Y además, me he citado con él mañana. Me invita a dar un paseo y tomar el aire con ellos. Sin embargo, un aviso de llamada desde recepción me retiene. Cojo el aparato. Tal vez sea Hikaru, o mi jefe. Pero me equivoco por lo inesperado de la conferencia. Quien encuentro al otro lado de la línea es a mi suegra. Me llama desde Seattle, donde son las dos de la tarde. A continuación, me cuenta que ha tenido que hablar con mi jefe para saber en qué hotel me alojaba. Me pregunta como me encuentro. Le soy sincero en la medida de lo que puedo: desconcertado. También lo hace por sus nietos. Le comento los detalles del viaje y cómo conseguí convencer a la directora del colegio para que me acompañaran.

Suspira. Están tan preocupados como yo. Pregunto dónde está mi suegro. Me dice que descansando. Su salud es muy delicada. Hacía ya mucho tiempo que no lo veía con un disgusto tan fuerte. Y todo lo que está sucediendo lo ha agravado. Reconoce que me echan de menos: “Contigo, a su lado, estábamos más tranquilos”. Trato de ser honesto con la madre de Madoka, y le comento la verdad. Sé que está muy enfadada conmigo. Pero no sé el porqué. Sé que está en Nueva York porque Hikaru me mantiene al corriente. En teoría, por motivos de trabajo. Pero no le digo ni media palabra de lo que ha pasado hace unas semanas. No quiero preocuparlos a ellos también. Añado que ya me gustaría poder arreglar esto. Por desgracia, el trabajo me lo impide. Le prometo hacer algo al respecto en cuanto finalice mi misión aquí. Me despido de ella y le pido una pronta recuperación a mi suegro.

La llamada ha empeorado mi estado de ánimo. Declino amablemente la invitación de mi padre y me refugio en la habitación. Trato de volcarme en el reportaje para no pensar en lo que está sucediendo. Lamentablemente, en cuanto inicio el PC, conecto el dispositivo de memoria USB y repaso el álbum de fotos de mi mujer. Esta vez me centro en las de nuestra boda. Los recuerdos me arrastran hacia el pasado. Hacia doce años atrás.

Capítulo 4: La Boda (El amor está en tus ojos)

Madoka y yo llevamos bastantes años como pareja. Pero nunca se me ha ocurrido dar el paso que queda. La verdad es que tengo miedo a su reacción. Y no es la primera vez. Aún recuerdo cuando me declaré y tuve que esperar casi un año a su respuesta. Si, se daban unas circunstancias muy especiales. Pero no quiero que me vuelva a suceder lo mismo en algo tan importante. A pesar de que gracias a mis crónicas he conseguido un buen trabajo como fotógrafo y reportero en un diario importante del país, todavía vivo en un apartamento de la Green House junto a mi padre. Ella, por su parte, lo hace en casa de sus progenitores. Pero casi se puede decir que es su casa.

Ya se ha convertido en una gran compositora y letrista. Las estrellas del momento piden sus servicios, ya sean Idol Singers o gente con una trayectoria ya consolidada. En especial Hayakawa Mitsuru, con quien mantiene una relación profesional muy fructífera. Las escuelas de música de Japón se la disputan. Todo comenzó en un concurso de nuevos talentos que la NHK organiza cada año y que resultó muy controvertido. Madoka ni se planteaba convertirse en una Pop Star. Es más, sonreía cuando se lo preguntaba, como diciendo, “¿Quién, yo?”. De entrada, iba a sustituir al teclista de la banda de su primo Shū. Sin embargo, tuvo que acabar cantando en lugar de Yukari. Su actuación en directo fue soberbia. Tanto que, entre bambalinas, muchos osaron decir que, para ser una amateur, lo hacía incluso mejor que Hayakawa Mitsuru, el Idol Singer del momento.

Sin embargo, el anuncio de éste de abandonar el fenómeno fan para convertirse en profesional; y del hecho de que tenía novia, eclipsó su irrupción. Tal fue la controversia que, finalmente, la NHK optó por no emitir la gala. No obstante, el intercambio de cuerpos que habíamos sufrido ambos el día anterior, hizo que se fijara en mi esposa. Reconocía que nunca había visto a una chica tan guapa fuera del Show Biz. Sabía de sobras que, si quería mantener su posición como ídolo de masas, necesitaría algo más que perfeccionar su voz. Y comprendió que Madoka era mucho más que una cara bonita. Era alguien con un talento incomparable. Por desgracia, las circunstancias personales que estábamos viviendo, la alejaron momentáneamente de la música. Finalmente, una vez puestas algunas cosas en su sitio, aceptó colaborar con él. La única condición que impuso fue compaginar la carrera de Literatura y Arte con las composiciones. Primero, con la banda de Shū y Yukari. Llegó a tocar en algunos de sus conciertos e, incluso, a cantar y a acompañar a los coros. Después, con Hayakawa. Ambos se han convertido en un tándem de éxito asegurado.

Pienso en todo ello. También, en lo bien que nos lo pasamos unos días atrás, en la fiesta de Tanabata. Que suerte que, por una vez, tengamos unos días libres. Sonríe cuando imagino los momentos que vamos a disfrutar juntos a solas, sin nadie que moleste. Como siempre, mis hermanas han aprovechado un encargo de mi padre en Okinawa para librar en el trabajo y acompañarlo. A sus respectivos novios no les importa. Todo parece que va a ir como una seda. Suena el timbre. ¿Quién será a las ocho de la mañana? Abro la puerta y me sorprende. Es Madoka, que viene de improviso. La agarro por la fuerza y la hago entrar dentro:

– ¡Kasuga-kun, por favor, compórtate, que nos van a ver!

– No te preocupes, no hay nadie. Mi familia está fuera. Nadie molesta.

Nos besamos. Quiero seguir jugando pero, al contemplar su rostro, identifico ese aire preocupado que me dice que algo se va a torcer. Cuando veo sus manos, me acabo de convencer que estoy en lo cierto. Le pregunto si ha desayunado antes de prepararle algo. Aunque soy un poco torpe incluso para eso, sabe que siempre hago las cosas lo mejor que puedo. Me responde afirmativamente. Nos sentamos en la mesa, cara a cara. Le acaricio los dedos y reconozco lo que llevaba de la mano:

– ¿Qué haces con el pasaporte? ¿Te marchas a ver a tus padres?

– Sí, pero... Esta vez, me gustaría que vinieras conmigo.

La idea me ruboriza. A ellos los había visto por separado, en sus actuaciones dentro de Japón; o juntos, en sus estancias en la residencia familiar. Agradecían el cuidado que habíamos tenido todos por su hija como amigos. Y, aunque no es ‘oficial’, sospechan que tiene novio. Cada vez se prodiga menos en sus visitas a Seattle, donde se ha instalado su hermana mayor y donde sus padres pasan las temporadas más largas. Y siempre que lo hace, está pendiente de mis llamadas. Guardo silencio:

– ¿Tienes miedo?

– No, más bien, un poco de vergüenza. Ya sabes que me cuesta mucho comportarme ante ellos. Son músicos muy famosos, conocidos alrededor del mundo. Además, a veces me siento como un astronauta en una galaxia extraña.

Mi Ángel sonríe, pero casi estalla en una carcajada. Primero me toma las manos y me las acaricia. Luego, se levanta y me rodea con sus brazos:

– Kasuga-kun, no te preocupes. Sé tú mismo. Sé el chico que conocí en el Kōryō. El chico que no bebía, no fumaba y siempre estaba en casa a la hora que tocaba.

– ¿Con eso será suficiente?

– Estoy segura que sí.

De todas formas, no lo tengo nada claro. Madoka quiere decirme algo con ese gesto. Pero no sé qué. Sé que ha sufrido mucho este pasado año: mi desaparición en Bosnia y el rescate de Hikaru en México la han afectado considerablemente. Sobretudo, este último punto. Durante mucho tiempo, he sido el motivo principal por el cual apenas se habían dirigido la palabra durante años, además de un tema tabú. A pesar de que Hikaru está condenada a no poder olvidarme, ambas entendieron que, para cerrar definitivamente sus heridas, necesitaban superar sus diferencias. La primera tuvo que domesticar sus terribles celos. Suerte que está totalmente segura de mis sentimientos. La segunda, esforzarse para controlar su afecto hacia mí.

Con todo, para mí tampoco ha sido fácil. Aún me siento abrumado, celoso, e incluso más inseguro que antes. El hecho de que tuviera que rescatar a mi primo Kazuya del mundo de ficción del pervertido de Hatta fue un mal menor. Lo peor había acontecido antes: algunos detalles del pasado de mi mujer a punto de empezar la secundaria. Entre éstos, la escena que había contemplado en aquel almacén, junto a Hikaru. Aún me robaba el sueño. ¿Por qué se había desnudado delante de Mishima y le había ofrecido sexo? ¿Lo había hecho porque estaba enamorada de él? ¿O para agradecerle la atención y protección que le negaba su hermana mayor, más pendiente de cosas de su edad que no de ella? Y además, le dijo que lamentaría haber rechazado la oferta. La verdad es que Mishima acertó en una cosa: “Algún día, algún tonto lo verá”. Y ese tonto he sido yo. Ahora entiendo a mi novia cuando, en aquella ocasión en que nos quedamos solos en una isla desierta, me dijo que había hecho cosas muy malas. Y lo peor es que no puedo preguntárselo. Si lo hiciera, arrasaría todo el camino que hemos andado juntos.

La única buena noticia es que las cosas están más o menos como antes de la ruptura, aunque no resulte exactamente igual. Quería recuperar el cariño de Hikaru. Por ello, tuve que realizar el esfuerzo de hacerle comprender que, a pesar de que Madoka es muy especial para mí, aún la apreciaba y agradecía todos sus gestos. Lo mejor para todos era disfrutar de nuestra compañía y controlar nuestros sentimientos, a la vez que comportarnos para no herirnos. La estancia en Okinawa fue la primera vez en mucho tiempo que los tres gozamos y reímos juntos. No hubo más malos entendidos ni más evasivas extrañas. Y muchos menos dudas. Las cartas estaban boca arriba y habíamos aprendido separar a las cosas. El hecho de que Hikaru hubiera vuelto a Otaru y necesitase apoyo para relanzar su carrera lo facilitó en gran parte. Desde entonces, su vida ha cambiado mucho.

Castigado por las dudas, acudo al Shin ABCB, refundado como piano bar. Es un lugar donde los amantes del jazz disfrutan de buena música en directo. El plato fuerte son las actuaciones sobre el escenario de promesas o gente consolidada como Arima Reiji o, excepcionalmente, Ayukawa Madoka (que es su nombre artístico). Master me saluda efusivamente, pues hacía una larga temporada que no le visitaba. Le pregunto por Hana, su novia, y me dice que está fuera atendiendo unos recados. De inmediato, me sirve un café americano. Qué bien que conoce mis gustos. Cuando le comento la propuesta de mi novia, se ríe a carcajadas durante un rato. Sus palabras traducen lo que me está sugiriendo: “Te recomiendo que pienses en un lugar romántico en el que se sienta como en casa, busques una joyería, y le propongas que os caséis. Ambos tenéis un buen trabajo, y lleváis juntos mucho tiempo. Si te va a presentar a sus padres formalmente, es que te está pidiendo que des el paso. Sé que es arriesgado, pero... Te aseguro que nada en Ayukawa-kun es gratuito”.

Parece mentira que la conozca mejor que yo. Dos días después, con los visados en regla, tomamos un vuelo desde el Aeropuerto Internacional de Narita hacia el de Chicago – O’Hare. Casi olvidaba lo que era el jet lag. Sus padres habitualmente residen en Seattle. Sin embargo, la Orquesta Sinfónica está ofreciendo una temporada de conciertos en el Estado de Illinois. Y por ese motivo se han instalado en una casa alquilada. Al llegar a la terminal, todo precipita. Madoka me presenta ante ellos como su novio. Todavía se acuerdan del incidente en Bosnia Herzegovina y de los quebraderos de cabeza que les ocasionó mi desaparición. Tras guardar las maletas en el coche, nos dirigimos a Evanston, una localidad

al norte de Chicago, en donde se ubica la casa. Cuando nos quedamos a solas en la habitación, mi novia no para de reírse recordando la escena. Me dice que debería haberme sacado una foto. Agacho la cabeza, colorado aún por la vergüenza pasada y por el mal rato vivido. Nunca la había visto así de feliz. Siguiendo las costumbres de respeto que hemos mantenido durante nuestra relación, decidimos dormir en camas separadas. Hemos hecho muchas veces el amor en mi habitación o en la suya, pero nunca en las de nuestros padres. No puedo dormir pensando en las palabras de Master. En el miedo que tengo a que me diga que no. En cómo pedirselo.

Al día siguiente, empieza el tour por los lugares más populares de Chicago. Aunque no lo aparento, Madoka sabe que algo baila en mi cabeza. Siempre he lamentado mi torpeza para realizar según qué cosas. Siempre me he refugiado en los poderes para no hacer el esfuerzo por mí mismo. Un lugar donde se sienta como en casa. Sigo dando vueltas a la idea hasta que llega la hora posterior a la cena. Todos estamos reunidos en la sala de estar. Su padre le pide que toque el piano de caja vertical que hay para nosotros. A regañadientes, acepta. Elige piezas de Chopin y Mozart... Y, entonces, bajo sus acordes, una idea brota en mi mente. Recuerdo que lleva a todas partes una composición muy especial para ambos. Estoy seguro de que debe andar por aquí. Tras la velada, converso con su padre y le pregunto cual es el mejor recinto de música clásica de la ciudad. Me comenta que el Symphony Center, en South Michigan Avenue. Añade que es, junto al Civic Opera House, uno de los dos lugares donde suelen dirigir y tocar. Aunque es demasiado pronto, y la confianza que me tomo con él resulta casi ofensiva, le pido un inmenso favor: una visita privada para mí y su hija.

Ésta la realizamos un par de días más tarde. Al subir al escenario, le pido que toque el piano para mí. En principio, se enfada. Ya he disfrutado bastante de sus dotes en este viaje. Insisto. Está a punto de irse, pero la agarro del brazo. Aunque temo que me vaya a abofetear, tengo que arriesgarme. Nos miramos a los ojos. Aún recuerdo lo que me dijo una vez, cuando pensó que su padre estaba engañando a su madre: “Sabes, no sé porqué, pero cuando eres tú quien me dices las cosas, me las creo”. A pesar de que no articulamos ni media palabra, acepta y se sienta al piano. Le pido que cierre los ojos un momento. Saco de mi mochila la partitura de “Kyosuke #1” y una cajita. La primera la sitúo en el atril. La segunda, justo por detrás. Al abrirlos, Madoka se queda perpleja. Su rostro se pregunta por qué esta composición, aquí y ahora. Guardo silencio y me mira con una media sonrisa. Empieza a tocar con una pasión que pocas veces le debo haber visto. No sé si es porque, como todo niño pequeño, tiene entre sus dedos un juguete suyo que le hace disfrutar, o porque ya sospecha algo.

Al final de su actuación, le pido que retire la partitura del atril. Mi pulso se acelera por su reacción. Al ver la cajita tras éste, se queda paralizada. Le pido que la abra. Dentro, una sencilla alianza con motivos rojos en sus bordes. Con voz entrecortada, le pregunto:

– ¿... Love... o... Aishiteru?

No responde. Tan sólo pliega la tapa que cubre las teclas del piano, se levanta y me abraza con todas sus fuerzas. Nuestros labios se encuentran en un beso casi eterno. Creo que es el más largo e intenso de todos los que recuerdo con ella. Más incluso que el que nos dimos bajo el árbol de los recuerdos, en el parque en el que nos conocimos. A continuación, me interroga:

– ¿Cuándo quieres mis padres conozcan a Takashi-san?

– Pregúntales si tienen unos días libres para regresar con nosotros a Japón. Yo me encargo de ponerme en contacto con el nakodo.

Durante todo el camino de vuelta, no separamos nuestras manos. A veces nos las acariciamos. Otras, nos las agarramos con fuerza. Les pedimos que consulten su agenda para encontrar un hueco y conocer a mi padre. En principio, no dicen nada... Hasta que entienden que su hija va a casarse. La amplia sonrisa que acompaña la respuesta afirmativa me tranquiliza. Unas semanas después, se celebra la reunión y se discuten los detalles del enlace. Se acuerdan dos ceremonias: una en el templo, en Tōkyō, para no contrariar a Ojīchan, gran amante de las tradiciones, que organizará mi familia; y una segunda en Hawái, ésta por expreso deseo de los padres de Madoka. Sin embargo, mi Ángel pone una sola objeción: si bajo un árbol nos conocimos y juramos amor, bajo un árbol nos debíamos casar. El tiempo no debía ser ningún problema, pues allí casi siempre es excelente. Sus padres asienten, encantados con la idea.

El primer enlace se produce a primeros de agosto, en un ambiente íntimo y alejado de los objetivos. Mi mujer está preciosa, vestida con un uchikake blanco, cabellos recogidos, y maquillada para la ocasión. En cambio, yo no paso un buen rato. A diferencia de mis abuelos, no estoy acostumbrado al hakama y demás prendas tradicionales. Visto que mi padre no podía costear sólo el kosoderyo, me he rascado el bolsillo sin que él lo supiera. Las flores, las velas, el konbu para que el clan no se extinga, y otras

ofrendas han salido de Ojīchan, que está encantado con el hecho de que se case su primer nieto. El shuehiro para la prosperidad y el surume para la solidez de nuestra unión los entrega Manami. Kurumi se encarga del yanagi taru (se ha convertido en una gran entendida en todo lo tocante a la elaboración del sake) y del noshi, para una larga vida. A pesar de que Madoka va a llevar el apellido Kasuga por el resto de sus días, decidimos que la casa de los Ayukawa será nuestro hogar. Sus padres se lo deben, pues ha sido ella quien lo ha guardado durante sus ausencias. Su hermana mayor no pone objeciones, ya que se ha establecido en Estados Unidos.

Para la segunda boda, esperamos a las vacaciones de Navidad. Queremos que estén todos para evitar problemas de agenda. Además, esta ceremonia sí ha sido anunciada ‘oficialmente’, por lo que el grueso de mis compañeros de oficio asistirá como invitados o trabajando. Ya me imagino el titular: «Famosa letrista y compositora se casa con reconocido periodista»... ¿O es mejor al revés? De todos modos, para muchos de ellos será ‘la boda del año’. La asistencia de Komatsu, Hatta, los padres de Madoka, su hermana mayor, Hayakawa Mitsuru, compañeros de oficio... No es para menos. Sin embargo, unas semanas después de la primera ceremonia, salta la sorpresa. Es un domingo por la mañana en el que, a pesar de brillar el sol, el viento de septiembre que anuncia la llegada de los tifones se empieza a notar. Aunque todavía falta mucho, me siento en el sofá de la sala de estar, justo al lado del piano, y empiezo a preparar los detalles del viaje a Hawai, la organización para no quedar en mal lugar ante mis colegas de prensa, el enlace y la luna de miel. De golpe, Madoka aparece pálida como un espíritu, con un objeto de la mano, y temblando de arriba a abajo. Se sienta a mi lado y me agarra la mano. Nunca la había visto así. Le peino los cabellos y le acaricio el rostro. Ha pasado algo:

– No puede ser...

– ¿El qué?

– Es que... No sé como decírtelo...

Justo en ese momento, encuentra las palabras. Insignificantes en apariencia. Pero con una traducción brutal para mi mente. La primera bofetada que me dio, me la gané por decírselo:

– Voy a hacerte caso... Voy a dejar de fumar.

Sonríe y me abraza a ella con todas mis fuerzas. Lloro como pocas veces le debo haber visto. Está muy asustada porque sabe que va a ser madre. Una un tanto especial. Y, entonces, acude a mi mente lo que me inquirió en aquella noche mágica en Yokohama: “¿Tendremos algún día hijos éspers?”. La diferencia entre formular la pregunta y vivirlo en carne propia es abismal. Bien que lo sabe mi padre.

– A cambio, quiero que me prometas una cosa.

– ¿Qué quieres?

– Que no se lo dirás a nadie.

Estamos de suerte. La familia de mi esposa y la mía nos dan carta blanca para preparar el segundo enlace. Todo ello permite a Madoka elegir un vestido de novia que disimule bien su estado. Ni tan siquiera su madre o su hermana la verán hasta el último momento. Y por fin llega el día señalado. Tenía unas ganas locas de dejar el frío de Japón por el calorcito de Hawai. Estoy todavía más inquieto que en el primer enlace. Tal vez porque esta vez sí han acudido todos. Mientras me pongo el smoking blanco, los pantalones, la americana, los zapatos, y la pajarita a juego, le pregunto a mi padre si el día de su boda estaba igual de nervioso. Justo en ese momento, nos acordamos de mi madre. Su rostro es el que demuestra estar más afectado por su ausencia. Debe haber sido de las pocas veces en las que le he visto llorar. Además, Kurumi y Manami ya no viven en casa, y yo me fui tras la ceremonia en el templo. Llegamos al lugar del enlace: el jardín que hay junto a la iglesia. El sacerdote ha aceptado encantado la idea de celebrarlo a la sombra de un árbol frondoso.

Mientras espero, llegan los invitados. Los primeros en acudir son los del clan Kasuga. Primero lo hace Ojīchan, dando la nota y vistiendo al uso tradicional japonés. Le veo muy desmejorado y eso me preocupa. Va del brazo Obāchan que, como siempre, le lleva la contraria y viste más acorde a los gustos de Occidente. Le sigue Kurumi, que está conviviendo con Hayami Yun, su gran amor. Éste ha logrado domesticar el carácter travieso y rebelde de mi hermana pequeña. Sin embargo, lleva bastante mal lo de saber que ella tiene poderes, en especial, cuando se enfada. Gasta un genio... Él trabaja como ingeniero naval y ella, junto con Manami, en el Ikkoku, el restaurante que ambas han abierto en Yokohama. Es la catadora, jefa de servicio y relaciones públicas. La verdad es que tiene madera para ello... Pero no para la cocina. Por ahora, viven en un apartamento de la ciudad.

Quien sí la tiene es Manami. Obviamente, es la jefa de cocina y administrativa del negocio. Para algo estudió económicas en la Tōdai. Le acompaña su novio, Kaneda Sōichirō, el contrapunto perfecto a ella:

bromista, alegre, encantador y servicial. Trabaja como contable de una empresa importante y todavía no sabe nada sobre los poderes familiares. Manami, al igual que yo, es discreta y reservada al respecto, y no sabe cómo decírselo. También viven en Yokohama, en el mismo bloque que Kurumi y Yun. Al final, irrumpen Akane y Kazuya. Y digo ‘irrumpen’ porque, cuando llegan ellos, es como si toda la tierra que hay alrededor temblara. Mi prima esta soltera y sin pareja conocida. Su hermano sigue siendo incorregible. Y eso que ya está en la universidad. Seguro que él y Ojīchan se lo deben haber pasado bomba aquí. Y más, con el aluvión de objetivos que le rodean. Detrás de ellos, lo hacen mis tíos.

Tras aparecer mi familia, lo hace la de mi esposa. La madre de Madoka y su hermana mayor vienen juntas. Esta última trabaja como productora e ingeniera de sonido para una importante discográfica con base en Toronto, Canadá. Su marido, Hanzo Hattori, es cirujano en el Seattle Grace, uno de los hospitales más prestigiosos de la ciudad. Tienen 3 hijos, que han nacido durante nuestra época universitaria en Waseda. Las mayores, que son gemelas, se llaman Kanako y Meiko. El pequeño, Kentarō. Suerte que todavía no hemos tenido descendencia. No quiero ni pensar en las acrobacias que vamos a tener que realizar para mantener el secreto. También asiste su primo Shūichi, junto a Yukari, su esposa. Han venido directamente desde Los Ángeles, donde se han establecido como letristas y compositores de éxito.

A continuación, llega Hikaru. La esperaba algo triste, pues era ella quien debía acompañarme en el altar. Sigue soltera y, en teoría, sin compromiso. Se ha recuperado fácilmente del golpe sufrido por la suspensión del musical “The Legend Of Atlantis” y sus consecuencias. Ya se ha hecho un nombre en el mundillo de los musicales del ‘Off Broadway’, y está estudiando interpretación en el Actor’s Studio College para ampliar sus miras. Se ha trasladado a Greenwich Village, una de las zonas más célebres de Manhattan, en el corazón de Nueva York. Sin embargo, es incombustible. Me recibe con una amplia sonrisa, siempre vital y alegre. Me felicita muy efusivamente y me pide que haga feliz a Madoka. Se lo debemos. Tal vez haya valorado que quien se casa es su mejor amiga. Pero la ilusión que demuestra es diferente. Es la misma que cuando éramos ‘pareja oficial’ en el Kōryō. Y ello me intriga.

Y si hablamos de Hikaru, también hay que hacerlo de Hino Yūsaku. Tampoco pasa desapercibido vistiendo con hakama y un par de geta. Por lo que sé, está soltero y volcado en las competiciones de judo y karate, en las que ha obtenido varios títulos y medallas olímpicas. Sin embargo, sigue siendo muy tímido y cortado con las mujeres. Muchas veces tiene que ayudarse de entrevistas con mediadores para compromisos. No sabía porqué Madoka se había empeñado tanto en invitarlo... Hasta que me dio la explicación pertinente: “Yū-kun y yo somos amigos desde pequeños. Hemos jugado juntos y siempre nos hemos respetado y apoyado. La verdad es que cuando se enteró de la ruptura entre Hikaru y tú, estuvo tentado de pegarte una buena paliza. Sin embargo, luego se supo la verdad... Y entendió que ambos teníamos nuestra parte de culpa en el daño que le hicimos”. También recibo su felicitación. Ya no parece aquel chico resentido que conocí. Incluso me sonrío. Qué iluso que soy. Hay cosas que en él no cambian. Me amenaza con otra paliza si no hago feliz a Madoka. Le comento que, si es así, tendrá que ponerse a la cola: será Hikaru quien me dé una buena somanta de palos.

Por desgracia, no son los únicos que dan la nota. Mis amigos del Kōryō están a su altura. ¡Qué digo! Elevan el listón. Komatsu Seiji aparece con una vestimenta formal pero con una compañía nada apropiada. Es lo que tiene vivir en Chiba, al este de la bahía de Tōkyō. La chica que viene con él es su último ligue. Una auténtica exhibición de curvas embutida en un traje todavía más vertiginoso. Como esperaba, Ojīchan y mi primo disfrutaban de las vistas. El proyecto que protagonizamos todos en el instituto le marcó. Ahora es un director de cine reconocido y agente de Hatta Kazuya. Éste no le va a la zaga: también viene acompañado de un ligue que se ajusta a sus gustos. Es lo que tiene estar soltero. En cierta medida, ni maduras ni te asientas. Trabaja como dibujante de éxito y guionista, tanto de Manga como de cine. También vive en Chiba, además en el mismo edificio que Komatsu. Menos mal que mis hermanas no cayeron en sus zarpas. No quiero ni pensar lo que hubiera pasado.

El contrapunto agradable lo protagoniza Master. Se ha recuperado muy bien de la ruptura con su mujer. Le acompaña Hanajima Saki, su pareja. Es una licenciada en psicología por la Tōdai más joven que él, que sí entiende el papel que juega un barman, y con quien está conviviendo. Ambos comparten el trabajo en el Shin Abakabu. Todos toman asiento en el lugar que se ha habilitado para el enlace. También llega Hayakawa Mitsuru, acompañado de Shiori, su esposa; y sus hijos, Kazuto y Akina. A pesar de la presencia masiva de la prensa, se le ve muy relajado y feliz.

Finalmente, aparece Madoka, cogida al brazo de su padre, visiblemente emocionado. Como no podía ser de otra forma, le acompañan los acordes de la “Marcha nupcial” de Mendelssohn, ejecutados al piano

por su hermana mayor. Está más radiante incluso que en la ceremonia en el templo. Es como un sueño. Viste tal cual la imaginé cuando se produjo el malentendido por los preparativos de la boda de ésta última: un vestido blanco con cintura amplia para ocultar su estado, guantes largos y zapatos a juego, y rostro cubierto por un fino velo que sostiene dos rosas blancas. Lleva en las manos un ramo de ojisai, la conocida como 'la flor capricho'... Suerte que nadie ha advertido su estado avanzado. Al guiñarme un ojo y sonreír, entiendo que todo ha ido según lo previsto.

Una vez la ceremonia ha concluido, mi esposa le regala una del ramo a Yūsaku para darle suerte y valor, otra a Hikaru y otra al Master. El resto, como es tradición, lo lanza al aire. Mi prima Akane utiliza discretamente los poderes y lo recoge. No cambiará. Madoka y yo cumplimos el trámite cortés de las fotos, ya sea en pareja como acompañados de la familia. Para no quedar en mal lugar, ofrezco a los compañeros de oficio un pequeño servicio de catering. La oportunidad perfecta para que, tras tanto agobio, mi esposa y yo nos demos a la fuga. Es entonces cuando se produce un momento divertido... Y soñado. Hace ya tanto tiempo. Lo que nos conduce al restaurante no es una limusina sino... Un autobús escolar un poco destartado, con latas atadas atrás y la leyenda 'Just Married' escrita en la parte trasera. Riéndonos de la ocurrencia y de la forma en que nos hemos marchado, subimos, nos sentamos al fondo del todo, y nos vamos.

Tras el banquete, Madoka lo pasa bastante mal. Los invitados fuman y le ofrecen tabaco. Se niega en redondo, con una vehemencia que sorprende a todos los que la conocen. Aunque la jornada resulta muy estresante por lo ajetreado de la atención, tengo un momento para conversar con mi suegro. Me está muy agradecido. Tanto él como su mujer se sorprendieron gratamente al ver que su hija venía con un novio tan formal. Temían, por los antecedentes que tenía de joven y lo que le iba contando su hija mayor, que fuera un 'delincuente'. Bueno, lo de 'formal'... Tal vez no piensen lo mismo en cuanto llegue su próximo nieto.

Más tarde, salgo al jardín para tomarme un respiro. Sin embargo, cuando veo a Ojīchan poniéndole la mano en la barriga a Madoka, entiendo que no puedo dejarla sola en manos de los de mi clan. Enfadado, le pregunto qué demonios está haciendo el muy perverso. Primero me sonrío y me pide que le acompañe. Me niego, pues ya que mi esposa es de la familia, también tiene derecho a saber lo que me tiene que decir. Aunque su salud es delicada y ya es bastante mayor, me asusta. A él no se le puede engañar. Sabe que dos nuevos miembros van a llegar porque ha percibido su energía dentro del vientre de ella. Ambos nos quedamos estupefactos. Pensamos que está de broma. Pero cuando se trata de asuntos familiares, deja su lado grosero a parte. Le pedimos por favor que no se lo diga aún a nadie. Asiente y reconoce que le tranquiliza que la continuidad del clan esté asegurada. Lo único que hacía era cederles parte de su propia energía para que nacieran con salud. Años después iba a descubrir que ese gesto tan simple resultaba algo aún más grande.

Los meses siguientes son vertiginosos: se hace oficial que estamos esperando descendencia. Ojīchan enferma gravemente y mi padre tiene que ir al pueblo para cuidarle. Es entonces cuando conoce a Kyōko y empieza su noviazgo. Mi hermana Manami se enfrenta a la decisión de éste, hasta que Madoka le hace ver que Obāchan ha tenido algo que ver en todo ello. Ojīchan fallece, se celebran las exequias y mi hermana acepta la relación. Es entonces cuando la intriga alrededor de Hikaru toma cuerpo: tiene pareja. Es un chico de origen chino llamado Robert. En febrero, viajamos a Nueva York para conocerlo. Justo a la vuelta, mi mujer se desmaya al confirmarse la noticia: no es una, sino dos las criaturas que vienen. El resto del embarazo se le hace muy dificultoso: cargar con ambos resulta muy duro. Finalmente, llega el día del parto, a mediados de mayo. Afortunadamente, todo va de maravilla. Son mellizos. Mi padre sostiene al niño en sus brazos. Reconoce que se parece mucho a mí cuando nació. Madoka, a la niña. Decidimos poner los nombres de Izumi, en honor a un gran dibujante de Manga y Akemi, en memoria de mi madre, a la que apenas conocí.

A pesar de no controlar la teletransportación y la telekinesis, Izumi se comporta muy bien. Sin embargo, con el tiempo comprobamos que su carácter es reservado, solitario, melancólico y, a ratos, tan rebelde como el de su madre. Afortunadamente, madura igual de rápido que ella y demuestra ser un buen estudiante y un excelente deportista. Poco a poco se hace más responsable. Akemi, en cambio, es la viva imagen de mi esposa cuando era pequeña, en especial, con el pelo corto. Por contra, es patosa, dubitativa, con una tendencia natural a meter la pata y torpe. Aunque eso sí, extrovertida, alegre y un poco traviesa como mi hermana Kurumi. Lo que más nos sorprende y asusta de ella no son ni la telekinesis, ni los sueños premonitores que tiene, ni la capacidad de auto hipnotizarse accidentalmente, poderes que controla con problemas... Sino su inmenso talento con el piano. Según ella, nunca utiliza

las habilidades familiares. Simplemente, disfruta con su juguete favorito. Es aún mejor que Madoka a su edad, y se defiende muy bien componiendo y tocando el saxofón.

Mi mujer comprueba en su propio cuerpo lo difícil que resulta todo esto. Casi olvidaba el pavor y el pánico que le tiene a todo aquello sobrenatural. Además, ante ella casi nunca me he servido de los poderes. Los primeros pasos de nuestros hijos, que los utilizan inconscientemente, van acompañados de desmayos, crisis nerviosas, ansiolíticos, y frecuentes y sospechosas visitas al hospital... Hasta que, con la ayuda de mis hermanas, se acostumbra a las maneras de los Kasuga. Para que esto no suceda y evitar hacer de oro a los de las mudanzas, decide imponerles instrucción en las artes marciales. Todo para poder controlar por sí mismos sus habilidades. Como es de esperar, Akemi tiene problemas. Pero siempre se esfuerza al máximo. Por el contrario, Izumi apunta maneras que el propio Hino Yūsaku le hubiera gustado tener.

El tiempo continúa con su transcurrir y se precipitan los acontecimientos: Hikaru se casa con Robert, lo cual nos hace respirar aliviados, porque nuestra relación se asienta sobre pilares más sólidos. Mi padre también se casa con Kyōko y, como había prometido mi hermana Manami, el Ikkoku acoge el banquete. Obāchan, con la sensación del deber cumplido, se reúne con Ojīchan. También se celebran la boda de Master con su novia, Hanajima... Y las de mis hermanas en una gran ceremonia. Como es preceptivo, Sōichirō y Yun, adoptan el apellido Kasuga. Nacen los hijos de Hikaru y los de Kurumi y Manami. Por si no había suficiente, mi prima Akane también contrae matrimonio, para sorpresa de la familia. Jura que un dibujante de Manga se lo vaticinó un tiempo atrás.

Y nace Kenji, nuestro tercer hijo, en pleno mes de julio. Con él, mi esposa se embarca en una lucha constante y agotadora para que respete el secreto de la familia... Y no tengamos que recuperar costumbres ‘casi’ olvidadas. En lo físico, se parece mucho a Takashi, mi padre. En lo referente al carácter, es un seísmo: travieso, caradura y con un lado picante propio de mi primo Kazuya y de Ojīchan. Con el paso del tiempo, sus andanzas empiezan a resultarme ‘familiares’: subirle las faldas a las profesoras en presencia de los padres, romper cristales, decir en voz alta cosas impropias de su edad, meterse en líos con sus compañeras de preescolar. Gajes de la telepatía y la telekinesis... Suerte que está Izumi, al cual obedece sin rechistar y adora. Debe ser porque le saca de más de un lío. Debe ser porque a su lado, se concentra y controla sus habilidades. Lo malo es que todavía no tiene edad para recibir la misma formación que sus hermanos.

El tiempo, como el agua, sigue su curso. Todo parece guiarse por un cauce lógico. Hasta que el río llega a un salto de agua abismal que parece no tener fondo. Y que, acaso, los peces plateados no pueden superar sin perecer.

Capítulo 5: ... Y vuelta a empezar (Un triángulo peligroso)

La luz de un nuevo día me despierta. Y, por una razón desconocida, mi cuerpo toma conciencia de la realidad a través del miedo que me infunde esa Ayukawa con la que me he citado para hoy. Ayer se mostró encantadora y amable, pero... Si hago caso de lo que viví junto a ella cuando nos conocimos... Me temo que la jornada va a ser demasiado larga. Ojalá me equivoque. Tras el desayuno, los niños me preguntan por qué no pueden acompañarme hoy. Tan sólo les pido que se porten bien, estudien y obedezcan a su abuelo. Izumi me sigue mirando con desprecio y ni tan siquiera se despide de mí. Mi padre le riñe y le cuestiona por las razones de ese comportamiento. Él guarda silencio, como su madre. A pesar de que la puerta de su mente está cerrada a cal y canto, sé lo que piensa. Pero no se lo puedo explicar. Tal vez porque no lo entendería. Tal vez porque todavía no he encontrado todas las respuestas. La espera se me hace dura. El choque entre temores y alegrías sacude mi cuerpo. ¿Qué Ayukawa voy a encontrar hoy? Trato de pensar en positivo. Seguro que la chica agradable y celestial que hace brillar las aguas del río. Un claxon lo estabiliza. Miro alrededor para identificar el vehículo. No lo encuentro. La bocina vuelve a sonar. Es la de una Harley - Davidson Chopper. La música de su motor resulta inconfundible. Quien la conduce lleva un conjunto negro formado por un vestido de una pieza de cuero muy ajustado y corto, chaqueta a juego propia de los amantes del rock 'n' roll, medias largas y botas. Las gafas de sol que cubren sus ojos, son las que suelen tener los policías de autopista que conozco de mis estancias en los Estados Unidos. El conjunto lo redondea un cigarrillo en los labios sin aligerar de ceniza. No puedo creérmelo: es la estampa de un auténtico forajido. Por desgracia, la moto se acerca y se detiene ante mí. El piloto se levanta el casco de tres cuartos y se retira las gafas de sol para identificarse. Efectivamente, es Ayukawa. Lo extraño es que, a pesar del miedo que me da, el gesto lo encuentro muy sexy. No lo recordaba en mi mujer. No obstante, trato de hacer lo mismo que cuando nos conocimos. No dejarme guiar por las apariencias:

– Ohayō gozaimazu.

– Ohayō gozaimazu. ¡Caramba, qué cambio! Me ha costado reconocerte.

– Pues ponte gafas o vete a un oculista.

Me lo temía... Tal cual la conocí. Y espero que éste sea uno de sus días buenos porque si no... El día se me va a hacer eterno:

– ¡Qué hombre más desastre! ¿Esperabas un coche? Pues esto no es un servicio de taxi. Anda, ten mi casco y sube. Y cuidado donde pones las manos. Que conste que lo hago porque no tengo ganas de ir tan lejos yo sola. Sería muy aburrido.

– Onegai shimasu, espera un momento. ¿No crees que primero deberíamos decidir dónde vamos?

– ¿Cómo que 'deberíamos'?

– Como bien has dicho, éste no es un servicio de taxi. Algo tendrás que decir, ¿no?

Ayukawa lanza el cigarrillo al suelo y lo pisa con rabia. Creo que me he pasado de osado utilizando ese tono de voz. Más vale que lo modere si no quiero que me marque la cara. Se mete la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta de cuero:

– Cara, los monumentos que hay en la ciudad. Cruz, los que hay en las afueras.

Sale cara. Monto en el asiento de atrás de la moto y me coloco el casco. Busco un lugar donde agarrarme, pero Ayukawa vuelve a recordarme como es:

– He dicho que cuidado donde pones las manos.

El tráfico de la ciudad es el propio de las grandes urbes, aunque no tiene ni punto de comparación con el de Tōkyō. Primero nos dirigimos a la Casa Vicenç, en pleno distrito de Gracia. Ya de por sí llama la atención por su decoración viva y colorista. Su interior es aún más espectacular: el trabajo en las paredes y los techos resulta deslumbrante. Incluso, una de las estancias parece sacada de alguno de los cuentos de Las mil y una noches. Mi Canon trabaja a destajo para conseguir buenas instantáneas. Tan concentrado estoy que no reparo en el hecho de que Ayukawa no me ha dirigido la palabra desde que salimos. Desde allí nos desplazamos a la Finca Güell, en Sarriá. Destaca más su exterior que no sus interiores. La riqueza de las formas no deja de sorprenderme. La labor tan minuciosa de según qué partes. Casi sin darme cuenta, ya he agotado la primera tarjeta de memoria.

Al entrar en Bellesguard, al pie del Tibidabo, me quedo pasmado. Es una especie de porción de la Sagrada Familia convertida en mansión. Las murallas que la rodean me trasladan a la Edad Media

europea. El jardín y la construcción parecen un todo. El interior me sorprende todavía más: una tarea artesana impresionante en la puerta de hierro forjada, las lámparas colgantes y las cristaleras coloristas, las bóvedas trabajadas de las más diversas formas. A pesar de ser un lugar profano, los rastros religiosos se encuentran diseminados en varias partes del conjunto. Por una vez, desvío la mirada del objetivo y la centro en Ayukawa. Para ir como va vestida, demuestra tener sensibilidad por el arte: su rostro esta maravillado ante lo que está contemplando. A pesar de parecer una delincuente, es preciosa. No me cansaría de contemplarla. Cuando se da cuenta de que la estoy observando, gira la faz con un aire entre enfadado y avergonzado.

Finalmente, llegamos al colegio de Las Teresianas. Allí es donde soy yo quien pasa vergüenza. Las ropas de mi acompañante desentonan terriblemente, y la gente no deja de mirarnos. Casi olvidaba que es una escuela religiosa, y que según qué indumentarias no son bienvenidas. Además, no se quita las gafas de sol y no suelta el pitillo de sus labios ni en broma. No pasa mucho tiempo antes de que una monja nos llame la atención. Me disculpo ante ella explicándole que he venido a hacer un reportaje sobre la obra de Gaudí, y que ella es quien me guía. Las formas se ajustan al lugar: sobrias, sencillas. Sólo destaca la labor de herrería de las rejas, en puertas y ventanas. Tan deprisa ha pasado el día que, antes de darme cuenta, dan las cinco de la tarde. Las palabras ‘Hasta mañana’ y ‘Cómprate un casco’ son las únicas que he escuchado nuevas de su boca desde que nos jugamos la ruta a cara o cruz.

Al llegar al hotel, me encierro en mi cuarto. Trato de no pensar en lo que he tenido que aguantar durante toda la jornada. Selecciono con el máximo cuidado las fotografías más indicadas, y paso las notas e impresiones escritas a mi ordenador. Al cabo de un rato, llegan mi padre y mis hijos. Han disfrutado del día visitando el estadio del F.C. Barcelona y el museo, que estaban muy cerca del hotel. Y como no podía ser de otra forma, Akemi no quería marcharse de la ciudad sin una camiseta de su ídolo del cómic, ōzora Tsubasa. Para evitar peleas, mi padre se ha tenido que rascar el bolsillo a fondo. Un detalle me inquieta: Izumi había llegado con una sonrisa de oreja a oreja. Y, de golpe, al verme, se le ha borrado y se ha tornado en un gesto casi de odio. Sólo me faltaba ya eso.

Una vez hemos cenado y acostado a los niños, mi padre y yo realizamos una segunda selección de instantáneas. Me pregunta cómo ha ido todo. Le soy franco: podría haber sido mejor. A continuación, se centra en Izumi. Me insinúa que debería prestarle más atención. Mi respuesta se centra en los tres problemas que tengo ahora mismo por orden de prioridad: el reportaje, mi mujer, y esa chica. Al referirme a ella, mi padre tensa aún más el rostro. A él sí podría explicárselo todo. Sin embargo, aún carezco de todas las respuestas. Le digo que no es lo que parece. Añado que guarda estrecha relación con los poderes de la familia. Tengo la sensación de que ha sucedido algo con mi pasado. Y necesito saber exactamente qué.

Al día siguiente, mientras espero la llegada de Ayukawa, reflexiono sobre lo acontecido el día anterior. ¿Qué esperabas, Kyōsuke? ¿Qué todo fuera más fácil que cuando os encontrasteis por segunda vez? Como bien te dijo tu hermana Manami, parece mentira que no conozcas a tu propia mujer... Soltera o casada. Al llegar con la moto, me recuerda lo olvidado. No hay ni un simple saludo:

– ¿Que las palabras ‘cómprate un casco’ no las entendiste?

– ¡Kyaah! Lo siento... Con el tema del reportaje, ayer se me olvidó. No pasa nada, quédate con el tuyo puesto. Ya me las apañaré.

En efecto: es increíble que sea incapaz de saber cómo se las gasta. Lo único que ha cambiado de su vestimenta es que no lleva gafas de sol. Y un bolso a juego que lleva colgado de la espalda. Todo lo demás, se mantiene: la estampa de macarra, la frialdad, las dificultades, el cigarrillo que no suelta de su boca... Y la brusquedad. Cuando monto en la moto, también me olvido las reglas del juego. El impacto contundente de su codo contra mis costillas me las recuerda:

– ¿Qué te dije de las manos?

El camino hasta el Palacio Güell, en el distrito de la Ciudad Vieja, transcurre sin incidentes... Y sin cruzar ni media palabra. Dejamos su Chopper cerca de la Estación Marítima, en el puerto. El interior del monumento mantiene el silencio: las columnas pulidas o forjadas con acrobacias de hierro, la labor de los techos con filigranas de madera, las bóvedas iluminadas con claraboyas o ventanales, las cristaleras con imágenes diversas, las lámparas de pared trabajadas en metal con la máxima maestría... Esta vez, observo su rostro a través de un espejo. Está aún más maravillada que ayer. No sé si menos que mañana. Al salir a la calle, acontece algo de lo que ya me habían avisado, y que puedes encontrar en cualquier lugar: un ladrón tira del bolso de Ayukawa e intenta echar a correr. Mala idea. Antes de que se quiera dar cuenta, lo agarra del brazo y se lo retuerce. El tipo intenta revolverse, pero cuando se trata de ella (y

de esta ‘ella’ en particular) mejor estarse quieto. El puñetazo que le propina en el rostro lo deja noqueado en el suelo. Me arrastra y nos escondemos en un recodo estrecho, pegados el uno a la otra:

– ¿A qué ha venido eso?

– No tengo ganas de meterte en mis líos... ¡Y no te tomes esas confianzas conmigo!

Pasado un rato de espera, salimos. Ha sido agradable. A pesar de su aspecto temible, el olor de su cuerpo aún me resulta celestial y muy sexy. Decidimos adentrarnos en la zona del Raval para esquivar las calles principales. Deduzco que quiere evitar el encuentro con alguien. Pero no sé con quien. Al tomarme del brazo y mirar hacia el frente, me quedo desconcertado. ¿Por qué, tras tanta frialdad, me ofrece un gesto tan íntimo? No tengo tiempo de averiguarlo. Cuando llegamos a una plaza, algunas de las chicas que hay allí la increpan. Dicen que no es su territorio y que les está robando clientes. Va a revolverse y a contestar, pero la retengo del brazo. Nos miramos: no merece la pena buscarse más problemas. Sin embargo, éstos no nos abandonan. La policía ha montado una redada y ha acordonado la zona. El rostro de Ayukawa se tensa sobremedida. Hay una mezcla de miedo y rabia contenidos. Todo su cuerpo se coloca en posición de combate. Y lo noto a través de la musculatura de su brazo:

– Quédate quieta. Ni se te ocurra dar un paso.

– ¿Quién te crees que eres para decirme qué tengo que hacer?

– No estamos en Japón. No siempre hay que utilizar los puños. Con un poco de suerte, nos podremos hacer pasar por turistas despistados y evitar preguntas innecesarias.

Cierto. Enseñamos los pasaportes a los agentes y se disculpan ante nosotros. Medio en español y en el escaso inglés que pueden entender, les comentamos que nos hemos perdido. Nos dicen que sigamos recto, hasta la avenida del Paralelo. El poco que sé me lo enseñó Madoka, que lo habla de forma bastante correcta, a lo largo de nuestras visitas a Shūichi y Yukari a Los Ángeles. Y es que, en según que lugares de aquella ciudad, te saca de más de un apuro. Por el camino, Ayukawa me pregunta por el incidente:

– ¿Por qué nos han pedido la documentación?

– Porque se habrán pensado que no la teníamos en regla.

– ¿?

– Mejor no te lo explico. Te ofendería mucho. Además, se han creído que tú eras una prostituta y yo tu cliente... O tu ‘protector’.

Esas últimas palabras la enfadan sobremedida, y me retira el brazo con violencia. Para acabarlo de rematar, tropiezo con una baldosa y caigo de espaldas, a pesar de agarrarme a su cuerpo. Se queda encima de mí, con sus labios a escasos centímetros de los míos. La sonrisa me sale cara. Antes de que quiera darme cuenta, recuerdo el dolor lejano de las bofetadas de mi mujer. Pega tan fuerte que mi cabeza golpea contra el suelo y, por unos momentos, quedo inconsciente. Al abrir de nuevo los ojos, veo como Ayukawa me acaricia la mano. Tras mi nuca, sostiene un pañuelo. Supongo que para contener la sangre:

– Gomen Nasai. No te muevas. Ya han avisado una ambulancia. No quería hacerte daño pero... Es que muchos tipos han tratado de aprovecharse de mí a la que han podido.

– No te preocupes... Gracias a ti he recordado lo suave que algunas veces resulta una persona que conozco.

Por primera vez desde que nos encontramos, se ríe. Nunca antes la había visto así. Más bien, hacía tiempo que no contemplaba esa expresión de felicidad. Ni en su rostro, ni en el de Madoka. Mientras los sanitarios me dan puntos de sutura en la herida, sigo preguntándome si todo esto es un sueño. No tiene ni pies ni cabeza ni sentido. Mientras no pueda romper la barrera de hielo que la rodea, no encontraré pistas que me expliquen qué está pasando. De camino hacia el puerto, un detalle me llama la atención: una réplica de Moulin Rouge de París... Sólo que clausurada. Decido tratar de picar el muro gélido que nos separa con una pregunta:

– ¿Era a la policía a la que querías evitar?

– ¿Qué te hace pensar eso?

– Tu reacción... Estabas especialmente tensa y agresiva.

– He tenido problemas con ellos. De hecho, no me caen nada simpáticos, sean los de aquí o los de Tōkyō... De todas formas, Domō. Sin ti a mi lado, no sé como hubiera acabado la cosa.

Vuelve a tomarme del brazo y se hace el silencio. La calidez de sus manos logra que me sienta bien. Por un momento, la observo con atención: las maneras, la vestimenta, la actitud, el hecho de que sea también de Tōkyō...

Sus palabras. No puede ser. Ésas sólo se las he escuchado a una persona. ¡A la Ayukawa del mundo paralelo!

Fue cuando Ojīchan me envió junto a Madoka al pasado. Por accidente, rodé escaleras abajo y salté a una dimensión en la que no existía. Recuerdo que fue en el Abakabu, cuando huía de Hatta y Komatsu, que eran agentes de la ley. Podría ser ella pero... Sólo quienes tienen poderes pueden saltar en el tiempo... O ser enviados. Entonces, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

Esa pregunta me roba el sueño durante una parte de la noche. Doy vueltas y vueltas en la cama y en mi mente. Y lo que es peor, Ojīchan ya no está para que me responda a algo que supera mis conocimientos sobre los poderes. Justo cuando voy a conciliarlo, recibo una llamada de recepción. Me dicen que es de Japón y es urgente. Es mi jefe, Yagami. Le pregunto qué hora es en Tōkyō: las nueve de la mañana. Le recuerdo que hay siete horas menos de diferencia para hacerle entender que estaba intentando dormir. Por desgracia, ha empezado el día con mal pie y eso le importa un rāmen: en un tono de voz que roza el enfado supremo, me pide explicaciones sobre mi retraso en la entrega del reportaje. Por si no tenía suficientes problemas. Para demostrarle que todo está en marcha, me veo obligado a levantarme de la cama, encender el ordenador, concretar el cable de red y enviarle, vía e-mail, una selección de las fotos a publicar. Todo sea para que me deje tranquilo de una vez. La medida surte efecto: media hora después, puedo regresar a dormir.

El nuevo día es, precisamente, eso: nuevo. La vestimenta de Ayukawa ha experimentado un cambio bastante notorio: esta vez lleva un conjunto de falda y blusa negra con cuello amplio y circular, un cinturón marrón oscuro y zapatos color vino. Tampoco lleva gafas de sol. Lo único que mantiene es el pitillo. Pero esta vez, se lo retira de los labios y me saluda en el idioma de la zona:

– Buenos días.

– Buenos días.

– Hoy no dices nada de mi indumentaria.

– Si te dijera que no me he traído las gafas ni he ido al oculista, no sé si te enfadarías – Se ríe hasta rozar la carcajada –. Kyaaah!... Ya se me ha vuelto a olvidar el casco.

– Tranquilo, no pasa nada. Ten, ponte el mío.

Definitivamente... Hoy es un día distinto. Discretamente, puedo acariciar con mis manos su espalda sin que mis costillas corran peligro. Visitamos las que, acaso, son las creaciones más conocidas de Gaudí. Primero Can Milà, conocida como La Pedrera y Can Batlló, ambas en el céntrico paseo de Gracia. Después, Can Calvet, en la calle Caspe. Todo es una ampliación y corrección de lo contemplado en los dos días anteriores: más maravilloso, más trabajado, más sensacional, más novedoso, más deslumbrante, más sugerente, más original. Mi cámara no da abasto y las tarjetas de memoria se llenan con facilidad asombrosa. Finalmente, llegamos a la ‘visita’ con mayúsculas: la Sagrada Familia, en el cuadrado que conforman las calles Mallorca, Cerdeña, Provenza y Marina. La obra que dejó inacabada y que algunas lenguas venenosas de la ciudad dicen que jamás se concluirá porque no interesa.

Antes de aparcar la moto, tengo que volver a intervenir. Al no llevar casco, un agente va a multar a Ayukawa. No sabía que la policía de la ciudad fuera tan estricta en ese tema. Y yo que me quejaba de las autoridades de mi país. Para evitar que vuelva a ponerse en tensión, me presto a pagar la sanción. Es culpa mía. A pesar del gentío, me pongo manos a la obra: me centro primero en la Fachada del Nacimiento. Las estatuas, las escenas narradas, los campanarios, las agujas de las naves laterales... La grandeza y las impresiones que transmite el conjunto. Es sensacional. Ahora entiendo por qué hay tanta gente congregada. No tardo demasiado en cambiar otra vez la tarjeta a mi Canon. Hay tantas cosas que retratar. Y tan pocas para elegir. La expresión de quien me acompaña es un continuo abrir de boca al contemplar semejante maravilla. Ojalá tuviera en mis manos aquella Polaroid que podía retratar los pensamientos de las personas.

Por un momento, aparta su mirada del conjunto y me sonríe, mientras clava sus pupilas color esmeralda en las mías. Tal vez no me haría falta. De hecho, Ayukawa me pide que le saque una foto con el templo de fondo. Afortunadamente, un lugareño que pasa por allí, se ofrece a retratarnos a los dos. Esa instantánea va a ser vital.

Desistimos de subir al puente que hay entre las dos torres de la Fachada de la Pasión al ver la cola kilométrica formada. Finalmente, decidimos sentarnos en los bancos de uno de los dos parques que se sitúan frente a cada pórtico. Le ofrezco un café para deshacer todavía más la distancia que nos separa:

– ¿Por qué me has sonreído cuando estábamos en la Fachada del Nacimiento?

– No lo sé... Tal vez porque las estatuas eran maravillosas. Tal vez porque la obra me estaba diciendo algo que mi mente no puede traducir ahora mismo.

Es la primera vez que enciende un cigarrillo desde que nos hemos encontrado esta mañana. Tengo miedo de que vuelva a congelarlo todo. Sin embargo, el sentido del gesto cambia con las siguientes palabras:

– Sabes... Algún día me gustaría casarme y tener hijos.

– Entonces, tal vez deberías ir pensando en dejar el tabaco. Ya sé que no soy nadie para decirte qué tienes hacer...

Mi cuerpo experimenta un miedo recuperado: el de ganarse un guantazo en plena cara por semejante osadía. Sin embargo, hoy es un día distinto:

– Sí, tienes razón... Déjalo, es sólo un sueño. O tal vez, un milagro.

– ¿Por qué lo dices?

– Cuando era pequeña, un chico me salvó la vida. Estuve punto de partirme el cuello por tratar de rescatar un balón. Acababa de instalarme en Japón, tras pasar unos años viviendo con mi familia en Estados Unidos. Un tiempo después, sufrí un accidente en el que murieron mis padres y mi hermana mayor. Estuve una larga temporada en coma, a punto de reunirme con ellos. Desde entonces, mis abuelos me criaron hasta que fallecieron y me quedé sola. Mi única amiga ha sido una chica que se llama Hikaru. Ella tiene un novio, Yūsaku, que también es amigo mío desde pequeño. Yo sólo estaba enamorada de una persona a la que había visto una sola vez y a la que ni tan siquiera tuve tiempo de agradecerse.

– ¿Fue quien te regaló el sombrero de paja rojo que cogí en el Parque Güell?

– Sí.

Su crónica me está asustando. No por el contenido, de sobras conocido para mi. Sino por lo que representa:

– Prometimos volvernos a ver, en unos años, en el lugar en el que nos conocimos. Pasó el tiempo. Empecé a trabajar en un kissaten llamado Abakabu. Las cosas se pusieron feas donde vivo. Tuve que espabilarme para evitar mezclarme en las luchas de las bandas. O que trataran de reclutarme. Fue imposible. Sin embargo, esa persona volvió a aparecer. Y consiguió que no me violaran y mataran. Me prometí huir de todo aquello. No podía ser que alguien así me ayudara a escapar de la muerte dos veces. Y la única forma que tenía era encontrarlo.

– Esa es la verdadera razón por la que has venido aquí, ¿no?

– Sí, pero no ha sido fácil. Al principio, lo busqué a lo largo del país. Aunque no tenía ninguna foto de él, el rostro de quien te ha salvado la vida se queda grabado en tu mente. Hasta ese momento, los polis me miraban con mala cara. Siempre era una sospechosa a la que parar, cachear e interrogar. Por eso les tengo tan poca simpatía... Pero, un día, eso dejó de suceder. Fue cuando crucé las curvas de Okutama. De golpe, tras pasar por un túnel, todo había cambiado: las motos, los edificios, los coches, la gente... Incluso los agentes, que por primera en mucho tiempo me dejaron en paz. A partir de entonces, empecé a encontrar datos sobre mi primer amor. Te resultará increíble, pero mi historia es muy parecida a la de un Manga que leí tiempo atrás. ¿Entiendes ahora lo que significa la palabra ‘milagro’?

– Y no sabes cómo se llama.

– Por desgracia, no.

Miente. Sí lo sabe. Preguntó por mí en la redacción del periódico en Tōkyō. Ya no me quedan dudas.

Esta chica se llama Ayukawa Madoka. Como mi esposa. Y el primer amor al que se refiere es, sin lugar a equívocos, Kasuga Kyōsuke. O sea, yo.

Atendiendo a su narración, deduzco que ha saltado en el tiempo. El cómo, no lo sé. Y eso es lo que realmente me da miedo. Más todavía lo que va a acontecer, algo que aún no he logrado evaluar. La diferencia está en su vida: ha sido todavía más triste que la de mi mujer. Lo que me pregunto es por qué no quiere identificarme ella misma de una vez. Acaso porque no acaba de creer que quien tiene a su lado es la persona que más ha querido en su vida. Acaso por el miedo a la explicación sobrenatural que le tendría que dar, a aquello que todavía es incapaz de entender. Casi olvidaba que ése es su flanco más débil:

– Necesito un trago.

– Te invito. Antes que se me olvide, una pregunta: ¿en qué hotel te alojas?

– En uno que se llama Million Stars.

– No lo conozco.

– Déjalo.

Bien dejado está. Como lamentablemente espero, Ayukawa no para de beber y fumar. Ya no recordaba que es la reacción que solía tener cuando era incapaz de entender algo que la superaba. Y más de una vez estuvo a punto de salirle caro. Todavía recuerdo el lío que organizó mi prima Akane y sus consecuencias. Seguro que también lo recordaran los dueños de la discoteca Moebius. Podría evitar que se emborrachara, pero no quiero que otra vez se ponga brusca y violenta. Sólo espero a que caiga rendida por el alcohol. Es la única forma de volverla dócil y poder actuar sin oposición. Podría aprovecharme, pero aún me queda algo de honestidad. Pago la cuenta y busco en su bolso una tarjeta que me indique donde se aloja. La dirección corresponde a un cuchitril ubicado en la peor zona de la ciudad vieja. No obstante, su habitación guarda el orden perfeccionista que siempre he conocido en Madoka. Viendo la estancia, y aún teniendo a su réplica joven, la echo terriblemente de menos. Llamó a un taxi para que recoja su equipaje y la conduzca a mi hotel. Ya que el jefe Yagami me está tocando las narices, que corresponda pagando una habitación extra. Me llevo la Harley y su casco. No quiero otra multa.

Para evitar más líos o malos entendidos, la alojo en una individual que hay en la misma planta. La dejo en la cama, junto a sus cosas. Acerco mi rostro a su cuerpo. Vestida o desnuda, sin importar el pasar de los años, es el ser más hermoso que mis ojos han contemplado en la vida. Los remordimientos por haber permitido que se emborrachara, se mezclan con la tentación de aprovecharme de ella. A fin de cuentas, es mi mujer. Sin embargo, acabo por darle un beso en la frente. Más que para perdonarla, para pedir perdón por lo que he dejado que hiciera. Antes de marcharme, deposito una nota disculpándome por las libertades que me he tomado, y citándola para mañana por la mañana, después del desayuno. Tras esto, me sumerjo en la vorágine de la selección de fotos. Va a estar especialmente difícil por la cantidad y calidad de las mismas. Después, llamo a mi padre para que me ayude, y juego un poco con los niños. A los pobres los tengo casi olvidados. Kenji y Akemi están receptivos. Por desgracia, Izumi se mantiene al margen, callado, ausente. Al final, agotado por el trabajo y las emociones vividas, estallo y sólo acierto a decir estas palabras: “¡Quiero mucho a okāsan! ¡Pero no sé por qué se ha ido!”. Mi hijo huye de mi habitación hacia la suya. Mi padre guarda silencio y se marcha tras él. No quiere comentármelo, pero sabe que una especie de tsunami interior me está desbordando.

A la mañana siguiente, hablo con quien lleva las relaciones públicas del hotel. Le inquiero por un lugar cercano en el que vendan material para motos. Casi olvidaba que necesitamos un casco. Finalmente, me decanto por uno rojo y blanco, con frontal abatible y un lazo rojo dibujado en la parte trasera. Concluido el desayuno, nos encontramos en la recepción. Lleva una mochila roja a la espalda. Viste aún mejor que ayer: una blusa roja muy suave, una falda azul oscura, y los zapatos. En el pelo lleva una cinta, también roja. Sus facciones me siguen deslumbrando:

– Domō... Por invitarme. Pero no deberías haberlo hecho.

– Tenía que compensarte de alguna manera el mal rato pasado... Y el haberme acompañado estos días. Por cierto, esto es para ti.

Le hago entrega del casco. Lo he calculado bien, aunque no era difícil, teniendo en cuenta que a Ayukawa la conozco mejor de lo que ella cree. Tan maravillado estoy con su presencia que casi no aprecio algo inquietante. Escondido en un recodo, mi hijo Izumi no deja de observarnos. Sigue sin entenderlo. Y lo que es peor: no sé si llegaré a tiempo para encontrar todas las claves y explicárselo. Por lo pronto ya llevo la mitad del camino. La resaca que arrastra Ayukawa de su borrachera me obliga a conducir su Harley. No tiene nada que ver con mi Vespa. Desde atrás, ella me abraza con fuerza y me indica el camino a seguir. Primero nos dirigimos a la Colonia Güell, en Santa Coloma de Cervelló. Me centro en su iglesia, un pequeño templo que, en las formas, anticipa la Sagrada Familia. Las bóvedas, las puertas forjadas, los arcos levantados en ladrillo, las columnas desnudas y sencillas... No podemos dejar de maravillarnos. Tanto, que casi sin darme cuenta, nuestras manos se entrelazan frente al altar. A pesar de la vergüenza, no las soltamos. Ambos nos sentimos bien con ese gesto.

Pasado un rato, marchamos hacia las Bodegas que la familia a la que Gaudí estuvo estrechamente vinculado tiene en el Garraf, cerca de Sitges. La carretera me recuerda mucho a las curvas de la zona de Okutama. Me impresionan los precipicios que hay junto al mar. El azul del horizonte iluminado por el sol. El conjunto está labrado en piedra y muestra unas formas realmente originales. Las agujas verticales que se levantan hacia al cielo me sorprenden. Casi sin darnos cuenta, hemos llegado a la última estación de mi trabajo. Ayukawa me toma del brazo y me pide que la acompañe. Nos sentamos en la arena de

una playa próxima, ubicada en una de las calas que hay en la zona. A continuación, saca dos bentō de su mochila:

– Siento haberme tomado la libertad, pero tenía ganas de cocinar. Les he pedido a los de la cocina del hotel que, por favor, me la prestaran un momento. A condición de que supervisaran mis pasos. Son gente muy agradable.

– ¿Qué es?

– Curry.

Casi olvidaba lo buena que es preparándolo. Mi suegro es muy exigente en ese respecto. Aunque yo no lo soy tanto, me rindo a la evidencia. Incluso echo de menos las comidas de mi esposa:

– ¿Cómo está?

– Delicioso. Digno de una profesional.

– Bueno... Entonces se nota que he trabajado en la cocina de varios restaurantes. La receta era de okāsan, pero fue obāchan quien me enseñó.

La comida transcurre entre anécdotas y bromas. Cae la tarde. Siento como si no hubiera pasado el tiempo. Como si volviera a estar en mi época de gakuen junto a la persona que conocí. Las mismas emociones. La misma proximidad que antaño... Las mismas dudas. Ahora no es entre Hikaru y Madoka. Casi me olvido de que estoy casado y que ella ya no es así. ¿Acaso porque mi actitud la ha hecho cambiar? El miedo a enamorarme de esta Ayukawa que me recuerda tanto a mi adolescencia consigue que vuelva a centrarme en mi objetivo. Averiguar cómo ha ido a parar aquí:

– ¿Te pasa algo?

– No... Acaso, tengo la sensación de estar despertando de un largo coma.

Se hace el silencio. Solo la música de las olas del mar lo rompe. No se por qué, pero lo que he dicho ha logrado herirla. La brisa que sopla a esta hora hace que se plegue de brazos. O, tal vez, los escalofríos de alguna de las palabras que he pronunciado. Decido tapanla con mi chaqueta:

– ¿Tienes frío?

– No... Es más bien, lo que acabas de decir.

– ¿Es que la palabra ‘coma’ te recuerda...?

– Sí... Algo muy extraño que me pasó cuando estaba en ese estado. Fue una sensación casi sobrenatural. Una luz blanca muy potente me sacó de mi letargo. A la vez, un huracán de poder desconocido succionó mi alma hacia esa claridad cegadora. Sentí pavor, pero a la vez, alivio. Como si me hubiera quitado un peso, enorme e incómodo, de encima. Cerré los ojos. Pensaba que todo había acabado. Sin embargo, otra fuerza aún más poderosa me empujó hacia atrás. Cuando quise darme cuenta, había vuelto a mi cuerpo. Y, lentamente, mis ojos se abrieron. A quienes vi primero fueron a mis abuelos. Todavía no era consciente de la muerte de mis padres y mi hermana... Hasta que me dijeron que se habían marchado y no volverían. A pesar de ser una niña, supe de inmediato... Que habían fallecido.

Es la primera vez que la veo llorar así: sin dramatismo, sin exageración, conteniendo al máximo las lágrimas. Me pregunto hasta dónde habrá podido soportar tanto dolor. Tanta soledad. Por instinto, la rodeo con mis brazos y le acaricio sus cabellos. Nos quedamos mirándonos a los ojos. Ya no me infunde miedo, sino que me suscita piedad... La que debería tener con mi mujer por lo que está sufriendo. Por mi culpa. Nuestros labios van a encontrarse. Sin embargo, mi dedo se interpone entre ambos. Decido besarle en la frente y permanecemos largo rato abrazados. Ambos padecemos la soledad de haber perdido a alguien muy querido. Ella, a su familia. Yo, a mi mujer. Lo que nos diferencia es que, en su caso, tal vez no pueda recuperarla jamás. En el mío, a lo mejor existe una oportunidad remota.

Capítulo 6: El reencuentro (Elígeme)

La tentación ha sido muy fuerte. Echo tanto de menos a mi esposa que he estado a punto de acostarme con Ayukawa. La ocasión era propicia. Idéntica a la que viví junto a Anzai Shuri, la compañera de Hikaru, cuando la buscábamos en un hotel de México. Sin embargo, me ha salvado algo que ambas han valorado de mí desde que nos conocemos: mi formalidad. Aunque hubiera recordado sensaciones y noches perdidas en los años, me hubiera engañado a mi mismo: los momentos se suceden para no volver. Acaso haya sido suficiente estrecharla entre mis brazos.

Contemplando la luna llena, analizo el transcurrir de estos días. La manera en que Ayukawa, vestida de demonio, ha ido transformándose y haciéndose más accesible. Más agradable. Más próxima. Casi un Ángel. Aún no he comprendido como he podido perderla. Ni saber cómo va acabar todo esto. Tal vez la respuesta esté en aquello que ha visto en mí para fundir el hielo de su corazón. Al igual que mi mujer, se comunica con gestos y detalles que siempre quieren decir algo. Se ha sentido muy sola y no quiere seguir así...

Un momento... Ahora entiendo dónde está la clave: en las sensaciones. En lo que he vuelto a vivir junto a ella. Lo que me dijo Madoka antes de presentarme ante mis suegros se traduce en palabras: «Sé tú mismo. Sé el chico que conocí en el Kōryō. Aquel que no bebía, no fumaba y siempre estaba en casa a la hora que tocaba».

Junto a Ayukawa he vuelto a ser quien era: el chico formal, alegre, atento, cálido, tierno y esforzado, a pesar de mis dudas y torpezas, que una vez fui. Eso es lo que me ha permitido sacar lo mejor de ella...

Y eso es lo que he olvidado. Lo que Madoka ya no apreciaba en mí. Lo que trataba de decirme como siempre: con gestos, con sugerencias, con intenciones. Estaba tan ciego, que me veía incapaz de darme cuenta de que, justamente, era ése el mensaje que me estaba enviando... Que la había abandonado.

La pregunta es cómo he llegado hasta este punto. Cuando era adolescente, el daño que no quería infringirle a Hikaru fue lo que me frenó para revelar, de forma explícita, mis verdaderos sentimientos. Ahora, ¿qué ha sido? Miro hacia la Canon digital que me regaló mi padre, sobre mi portátil... Tropiezo con el porqué: la gloria voraz en una trayectoria cada vez más brillante. La fama de ser siempre el mejor costara lo que costara. Convertido en un dogma de obligado cumplimiento. En ese aspecto, debo matizar una cosa: siempre trato de dar lo mejor de mí mismo para evitar mis torpezas. Estar cada vez más tiempo fuera de casa, para atender reportajes que aumentarían mi reputación. Izumi tiene buenas razones para estar resentido conmigo. Igual que Madoka, a pesar de que ella también pasa temporadas fuera. Sin embargo, dosifica mucho mejor sus ausencias. Ahora entiendo sus súplicas. Me perdonó lo que sucedió en Bosnia cuando desaparecí. Pero no la desatención hacia ella y nuestros hijos. Desconozco si será demasiado tarde.

Todo esto es lo que ha ahogado lo que sentía por mi esposa. Lo que ha encerrado en una celda de dos por cuatro no sólo al niño sino, también, al adolescente que todos llevamos dentro. Es justo lo que Ayukawa ha conseguido liberar.

Encontrar la respuesta me ayuda a conciliar el sueño. La noche pasa deprisa. El sonido del teléfono de mi habitación hace que piense que ya es hora de levantarse. Sin embargo, al descolgarlo, me equivoco. Desde la recepción me comunican que hay una llamada desde Nueva York. Es urgente. Pido que me la pasen. Aunque dudo de la posibilidad, ésta se convierte en realidad:

– Kasuga-sempai, ¿Cómo estás?

– Bien, pero echo mucho de menos a Madoka-san. ¿Cómo está?

– Ésa es la razón por la que te llamo.

– ¿Cómo has conseguido el número del hotel?

– Primero llamé a tu casa, pero no había nadie. Luego, se me ocurrió que, tal vez, lo tuviera su hermana mayor o sus padres. Al final, me lo dieron ellos. ¿Por qué no me has dicho que estabas en Barcelona?

– Gomen nasai, Hikaru-chan. No me acordé. Ya sé que no lo estás pasando nada bien, pero yo tampoco ando mucho mejor. Pensé que el trabajo me ayudaría a olvidarme un poco de todo esto... Por desgracia, no es así. Noto demasiado su ausencia.

– No te lo puedes ni imaginar. Te llamo desde la calle... Y aquí, a la una de la mañana, no es el mejor momento para hacerlo. La verdad es que no quiero que se repita lo que sucedió la otra vez. ¿Qué hora es allí?

Miro el reloj: – Las siete. Me acabo de despertar... Te noto muy asustada.

– ¡¿Cuándo va a acabar esto Kasuga-sempai?!... Ya no sé cuanto tiempo más voy a poder aguantarlo... Madoka-san estuvo hace unos días ingresada en el hospital por un coma etílico.

– ¡¿Qué?! ¡¿Cómo es posible?!

– ¡Maldita sea! ¡¿Qué esperabas?!... Apenas come y no para de beber. No parece ni ella. Ahora sí estoy segura de que ha pasado algo entre vosotros. Y tienes que decirme qué.

– ¿Qué te hace pensar eso?

– ¡¡Kasuga Kyōsuke-san, por favor, que ya no soy una niña!!... Me dijo que no quería volver a verte nunca más... Y me amenazó diciéndome que, como se me ocurriera hablar otra vez contigo, me retiraría la palabra para siempre. Por eso te estoy llamando desde una cabina en la calle.

Ha llegado la hora de la verdad. La de ser sincero. Creo que necesita una buena explicación. Ya le hemos hecho suficiente daño. Ella también merece algo bueno. Suerte que la acabo de encontrar... Pero antes:

– Entonces, sabiendo como es, ¿por qué no le has hecho caso?

– Hace un par de noches se despertó en plena madrugada. Yo estaba en la sala de estar, trasnochando. Me suplicó ayuda de rodillas. Me dolió mucho que mi onēsan hiciera eso. Estaba destrozada. Lloraba a lágrima viva. Me imploró perdón por lo que pasó aquel verano y por haberme robado mi tesoro... Yo le dije que no hacía falta: de la misma manera que dos no se pelean si uno no quiere, dos seres no se aman si uno no corresponde al otro. Está a punto de perder la razón. Y eso sí que no lo puedo consentir.

Se hace el silencio. Es la gota que ha colmado el vaso. Y hay que vaciarlo:

– Todo es culpa mía... Manami-chan tenía razón. Ella me ha abandonado, pero yo lo hice mucho antes, sin marcharme del todo. Estaba tan absorto en mi trabajo que no me di cuenta. Y ahora no sé si llegaré a tiempo para poder arreglarlo.

... ¿O tal vez sí? A pesar de ser primera hora de la mañana, mi mente encuentra las fuerzas suficientes para buscar una idea:

– Kasuga-sempai, ¿me escuchas?

– Sí, sumimasen... Vamos a hacer una cosa. Ahora mismo no puedo ir porque quiero acabar el reportaje. Además, tal cual están las cosas, si lo hago lo único que conseguiré será empeorarlas. Así que presta atención. Lo que hay que lograr es que se calme. Que se sienta a gusto, como en casa, junto a las cosas que sé que la hacen disfrutar.

– Como, ¿por ejemplo?

– Hacer ejercicio, escribir, componer, tocar el piano y el saxofón... Pero ni media palabra de que esto ha sido idea mía. Gomen, pero es lo único que se me ocurre por ahora.

– No te preocupes. Cerca de casa hay un gimnasio, y no creo que Madoka-san haya descuidado sus habilidades. En lo referente a lo de escribir y componer, ningún problema. Además, Robert conoce a un Bar Key de un piano bar que está en la Calle 14, al norte de Greenwich Village. Estoy seguro de que no pondrá ningún inconveniente. Y creo que estarán encantados de que toque alguna noche allí.

– Confío en ti. Ahora que he entendido lo que ha pasado, deseo resolver esto lo antes posible. Arigatō, Hikaru-chan. Mis más sinceras disculpas por todo lo que estás teniendo que aguantar por mi culpa.

– No te preocupes. Cuídate. Sore dewa.

– Sore dewa.

Cuelgo el teléfono y me siento en el filo de la cama durante un rato. No son buenas noticias. Espero que aguante hasta que pueda solucionar este lío. Pero el miedo de que la pierda para siempre no me abandona. A pesar de estar Ayukawa cerca de mí. La ducha me ayuda a olvidar la conversación y me recuerda que, ahora sí, llego a la estación final: la visita al museo de las motos de Basella. La travesía se hace relativamente corta pero digna de ser disfrutada. Nunca había experimentado la sensación de viajar en moto acompañado. Tal vez debiera pensar en cambiar mi Vespa.

Nos adentramos en el edificio. Tras cruzar la puerta principal, encontramos expuestas las máquinas de una marca autóctona de la que Ayukawa había oído hablar mucho: Montesa. Las mira maravillada. No necesita articular ni una palabra. Está disfrutando más que una niña en una tienda llena de juguetes. Seguimos avanzando hacia la sala de las Históricas: Norton, Harley - Davidson, BSA, Ducati, Gilera, Guzzi, Honda en sus inicios... Tal es su gozo y emoción que me agarra el brazo con fuerza. Estoy seguro de que nunca había visto nada parecido. Continuamos nuestro camino a través de una exhibición monográfica de otra casa del país desconocida, hasta entonces, para quien me acompaña: Bultaco. Cuando llegamos a la estancia donde están las máquinas que han participado en el Paris - Dakar, llega el

éxtasis: nunca había podido imaginar que aquella prueba cobraría tanta fama. Las Africa Twin de Honda, y, sobretudo las KTM, la dejan boquiabierta. Su ilusión sube un grado más cuando llegamos a la zona de las Campeonas. Una de éstas la emociona sobremanera. Aunque no haya podido visitar la sede de JJ Cobas, tiene un buen ejemplar ante sus ojos: la moto campeona del Mundo de 125 cc. Tampoco desmerecen su atención otras muy curiosas para ella, como son las de trial: una Montesa, una Beta y una Gas Gas que se encuentran también allí.

Cuando salimos, nos damos cuenta de que ya es la hora de la comida. A falta de lo habitual para nuestros estómagos, buscamos algo que se acerque a nuestra dieta. Durante la comida, no cruzamos palabra. Al contemplarla, me doy cuenta de que hoy es, seguramente, el último día que pasamos juntos.

Es entonces cuando brota la pregunta que rompe el silencio:

– ¿Cuándo te marchas?

– Aún no lo sé... Todavía no he encontrado a quien busco... Sé que estoy cerca, pero no sé a cuanta distancia... La verdad es que me gustaría quedarme un poco más, si no te importa... Tu compañía me resulta muy grata.

No me quedan dudas. Tiene miedo. Lo que hay entre ambos no es una cuestión física, sino de reconocimiento mutuo. Ella no quiere identificarse porque sospecha que ha pasado algo. Y yo no lo deseo porque no quiero asustarla con la verdad. No sólo la referida a los poderes, sino también la tocante a mi estado civil y mi esposa:

– Y tú, ¿cuánto tiempo vas a permanecer en Barcelona? Ya has acabado el reportaje, ¿no?

– No del todo. Me queda escribir la crónica y darle algunas pinceladas más. No te preocupes, durante mi estancia puedes quedarte en el hotel. Si quieres, podemos volver juntos a Japón.

Es una propuesta muy osada. Más bajo las circunstancias que se están dando. Pero es lo mínimo que puedo hacer mientras espero a que Madoka se calme y pueda desplazarme a Nueva York. En los dos siguientes días, divido mis actividades. Por las mañanas, visito junto a Ayukawa sitios no tan comunes y corrientes para los turistas, como el monasterio de Montserrat, Sitges o un lugar que deseaba conocer. Había visto fotos de esa zona en un libro de arquitectura. Estaba en la sección “Ejemplos de cómo no se debe edificar”. Es un conjunto de bloques levantado en medio de la montaña llamado Can Franquesa, en Santa Coloma de Gramenet, una localidad al lado de Barcelona. Verlo sobre el terreno me impresiona, al igual que las vistas que se contemplan desde allí. Me pregunto quien orquestó semejante barbaridad urbanística. No puedo evitar la tentación de retratar la zona con mi cámara. Por las tardes, escribo la crónica del reportaje y avanzo algunos fragmentos a mi jefe. A la vez, juego con mis hijos. Izumi continúa en estado de rebeldía. Sin dirigirme la palabra. Sin hablarme. Cierto es que me lo he ganado a pulso. Pero sólo quiero la oportunidad de compensárselo. Ayukawa aprovecha para pasear por la ciudad. No quiero que se entere de mi situación y se asuste.

Sin embargo, al cuarto día, tras el desayuno, me propone una cosa diferente. Echa de menos algo propio de su edad: irse de juerga. Aunque me resulta lejano, la nostalgia me vence: acepto. Tal vez porque quiero volver a vivir momentos que se han perdido en el tiempo. Al pedir a mi padre, por enésima vez, que cuide de los niños, éste pierde la compostura. Me abronca por desatenderlos. Ya no puedo más. El órdago que le lanzo le hace callar: “¿Qué harías tú si tu mujer apareciese ante ti surgida de la nada y con un par de décadas menos?!”. Ayukawa me espera en la recepción. Viste para la ocasión una camiseta rosa muy clara, una falda color calabaza oscura, unas medias naranjas, unos botines negros y la chupa de cuero. Sin embargo, lo que más me llama la atención son los pendientes rojos que lleva. Los mismos que se le saltaron a Madoka cuando se emborrachó por culpa del lío que organizó mi prima Akane. No me da buenas vibraciones. Y algo que me tira de la cintura las confirma. Me giro y encuentro a mi hijo Izumi. No articula ni un solo mote. Es su mente la que me pide que no me vaya. No abro la boca. Respondo, a través de mi telepatía oxidada, que ahora no puedo explicarle lo que está pasando. Sólo le pido que confíe en mí.

Marchamos hacia un restaurante japonés que hay cerca de la avenida de Sarriá. Por el camino, Ayukawa disimula. A pesar de querer demostrarme que no se ha dado cuenta, estoy seguro de que, a estas alturas, ya sabe la verdad. Físicamente, Izumi se parece demasiado a mi. Un vistazo a mi dedo me lo confirma: no me he quitado la alianza de matrimonio durante mi estancia. La cena transcurre con cordialidad. La conversación se llena con anécdotas referidas a mi trabajo, chistes un poco picantes, y bromas diversas. Una vez he pagado la cuenta, nos dirigimos en taxi a la zona del Puerto Olímpico. Destacan dos colosales torres gemelas, que albergan un hotel y un edificio de oficinas, y que rivalizan con la Sagrada

Familia. No muy lejos de allí, una estatua de acero dorado que imita un pez me hace sentir como en casa: es idéntica a una situada en Kobe.

Ayukawa me conduce a un local llamado Lt. Blueberry's. En principio, tengo miedo de aburrirme. Sin embargo, el eco de la música me tranquiliza: está sonando "Land Of Confusion" de Genesis. No tardamos ni un minuto en ponernos a bailar clásicos como "Take On Me" de A-Ha, "Owner Of Lonely Heart" de Yes, "Desire" de U2, "Highway To Hell" de AC/DC, "Born To Run" de Bruce Springsteen, "Easy Lover" de Phil Collins, "Get Over It" de Eagles, "Headlong" de Queen, "I Didn't Mean It" de Status Quo, "Jump" de Van Halen, "Number Of The Beast" de Iron Maiden... Sin contar temas de Kiss, Meat Loaf, Rolling Stones, ZZ Top, Deep Purple, Judas Priest, Poison, Europe, Bon Jovi, Bryan Adams, Guns 'N' Roses... Es mejor de lo que me esperaba: como en casa como en ninguna parte.

Más aún cuando Hell Catman, el pinchadiscos, apaga las luces. Casi había olvidado lo que era el Cheek Time. Y, por lo visto, Ayukawa también. Al principio, está tentada de abandonar la pista. Sin embargo, arrastrado por las emociones que han despertado, la agarro de la mano y nos abrazamos. Al tomar su cuerpo, casi tan desarrollado como el de Madoka, noto como tiembla. Abre fuego otra del Boss, "The River". Ambos nos apoyamos mutuamente la barbilla en la espalda. Ella me susurra al oído una pregunta propia de mi mujer: "¿Siempre has sido así de formal?". Me quedo sin palabras. No sé si es porque espera algo más de mí en esta situación. Más todavía cuando suenan dos canciones significativas. La una, inesperada por el tipo de música que ha sonado: "We Belong" de Pat Benatar. La otra, por la pregunta que formula su título y que sacude mi interior: "Is This Love?" de Whitesnake.

Cuando suena "I Want To Know What Love Is", de Foreigner, Ayukawa vuelve a susurrarme al oído. Y lo que escucho retumba como un eco lejano, que va aumentando su volumen, y que me hace un daño terrible. Más incluso que mis propias dudas: "¿Está bien continuar así?". En medio de mi silencio, repaso el viaje que hemos realizado juntos hasta aquí. Lo que hemos compartido. Lo que hemos vivido. Lo que me ha enseñado. Lo que ha liberado. Lo que podría ser. Es cuando una respuesta brota para saciar su sed de preguntas: "Eso sólo lo sabe la verdad". Justo lo que me veo incapaz de contarle. Sí, soy un egoísta. En este punto, no sé si recuperaré a Madoka. Lo que no quiero es perder a Ayukawa. Creo que se lo debo. Por desgracia, he sacado una lección: en esta vida no se puede tener todo.

"Brothers In Arms" de Dire Straits sirve de puente para el cierre del Cheek Time. Es la crónica de una despedida. Una agridulce declaración de amor que me rescata de lo que estoy viviendo. Y que me recuerda qué debo hacer: "Can't Stop Loving You", de Phil Collins. Justo al final de la canción, le pido a Ayukawa que me espere junto a la barra. Aprovecho para ir al lavabo. Me lavo el rostro y observo mi reflejo en el espejo. Estoy viviendo algo que aconteció hace casi veinte años. Algo que ya no va a volver. Quedarme junto a Ayukawa sería retroceder en el tiempo. Acaso lo deseo porque no he tenido unos últimos meses nada felices... Hasta que tropecé con ella. Sin embargo, yo he sido, en gran parte, el causante de que haya sucedido así.

Las dudas me asfixian durante un buen rato. Es otra de las sensaciones que rescato de mi adolescencia. Finalmente, decido aparcarlas y volver a la barra. Por desgracia, lo que veo no me agrada: Ayukawa ahoga sus penas a golpes de vodka y brandy. Por primera vez en varios días, la vuelvo a ver fumar. El cigarrillo que descansa a medio quemar sobre el cenicero me lo indica. Y lo que es peor: los buitres ya han acudido a revolotear a su alrededor. Me acerco para tratar de sacarla de allí. Lamentablemente, bajo el alcohol es indómita. Pero muy débil:

– ¡Déjame en paz! ¡No puede ser!

– ¡No quiero!... Y menos en el estado en el que estás.

Intenta abofetearme, pero la esquivo. Uno de los carroñeros se encara conmigo: – ¿¡Quién te crees que eres!? ¡Ponte a la cola!

– ¡Soy su novio!

– ¡Pareces más bien su padre!

Estas palabras hacen que Ayukawa reaccione. Finalmente, paso su brazo por mi espalda y pago la cuenta. La saco del local y me la llevo a la playa que hay junto a la torre de oficinas. Espero que la brisa del mar le aclare las ideas. La luna creciente ilumina las zonas donde no llegan las farolas. Poco a poco, va recuperando la conciencia. Nos sentamos en un banco de cemento y la rodeo con mis brazos. Le acaricio los cabellos y disfruto del perfume de su cuerpo y el tacto de su piel, casi olvidados para mí.

Tan absorto estoy con ella que no lo veo venir. Alguien me golpea por la espalda y me deja medio inconsciente. Antes de que me quiera dar cuenta, un grupo macarras se ha llevado a Ayukawa hacia la arena, donde no hay luz. Son los mismos buitres que revoloteaban a su alrededor en el Lt. Blueberry's.

Uno de ellos le tapa la boca para que no grite. En circunstancias normales, se desharía de ellos sin problemas... Sin embargo, borracha es terriblemente vulnerable. Corro tras ellos para rescatarla. Por desgracia, dos de los tipejos se vuelven hacia mí, a modo de barrera. No puedo vencerles en la pelea. Me siento impotente. Son más jóvenes, más rápidos, más fuertes. Estoy prácticamente noqueado y su merced. Los otros tres se ríen: “¡Mirad a papi, ya no puede defender a su niña! ¡Tranquilo, nosotros vamos a convertirla en mujer!”. Sacando fuerzas de la nada, voy hacia ellos. Pero los otros dos me sujetan. El cabecilla de los macarras rompe primero la camiseta y el sujetador de Ayukawa. Luego las braguitas. Ella intenta revolverse. En el giro de su cuello, se desprende uno de sus pendientes rojos.

Y entonces, sucede lo inesperado. Una avalancha de imágenes del pasado junto a mi mujer, y del presente junto a ella corre, salvaje y eléctrica, a través de mi mente. Algo que había dormido, bajo el deseo una vida normal, despierta. Es una rabia contenida que alimenta mi cuerpo y que me nutre de unas energías que creí perdidas. No hay ni luces ni destellos de alto voltaje que asusten a nadie. Sin embargo, si alguien pudiera visualizar lo que se está fraguando en mi interior, se sentiría aterrorizado. Los poderes a los que había renunciado vuelven a estar activos. Y esta vez, con una potencia infinitamente superior. Da igual que Ayukawa sea virgen o no. Nadie va a tocarla. Guiado por esa fuerza brutal que domina mi ser y que se ha disfrazado de celos, levanto la barbilla:

– Ni se os ocurra tocarla... O lo lamentareis el resto de vuestras vidas.

Los cinco macarras se ríen a carcajadas. Es lo último que van a hacer. Al mover un poco mis brazos, los cuerpos de quienes me retienen chocan. La colisión de sus cabezas resulta tan bestial que ambos quedan noqueados. Los otros dos tipejos, que están sujetando a Ayukawa, se abalanzan contra mí. Lanzo mis puños para golpearles. Ni tan siquiera les toco. Como simples hojas de un árbol caído, ruedan por la playa y caen redondos. Me aproximo poco a poco hacia el cabecilla. Sus ojos manifiestan primero incredulidad. Después, un terror infinito ante lo que ha visto. La suelta y la deja sobre la arena. También retrocede paso a paso. Ya no sonrío. Al contrario: está suplicando clemencia. Podría tenerla. Pero mi lado más oscuro y retorcido me pide que no quede impune. Finalmente, tomo una decisión: le ofrezco la mano. Pobre imbécil. Intenta aprovechar el gesto, revolverse y atacar. No puede. Sujeto con facilidad pasmosa sus dos manos. Quien no atiende a razones debe recibir una buena ración de su propia medicina. Con simple gesto, los diez dedos quedan hechos añicos. Se retuerce de dolor. Me da igual: “¡Largaos bien lejos de esta ciudad! ¡O tened por seguro que lo que os he hecho hoy será muy suave comparado con lo que os sucederá!”.

Quien ha quedado en pie huye despavorido. Ayukawa yace en el suelo medio desnuda. La cubro con mi americana y la tomo entre mis brazos. Abre un poco los ojos y sonrío. No me dice nada. Tan solo me acaricia la cara y nuestros labios se encuentran. Como se encontraron bajo el árbol de los recuerdos. Como han ido encontrándose a lo largo de los años. Con el mismo sabor. Durante casi una eternidad. Cuando retiro mi rostro un poco para reconocer el suyo, me susurra algo que me deja paralizado:

– Domō arigatō. Me has vuelto a salvar la vida... Kasuga-san.

Finalmente, se desmaya. Me ha identificado. Guardo el pendiente perdido en el bolsillo de su chupa. El instinto que me guía no me da tiempo a pararme a pensar en el por qué. El eco lejano de las sirenas me obliga a analizar la situación y actuar. Hablar con la policía representa dar explicaciones incómodas. Y no podemos volver al hotel en taxi con este aspecto. Menos aún Ayukawa. La tomo en volandas. Tras mucho tiempo inactiva, decido utilizar la teletransportación. Afortunadamente, encuentro con facilidad las rendijas espacio - temporales que me permiten desplazarme. Nuestros cuerpos aparecen detrás de unos matorrales plantados en la entrada del hotel. Ella no puede entrar en el estado en que está. Más preguntas no deseadas y presencia de la autoridad garantizada. Decido llevarla a su habitación utilizando mis habilidades. La dejo descansando en la cama. Salvo el susto, la borrachera y los rasguños, no necesita cuidados médicos. De mí no puedo decir lo mismo. Me vuelvo a transportar al exterior y entro en recepción. De inmediato, los encargados de allí llaman a las asistencias, que me exploran y me curan los hematomas y las heridas. Estoy de suerte. No tengo nada fracturado. Solo contusiones.

Recibo las llaves de mi habitación y la de Ayukawa. Les pido, por favor, que le comuniquen a mi padre que dormiré hasta la hora de la comida. Tras las emociones vividas, me abandono a un sueño profundo. Ni tan siquiera medito la razón que la ha conducido a identificarme de una vez. Duermo tan deprisa que, cuando suena el teléfono, imagino que van a despertarme para la comer. Sin embargo, me equivoco. Me dicen desde recepción que es una llamada urgente de Nueva York. Supongo que será Hikaru. Cojo el reloj de mi mesilla: las dos del mediodía. De forma brutal, el miedo me hace aterrizar en

la realidad. Primero temo lo que haya hecho Madoka. Después, lo peor: que la he perdido para siempre. Al cabo de un minuto, escucho la voz de quien fue mi kohai:

– Hola, Kasuga-sempai, ¿Cómo estás?

– Bien pero... Tu llamada es para decirme algo sobre Madoka, ¿no? ¿Está bien?

– Sí... Lo que pasa es que se ha ido.

– ¿Qué?

– Aquí son las siete de la mañana. Me he levantado hace nada y me he encontrado su habitación recogida. No tenía ninguna de sus pertenencias. Ni tampoco su equipaje. En principio, sólo he encontrado un folleto de vuelos de Delta Airlines y la localización del aeropuerto JFK. Luego, encima de la mesa de la cocina, una nota que decía: “Thank you very much por todo, Hikaru-chan. Vuelvo a casa. Tu onēsan”... Supongo que habrá vuelto a casa de sus padres, en Seattle.

– ¿Estás segura?

– Sí, tus consejos han servido para calmarla. Estos últimos días han sido muy tranquilos comparados con los anteriores a nuestra última conversación. ¿Cuándo acabas el reportaje?

– Casi está listo. Una vez concluido, pediré permiso a mi jefe y viajaré a los Estados Unidos para hablar con ella. Espero que aún esté a tiempo de arreglarlo todo... Sin embargo, algo me dice que debo estar preocupado.

– ¿Por qué?

– Tal vez, por lo que me dijo una vez Manami-chan: “Parece mentira que no conozcas a tu esposa”. Ya sabes lo caprichosa que es y que, a veces, tiende a mentir o a engañar para ocultar sus problemas. Espero equivocarme pero, aún así, llamaré más tarde a mis suegros y a mi cuñada. De todas formas, estoy en deuda contigo. Soy yo quien debería haber cuidado de mi mujer, no tú.

– No te preocupes más por ello. Sólo trata de resolver este lío. Eso me hará feliz.

– Arigatō, Hikaru-chan. Cuídate.

– Igualmente.

Al colgar el teléfono y sentarme en el filo de la cama, trato de entender qué está tramando Madoka. El terror a que haya encontrado un nuevo amor me domina por un instante. Sin embargo, me doy cuenta de algo esencial: las cuerdas del triángulo no se han roto. Al contrario, más que nunca están vigentes. Mi esposa no haría una cosa así. La deuda que tiene con Hikaru ha aumentado todavía más... Hasta casi el infinito. El amor que sintió por mí casi le cuesta una amistad construida a largo de muchos años. Y ahora, más que nunca, después de la ayuda recibida, no sería nada justo volver a jugar con sus sentimientos. En el peor de los casos, no sé si Hikaru sería capaz de abandonar a su marido por mí. No, tampoco sería leal después del esfuerzo que han tenido que hacer ambas para rehacer su vínculo. Aún así, desconozco si guarda algo más que una cordial amistad conmigo. Por mi parte, tampoco tengo derecho a hacerla sufrir más de lo que lo hicieron mis dudas en el pasado. Y gracias a Ayukawa, he podido comprender a Madoka y encontrar la forma de devolverle lo que perdimos. Por desgracia, ahora no sé qué hacer con ella.

Me visto y utilizo la teletransportación para entrar en su habitación. Sigue durmiendo ajena a todo, desnuda. Lamento haberle quitado la ropa, pero no podía descansar con ese aspecto. A pesar de la vergüenza pasada, me agradó poder contemplar, de nuevo, el precioso cuerpo de mi esposa. Me acerco a ella y le peino los cabellos. Las lágrimas se escapan. ¿Qué hacer? No puede quedarse conmigo. Si ambas se tocasen, mi mujer desaparecería para siempre. Pero no puedo condenarla a la soledad eterna. No se lo merece. Le debo tanto y me ha hecho tan feliz... Ojalá estuviera Ojīchan presente para ayudarme.

Vuelvo a mi habitación para que mi padre no me eche en falta. Al contemplarme, se asusta por los rastros de las magulladuras y los golpes. Sólo le digo que tuve un pequeño altercado, y añado que la chica está bien, en su habitación. En tono susceptible, me pregunta si utilicé los poderes. Tengo que ser muy irónico para responderle. De haberlo hecho, no estaría en semejante estado. Concluyo comentándole que, en cuanto acabe la redacción del reportaje, me encargaré de los niños. Tras la comida, me vuelco en el trabajo. De tanto en tanto, me acerco a la habitación de Ayukawa para ver si ha despertado. Aún duerme. Los efectos de la borrachera de anoche han sido devastadores.

Al caer la noche, entro en su habitación a oscuras. Sacudido por los remordimientos de obligarla a irse de mi lado, me acerco y le beso en la frente. Justo en ese instante, Ayukawa despierta:

– Hola, Kasuga-san.

– ¿Desde cuando supiste quién era?

– Desde el momento en que te vi en la Plaza del Teatro Griego, en el Parque Güell... Al principio dudé. Tras una búsqueda tan larga, no me lo creía pero... Anoche, cuando nos besamos, el perfume de tu piel me recordó la primera vez que nos encontramos, cuando yo era una niña. ¿Por qué no me llamas por mi nombre?

– Ayukawa... Sí te explicara la verdad... Me considerarías un monstruo... Y huirías de mí. La verdad. Esta hora le pertenece. Tengo que contárselo. Igual que lo hice con Madoka antes de iniciar juntos nuestro camino. Espero que lo asimile tan bien como ella. Sin embargo, vuelve a sorprenderme:

– Si es por los poderes, no te preocupes... Eso qué importa... Cuando me he enamorado de ti.

– ¿Cómo lo sabes?

– Cuando me salvaste la última vez, Hikaru-chan me contó lo que habías hecho antes del rescate. Anoche, cuando tumbaste a aquellos tipos, ya no me quedó ninguna duda: eras tú... Por desgracia... Todo esto es una quimera.

– ¿Por qué?

– ¡¡¡Por qué tienes esposa e hijos!!!

– ¿Por eso te emborrachaste?

– ¡¡¡Sí!!!... ¡¡¡Por qué quería dejar de soñar!!! ¡¡¡Este sueño se ha convertido en una pesadilla!!!

Súbitamente, la puerta se abre y alguien enciende la luz. Ambos creemos que será un miembro del servicio. Sin embargo, nos quedamos paralizados al reconocer el cuerpo de quien ha entrado, que está exactamente igual. Viste un traje de una pieza color lila, zapatos rojos y una boina vino Burdeos estilo Bonnie & Clyde. ¡Es Madoka, mi mujer!

Capítulo 7: Hasta la vista (Llévame al cielo)

Nuestro descrédito nos deja congelados. ¿Qué hace Madoka aquí? La miro a ella. Miro a Ayukawa. Las dos se observan estupefactas, casi aterrorizadas. Tan frío me he quedado que ni tan siquiera reparo en dos detalles. La atmósfera, que se ha enrojecido; y una voz, que llama a mi mente:

– ¡Corre, otōsan! ¡Saca a okāsan de la habitación!

De detrás del cuerpo de Madoka aparece Izumi. Esta vez, de palabra, insiste en su petición:

– ¡Saca a okāsan de la habitación, rápido! ¡Sólo tenemos un minuto y medio!

Cuando el ambiente empieza a cubrirse de una niebla roja, entiendo qué ha pasado. Mi hijo mayor ha utilizado el reloj de Ojīchan. Lamentablemente, es demasiado tarde. La escena vuelve a cobrar vida. Todo está perdido. Más cuando veo como Madoka se acerca hacia donde estamos Ayukawa y yo.

Afortunadamente, sucede algo en principio inesperado... Aunque no tanto si pienso como se comporta mi mujer en según que situaciones: cae redonda al suelo. Me giro hacia la cama. Ayukawa también se ha desmayado como consecuencia del shock. Izumi, sorprendido por las reacciones, no sabe qué decir. Casi olvidaba que ambas, a parte de no soportar nada bien el terror, digieren aún menos los sustos y las escenas impactantes. Finalmente, tomo a mi esposa en volandas y me la llevo a mi habitación. Para evitar males mayores, la encierro. Lo mismo hago con Ayukawa. Si ambas se tocasen, la primera desaparecería para siempre. Ya en el pasillo, pido a mi hijo que se acerque. Lo hace paso a paso, con timidez:

– ¡¿Se puede saber de dónde has sacado el reloj?! ¡¿Qué no sabes que fue un regalo que me hizo Obāchan?! ¡¿Por qué lo has utilizado?!

– ¡Porque pensé que estabas engañando a ofukuro-san!... Gomen nasai... No debería haber dudado de ti, otōsan.

Está aflorando todo el resentimiento acumulado a lo largo de este tiempo. Empieza a sollozar. Después, derrama lágrimas a flor de piel. Realizo un gesto que casi había olvidado: acariciarle los cabellos, lisos y castaños. Luego la barbilla. No sé porqué, pero algo me dice que él sabe mucho más que yo de todo esto. Creo que le debo una disculpa:

– No... Soy yo quien tiene que pedirte perdón por haber actuado así. Dime, ¿qué te hizo pensar eso?

– La mujer que te ha acompañado durante tu trabajo. Estaba muy enfadado contigo... En estos últimos meses me he sentido muy solo... Vale que ha viajado Takashi-ōjīchan pero Akemi-chan y Kenji-chan también están igual, aunque se les veía muy contentos por venir aquí... Que hubieras empezado a salir con ella hubiera sido el colmo. Sin embargo... No sabía por qué, esa mujer tenía un aire muy familiar a okāsan.

– Gomen... Ahora ya sabéis que ser mayor no es un juego. Todo es mucho más complicado. Por favor, dime qué está pasando. Nos estamos jugando sus vidas.

– Lo sé, otōsan. Déjame que acabe de explicártelo todo. Le pregunté a Takashi-ōjīchan cómo os conocisteis ofukuro-san y tú. Me contó lo del sombrero rojo de paja, lo del parque, la relación entre vosotros y Hiyama-san... A continuación, le pedí que me enseñara fotos de okāsan cuando era joven. Vi las que hay en tu memoria USB. Me di cuenta de que la mujer con quien estabas era idéntica a ella. Entendí que había pasado algo raro relacionado con los poderes de la familia. Recordé que ella nos había explicado que, una vez, Ojīchama la había enviado al pasado para buscarte. Y entonces, hable con él.

Esto último me deja patidifuso: – Espera, espera. ¿Con Ojīchan?

– ¡Bingo!... Supongo que esto no te lo explicó pero... Dentro del clan, siempre hay alguien que transmite todas las habilidades a su descendencia. Esto ha sucedido durante generaciones. A través de la telepatía, el sempai, que normalmente está en la otra vida, explica al kohai el uso que debe hacer de éstas. Cuando Akemi y yo estábamos en el vientre de okāsan, recibimos todos los poderes de la familia. A diferencia de otros Kasuga, que para adquirir los nuevos deben buscarlos, nosotros sólo tenemos que despertarlos.

– ¿Cómo?

– A través de la concentración. Akemi también los ha heredado. Lo que pasa es que ella no es tan hábil como yo. La formación en artes marciales que okāsan nos impuso me ha ayudado mucho en ese aspecto. En resumen, tengo los mismos poderes que Ojīchama.

Ahora entiendo lo que estaba haciendo el muy perverso en nuestra boda. Y pensar que algo tan insignificante se ha convertido en una cosa tan inmensa. La concentración. Comprendo cómo me fue posible actuar anoche de aquella manera. Había reencontrado algo dormido... Un momento. Ha dicho que puede comunicarse con él:

– También quiere hablar contigo. Tenemos que solucionar este lío de inmediato. Fue él quien me dijo para qué servía el reloj. Me pidió que lo utilizara si todo se complicaba. Lo encontré en un baúl, en la azotea de casa, donde tenéis vuestras cosas. Lo que no recordaba era que Ofukuro-san tenía tanto miedo a los poderes.

Casi olvidaba que puede leer mi mente: – ¿Entiendes por qué le prometí que no los volvería a usar? Por ahora, no le digas nada de que lo que ha pasado.

– De acuerdo. Pero con una condición.

– Dime.

– Que no la vuelvas a abandonar... Ella también se ha sentido muy sola.

– Eso está hecho. Ya sabes lo que significa para mí. ¿Cómo puedo hablar con Ojīchan?

– Pon tu mano sobre mi cabeza.

Izumi cierra los ojos y se concentra. No dejo de maravillarme. La energía que desprende es muy superior a la mía. Escucho su voz llamando a Ojīchan. Al cabo de unos segundos, puedo oírlo. A pesar de que no puedo leer mentes, puedo escucharlos y responderles a través de mis pensamientos:

– Qué tal Kyōsuke-chan, ¿Cómo estás?

– Aliviado. Menos mal que puedo escucharte. Explicame qué ha pasado.

– Verás... De entre las múltiples vidas que una persona puede vivir, me voy a centrar en dos referidas a tu mujer que, por cierto, ¿sigue siendo tan sexy como antaño?

– ¡¡Ojīchan, ahora no es el momento para eso!! ¡¡Además, está tu bisnieto delante!!

– Vale, vale. A lo que iba. Dos Madoka-chan. Ambas se han encontrado contigo siendo unas niñas de doce años. Ambas tienen el sombrero de paja rojo, que es lo que os unió. Sin embargo, hay una diferencia.

– ¿Cual?

– La una pertenece a un universo en el que tú no has nacido pero tus hermanas sí, el que conocemos como mundo paralelo. La otra, en uno en el que sí existes, pero en el que no os habéis vuelto a encontrar, a pesar de habérselo prometido.

– Y eso, ¿cómo es?

– Porque la familia Kasuga nunca llega a instalarse en Kanagawa. También ambas sufren un accidente y fallecen sus padres y hermana mayor. Tras éste, el alma de la Madoka-chan del mundo paralelo sigue el camino lógico, esto es, cruza el río Sanzu a la espera del destino que le deparen los guardianes. Sin embargo, el de la otra, que debería haberse quedado en su cuerpo, pasa al de la chica que permanece en el mundo paralelo. Para entendernos, es como tener dos botellas de sake tibio, vaciar el contenido de una y llenar ésa misma con el de la otra.

Ahora entiendo lo que significa la vivencia de Ayukawa en estado de coma. Ese choque de fuerzas de succión y repulsión. Fue el momento en que cambió de cuerpo pero, ¿por qué?:

– Por el salto accidental que hiciste al mundo paralelo desde el pasado, cuando tú y tu mujer coincidisteis. El motivo es que vuestras existencias están íntimamente ligadas. Y ambas se buscan como dos fuerzas complementarias. De ello me di cuenta en cuanto la vi. Aunque Obāchan deseaba que fuera Hikaru-chan tu esposa, sabía que Ayukawa-chan era la elegida. Es algo que desafía las leyes de la razón y la ciencia. El agujero negro por donde ambas avanzan a la búsqueda de respuestas. Algunos lo asocian al destino, otros a los dioses. Los caminos de los poderes son insondables, hasta para mí.

– Un momento... Entonces, si yo no existo en el mundo paralelo, ¿por qué nos encontramos en su infancia, en esa dimensión?

– Porque los cambios se producen en el pasado, en cosas que ya han sucedido. Al tener que cumplirse el vínculo entre ambos, vuestros encuentros en la dimensión paralela fueron forzados. En realidad, no se deberían haber producido. Tú no habías nacido. Sin embargo, al saltar a ese mundo, todo se alteró. Vuestro segundo encuentro fue consecuencia directa de ese hecho. A parte de que jamás os deberías haber conocido allí, y a pesar de estar vinculados por el sombrero rojo, ella debería haber fallecido. Sólo la muerte o la no existencia de una de las partes es capaz de romper ese nexo. Como ya te he dicho, tu salto lo evitó, en parte. Murió el alma, pero no el cuerpo.

– Y ahora, respóndeme a la pregunta clave: ¿Cómo ha podido pasar de la dimensión paralela a mi mundo?

– Por aquello que os une. Es una fuerza natural que tiende a buscar su otra parte. Es capaz de avanzar a través del tiempo y el espacio. Por eso ella, con el cuerpo de la dimensión paralela y el alma de un mundo en el que existes pero en el que no os habéis encontrado, ha podido saltar hasta donde tú estás. Ahora mismo, el cuerpo al que pertenece ese alma está vivo, en la dimensión en la que te dicho, pero inerte. Existe una ligazón, pues el contenido, a pesar de haber estado en diferentes dimensiones, está todavía conectado al recipiente. Y hay que devolverlo a su lugar.

La explicación, a pesar de resultar complicada en apariencia, se puede entender. Sin embargo, sigo teniendo dudas. La muerte como ruptura del vínculo. ¿Qué hubiera pasado si yo hubiera fallecido en Bosnia?:

– A pesar de los poderes, creo que ya te he dado la respuesta.

– ¿Y el encuentro bajo el árbol de los recuerdos?

– Se producirá, pero un poco más adelante. Pero antes, hay que volver a colocar el sake en su botella correspondiente. Izumi-chan me ayudará en esa tarea.

Ahora que lo menciona... Ojīchan no me ha respondido a dos cosas: ¿Cómo ha logrado saber todo esto y por qué entregó los poderes a mis dos hijos?:

– Kyōsuke-chan, en algunas cosas no cambiarás. En lo tocante a lo segundo hay dos razones: la primera, ya te la ha explicado antes Izumi-chan, ¡despistado! La segunda se adoptó por un motivo de seguridad: para evitar que capturaran al maestro, que es quien más sabe. Fue la forma más fiable de transmitir el núcleo de los poderes de una generación a otra.

– ¿Y en lo primero?

– Esto tiene que ver con el clan. Todos los Kasuga tenemos buenas relaciones con los guardianes del río Sanzu. Por eso me enteré del desajuste. La verdad es que jamás te debería haber mandado al pasado. Pero bueno, en ocasiones no se pueden prever las consecuencias de las variaciones. Sólo enmendarlas. Por cierto, Obāchan está en la otra orilla. Me he escapado un rato para que me deje en paz y pueda contemplar la feria. Si supieras lo que pasa por aquí...

– ¡¡Quieres parar ya de una vez, pervertido!!

Observo a Izumi, que primero me mira con cara de estupor. Está claro que no conocía esa faceta de su bisabuelo. Luego, sonrío: “Ahora entiendo porqué Kenji-chan es así”. Llega el momento de solucionar este lío. Sin embargo, a pesar de que Ayukawa y yo nos volveremos a encontrar en otra dimensión, un hecho me entristece. No tendrá ni padres ni hermana:

– No te preocupes, Kyōsuke-chan, eso tiene solución. Como ya te he dicho, se puede alterar el pasado. Lo que no se puede prever es qué va a pasar. Por cierto, ¿conoce la otra chica nuestro secreto?

– Sí... Antes de desmayarse, me lo ha reconocido. Tuve que intervenir en ambos mundos... A fin de cuentas, todo esto también es culpa mía.

– Bien, ahora escúchame con atención.

Ojīchan nos explica cómo devolver a Ayukawa a su cuerpo. Tras esto, nos despedimos. Definitivamente, tendré que mejorar mi telepatía para poder comunicarme con él si vuelven a haber problemas. Escucho unos golpes contra la puerta de mi habitación. Madoka se ha despertado. Corro hacia allí. No quiero ganarme una queja por alterar el orden a estas horas de la noche. Abro y entro dentro. Mi esposa y yo nos quedamos quietos y nos miramos por un instante. Después... Me llevo un sonoro bofetón en mi mejilla magullada. Vuelve a ser ella. Esta vez no vacilo. La abrazo con todas mis fuerzas. Siento el tacto de su piel, el olor de su pelo, el peso de su cuerpo. Nuestros labios se encuentran en un beso largo, ligeramente nicotinado, y amargo por el dolor que ambos hemos sufrido. Por el daño que le he hecho y que, tal vez involuntariamente, ella me ha producido:

– Kasuga-kun, ¿por qué?

– Porque vuelves a ser quien conocí... Porque me tengo bien merecida la bofetada que me has dado... Porque debería haber sido así desde el principio... Porque te he echado mucho de menos.

Izumi se echa en brazos de Madoka. Él también ha notado su ausencia. A pesar de que sus caracteres, muy similares, chocan a menudo. Todas las escenas que estoy viviendo casi las había olvidado. Como el hecho de que aún no he hablado con Ayukawa:

– Ve a ver a Akemi-chan y a Kenji-chan. Están con Takashi-san. Tú también, Izumi-chan.

– ¿A dónde vas?

– A ver a la otra chica. Tengo que explicarle lo que ha pasado.

– ¿Quién es?

– Alguien a quien creo que ya viste cuando Ojīchan te mandó al pasado y te declaraste en los columpios del parque.

– ¿?

– Onegai shimasu, es muy importante para ambas. Luego te lo cuento.

Al entrar en la habitación de Ayukawa, la encuentro en la cama, plegada sobre sus rodillas, con la cabeza agachada. Su mirada es triste, perdida. Todavía conserva el rastro de las lágrimas derramadas en sus mejillas. Incluso así, la sigo encontrando terriblemente bella:

– No llores, por favor.

– ¡Sí tengo que hacerlo! ¡Todo se ha acabado!... Aunque, viendo quien es tu esposa, me quedo más tranquila. De hecho, ahora que lo recuerdo... También vi a alguien que se parecía mucho a mi hermana mayor. Tiene gracia: hablamos un rato, le pregunté si eras su novio y le dije que me gustabas y que, algún día, sería tu esposa. ¿No sería?...

– Sí. Sin embargo, el viaje no acaba hasta que se llega a la estación final.

– ¡Qué más da!... En mi caso, ya no es así. Perdí a mi familia, he sacrificado a mi única amiga y ahora... Te pierdo a ti.

– Eso todavía está por ver. Aún tienes una promesa que cumplir. Primero... Te debo una explicación... ¿Recuerdas lo que me contaste que te había pasado estando en coma, después del accidente?

– Sí, las dos fuerzas que me arrastraban y repelían en medio de una luz muy clara.

– Sencillamente... Cambiaste de cuerpo.

– ¡¿Qué?! ¡¿Cómo es posible?!

El rostro que me ofrece es una mezcla de estupor y curiosidad ante lo que le narro. Si le cuento toda la verdad, me arriesgaría demasiado. El pánico y el terror la condenarían para siempre. Si se la oculto, puede cometer una estupidez antes de reencontrarnos. Que sea otro yo, a ser posible soltero, quien le cuente en profundidad los secretos familiares. Tengo que encontrar un punto medio que me permita orientarla y conseguir que me haga caso:

– No te puedo explicar exactamente la razón. Ya te confesé que los poderes ocultan un lado monstruoso. Sólo te puedo decir que tiene que ver con nuestro último encuentro. El salto que has dado en el tiempo también guarda relación.

– Y ahora, ¿qué va a pasar?

– Tendrás que volver a casa.

– ¿Cómo?

– Espera un momento.

Voy a buscar a Izumi a la habitación de mi padre. Allí están todos, sonrientes, felices. Como si la pesadilla que hemos vivido no hubiera acontecido. Le pido que venga un momento. Asiente y me acompaña. Al entrar, noto como tiembla. Ha tomado conciencia de que quien tiene enfrente es a su madre con menos edad. Sabe que debe que ser cuidadoso:

– Cierra los ojos. No tengas miedo.

Percibo como, a través del dedo que apunta a su frente, desprende una energía ínfima en apariencia, pero brutal en intensidad. Le está marcando el camino a seguir. Tras retirárselo, le pide que los abra. Me toca indicarle los pasos:

– Escúchame con atención. Mañana regresarás a Tōkyō, no sé si será vía Londres o vía París. Desde aquí no hay vuelos directos. Lo primero que harás será volver a cruzar las curvas de Okutama en moto. Uno de sus túneles es la puerta que te devolverá al mundo del que vienes.

– Entonces, ¿no te volveré a ver?

– Te he dicho que el viaje no acaba hasta que se llega a la estación final. Ésa es sólo la primera. A continuación, vuelve a tu casa por otro lado y recolecta todas las fotos que tengas relacionadas con tu familia y tus amigos.

– Pero no tengo ninguna tuya.

Es cierto... Suerte que se me ocurrió imprimir en papel foto dos muy especiales: la que nos sacamos juntos en la Fachada del Nacimiento de la Sagrada Familia y una de nuestra época de gakuen en el Kōryō. Se las entrego de inmediato:

– Ahora sí. No te preocupes. Lo que importa no es como podría haber sido tu vida, sino como va a ser. Compra un álbum nuevo con tapas rojas y coloca todas las fotos seleccionadas allí. Después, ve al

Parque del Toshima En y sube a su montaña rusa con el álbum y el sombrero de paja rojo bien sujetos. Cierra los ojos. Cuando vuelvas a abrirlos, habrás vuelto al lugar al que realmente perteneces.

– Y, ¿entonces?

– Deberás ir hacia los Alpes Japoneses, no muy lejos de los límites del Parque Nacional, en Nīgata, y localizar un lago con dos islas llamadas Hombre y Mujer.

– ¿?

– No me mires así, yo no les puse el nombre. Allí cerca hay una pequeña aldea. Pregunta por los Kasuga. Encontrarás a mis abuelos. Son muy agradables y seguro que estarán encantados de recibirte. Ellos te ayudarán a localizarme. Y sobretodo, dos cosas: no hagas estupideces y no pierdas la fe. Si confías en mí, hazme caso. Y recuerda: tienes una promesa que cumplir.

– ¿Qué pasará con mi futuro?

– Eso no lo sé. Sólo que la muerte es la única que, seguro, lo puede alterar. Y ahora, descansa. Mañana te acompañaré al aeropuerto y hablaremos.

Me abrazo con ella y le beso en la frente. Da igual que sea ella o mi mujer: el mismo peso, el mismo olor, el mismo tacto... Por fin, las mismas sensaciones perdidas. Salgo de la habitación y me dirijo hacia donde está mi familia. Madoka ha traído unos souvenirs para los niños. Conversamos un rato hasta media noche. Tras esto, los acostamos. Mi padre también se va a dormir. Mi esposa y yo nos quedamos a solas. Al mirarnos a los ojos, entendemos que no tenemos que pedirnos lo que necesitamos: un tiempo para nosotros. Un tiempo para hablar. Permito que ella llame primero a la escuela de música donde enseña. En Tōkyō es primera hora de la mañana. Después, soy yo quien lo hace a la sede del diario para conversar con mi jefe. Suerte que le cojo a esa hora, en la que suele estar de buen humor. Le comento que el trabajo ya lo he concluido y que la crónica está en el buzón electrónico de la redacción.

Una vez resuelto todo, dialogo con Madoka. Ambos salimos a la calle para disfrutar de la brisa nocturna. Tengo que averiguar las razones de su precipitada marcha de Nueva York. Sin embargo, antes me acaricia el rostro y me pregunta por mi aspecto:

– ¿Qué te ha pasado?

– Algo parecido al incidente que vivimos hace años en la discoteca Moebius por culpa de Akane-san. Y si lo preguntas, el motivo ha sido el mismo: proteger a alguien especial.

– ¿?

– Te lo explicaré en otro momento. Pero ahora, me gustaría saber por qué en lugar de volver a Tōkyō has venido hasta aquí.

– Te lo dijo Hikaru-chan, ¿no?

– Sí... Ya sé que le prohibiste hablar conmigo, pero ella te sigue queriendo... A pesar del daño que le hemos hecho. Me dijo que volvías a casa, pero no te esperaba aquí.

– Es verdad, no se merecía esto... Por cierto, que chica tan guapa la que acabo de ver.

Primero, mi esposa adopta un aire serio. Lo que acaba de decir lo ha hecho con un tono entre irónico e insinuativo. Es una de las cosas que más me gustan de ella. Enfadado, respondo:

– ¡No es lo que parece!

Finalmente, se ríe a carcajadas. Por fin veo su sonrisa angelical, tras tanto tiempo de dolor. A continuación, le hago una propuesta:

– Si me dices por qué has venido hasta aquí, te explico qué ha pasado.

– De acuerdo... Unas noches atrás tuve una pesadilla. Soñaba que estaba en el jardín de casa, con los niños. Estábamos sentados bajo el porche, con las enredaderas llenas de rosas bien floridas, repasando las lecciones. De pronto, escuchaba la voz de Izumi-chan, que me llamaba. Me decía, “Otōsan está con otra mujer”. Era alguien mucho más joven, seguramente practicando el enkō. Caminabais por la calle, al otro lado del seto.

– ¿Cómo lo dedujiste?

– Por el sēji fukan que vestía. Lo increíble fue reconocerlo: era el del Kōryō. Pero lo más inverosímil estaba por llegar. Podía ver su rostro. Y no me lo creía: era yo misma, abrazada a ti. Como si todo este tiempo que hemos vivido no hubiera transcurrido. Al despertarme, pensé que todo era producto del alcohol... Sin embargo algo, no sé exactamente qué, me estaba diciendo que estabas en peligro... Y no quería perderte para siempre.

– ¿Por eso viniste?

– Sí... Primero llamé a mis padres. Me dijeron dónde estabas y en qué hotel te alojabas. Después, tuve que buscar un vuelo que me condujera hasta aquí. Me costó mucho pero, finalmente, encontré uno

directo de Delta Airlines que salía a las siete de la mañana del JFK. He llegado a las ocho de la tarde, hora de aquí, pero no me esperaba esto.

Guardo silencio por un instante. Mientras contemplo la basílica del Tibidabo, iluminada por los focos naranjas, me centro en el ‘sueño’ de Madoka. Definitivamente, mi hijo ha adquirido unos poderes infinitamente superiores a los míos. Me queda muy claro que todo es obra suya: ha generado una visión, la ha enviado y se ha comunicado con su madre, que dormía a más de seis mil kilómetros. Es casi imposible que uno sueñe consigo mismo. Desconozco si Ojīchan habría sido capaz de tal cosa. El tacto de la mano de mi mujer, acariciándome los dedos, me devuelve a la realidad:

– ¿Qué te preocupa?

– El sueño que tuviste... En parte, era cierto. No te lo expliqué en su momento pero, cuando los dos estuvimos en el pasado, rodé por los 99/100 escalones que llevan al parque y salté a un mundo paralelo en el que no había nacido... Pero en el que tú existías. Esa persona es quien has visto.

– ¿La misma que me dijo que, algún día, sería tu esposa?

– ¿Cuándo?

– Yo tampoco te lo expliqué. Durante el rato en que estuviste ausente, charlamos. Me dijo que te agradaban las chicas femeninas y me reconoció que le gustabas y que, algún día, se casaría contigo. Incluso estuvimos a punto de darnos la mano. Sin embargo, escuché tu voz y una fuerza extraña las repelió. Cuando vi a mi hermana mayor, entonces lo entendí.

– Ésa es la razón por la que te he mantenido encerrada en mi cuarto. Otro día te explicaré en qué consiste la teoría del caos. El caso es que... Gracias a ella, he comprendido dónde he metido la pata...

– No te preocupes, eso es parte de tu encanto. Como el esforzarte por hacerlo lo mejor que puedes... Siento haber tenido que responder de esta forma...

– También es muy propio de ti... El problema ha estado en no haberlo entendido antes. No quiero que te pongas celosa...

– ¿Como, de mi misma?

– Le debo el hecho de que, a su lado, he vuelto a ser quien era... Y espero que eso ya no vuelva a cambiar.

Le acaricio los cabellos. Nuestros cuerpos se encuentran en un abrazo deseado, aún más intenso que el anterior. Los labios, en un beso todavía más largo y mucho menos amargo. Al separar nuestros rostros, le pido un favor:

– Espero que no te importe pero... Esta noche, déjame dormir solo por última vez. Si lo hago a tu lado, sentiría que estoy traicionando a alguien a quien le debo mucho.

– Te entiendo... No quieres sentirte violentado... Dormiré con los niños. Nos vemos mañana. Dale las gracias a la chica de mi parte.

– Más bien... Dáselas a Izumi-chan.

Al día siguiente, acompaño a Ayukawa al aeropuerto de El Prat. Ha tenido suerte: en el París - Charles de Gaulle hay un vuelo de JAL que parte hacia Tōkyō a última hora de la tarde. Por el camino, nuestras manos se entrelazan en una caricia agrídulce. No deja de ser mi esposa, aunque sea con unos años menos. Y merece el mismo buen trato. Creo que se lo debo. Además, soy una de las personas que más ha querido en su vida. Y nos vamos a separar... Espero que por poco tiempo. En la terminal, primero nos abrazamos. Nos miramos a los ojos. No hablamos. No voy a olvidarla. No va a olvidarme. Luego, como los adolescentes que hemos sido, nos fundimos en un beso eterno. A nuestro alrededor, todo se silencia: el murmullo de la gente, el eco de la megafonía, el sonido de los carros y las maletas. Y muta hacia cosas conocidas: el alborozo de los niños jugando en el parque, el piar de los pájaros, el susurro de la hierba sacudida por el viento. Como si estuviéramos a la sombra del árbol de los recuerdos. Ambos lloramos. Yo, porque veo como una parte de mi vida se marcha. Para volver a su lugar. Ella, por el miedo ante lo desconocido:

– Este beso sabe a Sayōnara.

– No. Sabe a ‘Hasta la vista’. Ten fe en lo que te he dicho y cuídate... Mi esposa y yo te agradecemos lo que has hecho. Nos veremos. No sé cuando, pero te prometo que nos veremos. Recuerda que tienes que cumplir una promesa. Ah, una última cosa... Por favor, déjate el pelo largo.

– ¿Por qué, Kasuga-san?

– Porque, por alguna razón, te sienta bien.

Capítulo 8: Kyosuke & Madoka (En el muelle) (A 21)

De vuelta al hotel, conecto el ordenador a la red y envío un e-mail al jefe Yagami, comentándole que le llamaré a primera hora de la mañana según el GMT de Tōkyō. Añado mi intención de quedarme unos días más, y le emplazo a explicarle las razones por teléfono. Paso el resto del día como debería haber sido desde hace tiempo: en familia. Visitamos otros rincones de la ciudad, como Montjuïc o la zona del puerto. Los niños disfrutan como ya casi no recuerdo. Por la noche, le pido a Madoka que me permita trasnochar un poco para realizar una llamada muy importante a la redacción de mi diario. Al mirarme, accede.

Al día siguiente, como premio a su buen comportamiento, llevamos a los niños al parque de atracciones del Tibidabo. Mientras disfrutan junto a su ojīchan, Madoka y yo nos dirigimos al mirador de la basílica. Cae la noche y, junto al reflejo anaranjado del sol poniéndose, disfrutamos de las luces de la ciudad, que acaban de despertar. La vista es realmente bella. Nos recuerda mucho a la que se puede contemplar desde los hills cercanos a Los Ángeles. Solos, sin nadie molestando alrededor, mi mujer me toma por la espalda y me acaricia los cabellos. Aunque normalmente nos reprimimos en público, ambos estamos tan hambrientos de cariño que lo necesitamos:

– ¿A quién tenías que llamar anoche?

– Al jefe Yagami-san. Era para anunciarle mi intención de cogerme las tres semanas de vacaciones que me corresponden.

– ¿Cómo se lo tomó?

– Al principio se enfadó. Ya sabes como es: ‘Qué si me dejas en la estacada, qué si no tienes suficientes vacaciones con lo que viajas, qué si tenía un reportaje importante para ti, bla, bla, bla’...

– ¿Y qué le dijiste para que accediera?

– Que en esta vida hay cosas mucho más importantes que una buena crónica o un magnífico sueldo. Suerte que no tuve que dar más explicaciones. Es un cabezota redomado y de mente muy cerrada... Pero, en el fondo, es un hombre comprensivo. Me dijo ‘Tienes razón, la familia es lo primero’.

– Yo también he pedido permiso para ausentarme unas semanas de la escuela de música. Han analizado mi situación y han aceptado. Además, ahora empiezan las vacaciones estivales. Lo que no sé es qué vamos a hacer con los niños.

– Volverán a Japón con Takashi-san. Creo que lo entenderán.

– ¿El qué?

– Que necesitamos un tiempo para nosotros, sobre todo otōsan y Manami-chan. Tal vez ahora más que nunca. Me pregunto cómo le voy a compensar a mi hermana pequeña todo lo que ha sufrido por mi culpa.

– Acaso no haga falta. Existe gente a quien eso no le importa, con tal de proteger a aquellos a los que aprecian. Sólo esperan ser correspondidos si llega el caso. Nada más. Piensa en Hikaru-chan. Ella también ha padecido lo suyo.

Cierto. No podía permitir que su onēsan perdiera la razón. Me acaricia la mano. Nuestros cuerpos y labios se encuentran en un tacto de anochecer dulce y relajado. Cada vez disfruto más del perfume de mi mujer. De su olor, de su sabor, ya sin rastros de nicotina, de su pelo. Acaso por lo mucho que la he llegado a echar en falta. Normalmente, cuando ha sido así, nos hemos reencontrado de forma violenta, feroz y desesperada. Sin embargo, tras todo el daño que nos hemos hecho mutuamente, no me atrevo a que nuestras pieles se reconozcan desnudas en el lecho. El abismo que nos ha separado debe cerrarse lentamente. Las tierras, como los cuerpos, deben encontrarse. Ahora mismo estamos como al principio de todo, volviendo a empezar. Nos sentimos como dos adolescentes miedosos y avergonzados, aún incapaces de confiar el uno en la otra. Mejor reservarlo para aquello que aún le debo.

Reflexionando sobre la vida de Ayukawa, tomo conciencia de lo mucho que puede llegar a variar una existencia si se cambia el más mínimo factor. Igual que en una gran ecuación matemática. Casi sin querer, acuden a mi mente los recuerdos del concurso que encumbró a mi esposa como nuevo talento en ciernes. El eco de la pregunta emerge en la oscuridad hasta hacerse palabra:

– Madoka-san, hay algo que nunca te he preguntado. ¿Qué habría pasado si no nos hubiéramos conocido?

Mi Ángel guarda un largo silencio de meditación. Su rostro adquiere una expresión de profunda tristeza. La misma que me ofrecía cuando era incapaz de comprender algo. La que la hacía tremendamente atractiva a los ojos de la gente. Finalmente, responde:

– En prisión... Muerta... O en Estados Unidos.

– ¿Por qué dices eso?

– Porque, desde niña, desconfiaba de los finales felices. Las ausencias de mis padres reafirmaron ese sentimiento.

En parte, es cierto. Al saber más detalles de la vida de mi mujer, entendí dónde había nacido esa Ayukawa ambigua que conocí en el Kōryō. La desatención y el ambiente estricto en el que creció. Si añado la soledad que padecía, no hay que ser muy brillante para concluir que todo aquello era la válvula de escape por donde se fugaba su lado más arisco. Sin embargo, también conocí el inmenso talento que guardaba como instrumentalista, letrista, cantante y compositora. Su vida podría haber tomado otro sendero muy diferente. Le acaricié los dedos para prepararla ante una pregunta que, tal vez, resulte dura en la contestación:

– ¿Y por qué no una Pop Idol?

– Por la misma razón por la que, cuando tuve la oportunidad, no regresé junto a mis padres.

– ¿No será...?

– Sí... Por ti.

Instintivamente, le acaricio el rostro y la beso largamente. La respuesta me ha dejado muy sorprendido. Pero sé que hay más razones. Y quiero conocerlas. Sin éstas, soy incapaz de comprender. No quiero dejar un agujero que permita que, lo que hemos padecido, se repita:

– ¿Sólo por mí o hay alguna razón más?... Por favor, las necesito para saber hasta que punto te importo.

– Hay otras que, indirectamente, tienen que ver contigo... Tenías razón en lo que le dijiste a tu jefe. Hay cosas en la vida más importantes. La música me ha dado muchas satisfacciones... Sin embargo, me privó de poder disfrutar de mis padres. Y había algo que tuve claro en el instante en que aspiré a tener familia: no quería que mis hijos sufrieran lo mismo...

Y sin embargo, no es así. Izumi ha sido un claro botón de muestra. Me parece que la petición de vacaciones es sólo el primero de los muchos pasos que voy a tener que dar para evitar que, lo que ha acontecido vuelva a suceder:

–... En el momento en el que te conocí, entendí que merecía la pena sacrificar algo de ese sueño. Tú has sido quien ha logrado sacar lo mejor de mí misma. Tu honestidad no tenía nada que ver con lo que había conocido. Hasta entonces, algunos sólo estaban interesados en reclutarme para sus bandas de gamberros y, sencillamente, me respetaban por ese hecho. Mientras que los otros, me temían y me acusaban de delincuente haciendo caso de lo que se hablaba sobre mí. Hikaru-chan y sobretodo tú habéis sido los únicos que me habéis aceptado tal cual soy. A pesar de tus meteduras de pata... Y tu inmadurez.

– ¿¡A quién llamas inmaduro!?

Medio en broma, la agarro de la cintura y alzo tan arriba como me permiten mis fuerzas. Viéndola sonreír así, parece mentira que hayamos sufrido tanto. Siento haber despertado de una pesadilla. Y me alegra enormemente:

– ¡Kasuga-kun, ya está bien, bájame por favor!... Tranquilo, sigue siendo parte de tu encanto...

Nos besamos. Mi Ángel prosigue su narración. Su sonrisa se apaga como el sol que se pone. Ninguna de las palabras que me está revelando me dejará indiferente:

–... Sin embargo, Hikaru-chan se interpuso y decidí apartarme de en medio y resignarme. Se lo debía a mi ‘hermana pequeña’. Por desgracia, pelear contra lo que dicta tu propio corazón es algo que acaba por destrozarte. Por eso me marché a Estados Unidos cuando todos supieron la verdad. Aunque Hikaru-chan pensó que estaba jugando con vuestros sentimientos, en verdad necesitaba liberarme de ese peso, tanto tiempo soportado, que me estaba asfixiando. Siento haberte hecho esperar, pero lo tenía que hacer... Si ella no se hubiera retirado, seguramente parte de mis aspiraciones se habrían perdido y me hubiera convertido en una Star... O en una auténtica delincuente. Mi vida habría sido muy distinta.

Al besarnos de nuevo, nos miramos a los ojos. Los de Madoka tienen algo muy importante que decirme.

Es la conclusión a la que ambos, por caminos distintos, hemos llegado:

– Quiero que me prometas una cosa.

– Dime.

– Cuando yo esté ausente, y espero que sea como mucho unas doce semanas al año, quiero que estés junto a los niños. Y que permanezcas fuera, como mucho, un tiempo similar al mío. Yo te prometo que, durante esos días, me quedaré a su lado.

– ¡Uf! Será difícil... No te lo puedo garantizar al 100%. Sólo que lo intentaré. Y más ahora, después de lo que ha sucedido.

– Con eso me basta.

Ambos volvemos al parque de atracciones. Ya en el hotel, todos nos reunimos y les explicamos nuestros planes. Nuestros hijos asienten. De una forma u otra, han entendido que es muy importante para sus padres. Aunque a veces es indomable, me alegra tener un hijo como Izumi. Un par de días más tarde, nos despedimos de ellos en el Aeropuerto de El Prat. Volverán a Tōkyō vía Ámsterdam-Schipol en un vuelo de KLM. Kenji llora creyendo que no nos volverá a ver. Madoka y yo le prometemos estar de vuelta antes de su cumpleaños. Le traeremos un regalo muy especial. Los días siguientes los dedicamos a visitar la ciudad con más calma y a hacer excursiones con una Harley Davidson Chopper alquilada. Vamos al Parque Natural del Montseny, a Montserrat, a las bodegas del Penedés, a Sitges, a la playa... E incluso, al museo de motos de Basella. Unas veces conduzco yo, pero mi esposa lo hace la mayor parte del tiempo. Está encantada con la idea de recuperar sensaciones casi olvidadas. Como Ayukawa, disfruta contemplando auténticas joyas sobre dos ruedas. Paso a paso, al igual que cuando nos conocimos, vamos recuperando mutuamente la confianza perdida por nuestros errores. Lo que nos ha separado se diluye poco a poco.

Finalmente, le pido un día libre para realizar unos preparativos. Hay algo que le debo desde aquella noche mágica en Yokohama. Y ha llegado el momento de devolvérselo con creces. El día elegido es una festividad muy típica de la zona: San Juan. Aunque no podremos contemplar el Natsu Mastsuri, disfrutaremos de algo parecido. La ciudad entera se llena de hogueras y fuegos artificiales. Por la tarde, paseamos por Las Ramblas. Madoka lleva un vestido de color indeterminado y calza unas sandalias indeterminadas. En una de las muchas tiendas de souvenirs que hay allí, reconozco un objeto para regalarle: un sombrero de paja rojo. Mi Ángel sonríe maliciosamente:

– Ya tenemos uno en casa.

– Sí, pero este es tan especial como el primero. Me alegro de que nos hayamos reencontrado y volvamos a empezar.

Tras ponérselo en la cabeza, nos besamos un largo rato. Seguimos nuestro camino a través del Puerto Viejo y atravesamos el barrio de la Barceloneta. Llegamos a la zona del Paseo Marítimo y las dos torres. Al entrar en la zona de locales del Puerto Olímpico, el corazón se me encoge. Los hechos acontecidos junto a Ayukawa todavía permanecen frescos en mi memoria. Finalmente, nos detenemos en el espigón. El atardecer pinta el cielo de un naranja caprichoso. El eco de las gaviotas pone la banda sonora original. Y, por primera vez en mucho tiempo, el sueño se convierte en realidad. De entre los acordes de las aves emergen las notas de un piano. A continuación, un violín se une a las teclas en un cadencioso crescendo. No tardan demasiado en sumarse varios más en un ascenso de notas emocionante. Hasta que un sólo de saxofón melancólico y el chocar de unas baquetas dan la réplica. Nos quedamos mirándonos frente a frente:

– Hay algo que debo decirte.

– ¿Es importante?

– Tal vez, sí... Aunque te parecerá una tontería.

– Viniendo de ti, ten por seguro que no.

– Desde la primera vez que te vi en aquellas escaleras... Yo supe que me había enamorado de ti.

– Madoka-san.

– Kyosuke-kun.

Se lanza a mis brazos. Nuestros labios se encuentran para comprobar, definitivamente, que esto no es un sueño de adolescencia, sino acontecimientos que quedarán en nuestra memoria para siempre como cosas vividas. Poco nos importa que el sombrero se vuele y se caiga al suelo. La música sigue sonando en mi cabeza. Los violines vuelven a preguntar y el saxofón no tarda demasiado en responder. Tomo a mi mujer de la mano y le pido que me acompañe al Hotel Arts, que ocupa una de las dos torres gemelas de la zona marítima. En la recepción, pregunto por un paquete que había pedido que llevaran allí. Se lo entrego a mi esposa y le indico que se dirija a una habitación conocida como la Rox Room. Allí es donde deberá abrirlo. No le comento nada más: es mi primera sorpresa.

Pasada media hora, Madoka aparece radiante y tremendamente bella. Viste un yukata azul claro con flores blancas y un obi rojo. El mismo que llevaba en el primer Natsu Matsuri que compartimos juntos en el Abakabu. Calza un par de geta y lleva el pelo recogido en una cola de caballo. Entre las manos sostiene un abanico. Al contemplarla, me quedo igual de paralizado que entonces. Y ella, sonrojada, me mira con la misma cara de vergüenza que en aquella ocasión. Finalmente, la tomo de mi mano y nos dirigimos al restaurante para cenar. Tras el banquete, salimos para disfrutar de la brisa de la noche. La luna llena nos acompaña. Al principio tengo un poco de miedo por lo acontecido días atrás. Sin embargo, el hecho de ver como más gente se deleita con las hogueras, los fuegos artificiales y las verbenas, me libera de ese peso poco a poco. Ni tan siquiera reparo en el detalle de que mi mujer no viste al uso occidental. Ni me importa. Yo ya me siento afortunado teniéndola a mi lado.

Tras un largo rato de paseo, volvemos al Hotel Arts. Madoka se queda sorprendida. Pensaba que regresaríamos a nuestro alojamiento en la avenida Diagonal. Le comento que sólo será esta noche. Todavía tengo que mostrarle una segunda sorpresa. Sonríe con timidez y vergüenza. Ha llegado el momento de reencontrarnos totalmente. Y esta vez no es como las otras. Ha pasado tanto tiempo y hemos olvidado tanto nuestros cuerpos que sentimos el mismo miedo que la primera vez. El día oscureció hace un buen rato sobre las miles de calles de esta ciudad. Tanto mi corazón como el suyo laten descontrolados. Le cojo la mano para ahuyentar el pánico que nos domina. Salimos del ascensor y entramos en la Rox Room. La puerta se cierra tras nosotros y nos quedamos cara a cara. Cerramos los ojos avergonzados porque en esta ocasión nos vamos a desnudar hasta los huesos. El sueño cobra vida.

Cuando los abrimos, nuestros cuerpos entran en calor. Cuando se encuentran entre besos abrazos, caricias y roces comprobamos que no estamos excitados, sino nerviosos y emocionados. No hay violencia, sino miedo y ternura. La misma que existía cuando, al principio, nos citábamos cada noche. Cuando caemos sobre el lecho y nuestras bocas recorren paso a paso nuestros cuerpos, las ventanas se abren de par en par. Al colisionar, entendemos que ése es el gran momento que hemos logrado en esta carrera de locos que es la vida. Cuando nos situamos cara a cara y sentimos como el fuego se acerca a nuestras bocas, comprendemos hasta que punto nos hemos sentido solos y abandonados, y nos hemos echado tanto de menos. Al final, cuando todo se inunda, caemos dormidos en un profundo sueño. Y cuando despertemos, desearemos que todo haya sido verdad.

Un timbre tenue zumba en mis oídos. Es la alarma de mi reloj. Con suavidad, retiro el brazo de Madoka, que rodea mi cuerpo y me levanto. El cielo todavía está oscuro pero al final del horizonte se adivina la claridad del sol a punto de salir. Cojo una de las sillas y me siento frente a la ventana. Desde las alturas, primero contemplo el baile de las olas en la playa. Luego, las aguas del mar haciéndose más claras. De golpe, unos brazos rodean mi cuerpo por detrás del asiento:

– ¡Te tengo!

Es mi esposa. Desnuda como vino a este mundo. Bella aún como una diosa inmortal. Alegre y juguetona como en nuestra juventud. Se sienta en mi regazo y enrolla sus brazos alrededor de mi cuello:

– Domō arigatō, por esta noche tan maravillosa.

El beso es corto, como corresponde a un agradecimiento. Sin embargo, la emoción me traiciona y meto la pata:

– No tienes porqué... Sabes que te lo debía.

– ¿Qué quieres decir?

Su gesto se ha torcido un poco. Trato de corregirme. Menos mal que los años han mejorado esa faceta de mí:

– Todavía te debía una noche tan inolvidable como la que me ofreciste en Yokohama... Y aunque no haya sido tan fantástica como la de entonces, espero ofrecerte más como ésta sin esperar nada a cambio... Además, todavía tenía pendiente tu regalo de cumpleaños.

El beso que me da a continuación es tan corto como el anterior, solo que con un sentido totalmente distinto. El de absolución:

– No te preocupes si ha sido buena o no. Como ya te he dicho muchas veces, parte de tu encanto está en el hecho de que siempre te esfuerzas al máximo... Y esta vez no ha sido una excepción.

Finalmente, la emoción me traiciona otra vez:

– Arigatō, Ayukawa.

– ¡Baka! ¿Por qué vuelves a llamarme por mi apellido? Ni que fuéramos extraños.

– Gomen nasai... Tal vez haya sido por la otra chica. O tal vez porque he estado a punto de olvidar quién eres.

Guardamos silencio. El sol, una bola redonda, naranja, caprichosa y apagada, ya ha aparecido. Vuelvo sobre lo que me acaba de decir: “Ni que fuéramos extraños”. De pronto, recuerdo el beso en el espigón. Y la pregunta se dispara sin que pueda pensarla:

– ¿Por qué me llamaste ayer por mi nombre en el muelle?... ¿Por qué sigues utilizando mi apellido si soy tu marido?

Mi Ángel me ofrece una sonrisa familiar. La de una niña pequeña que ha tenido un capricho y quiere satisfacerlo:

– Fue sin querer... Si siempre lo hiciera así, me olvidaría de lo que significas para mi, Kasuga-kun.

Igual que una bombilla de bajo consumo, el sol empieza a encenderse. Madoka se alza por un momento y se sienta entre mis piernas. Nos abrazamos y besamos con más fuerza. A través de nuestros ojos y nuestra memoria, ambos estamos grabando todos estos momentos. Para no olvidarlos durante el resto de nuestros días.

Llegó la hora de la verdad. Mientras en el vuelo de vuelta a casa, Kasuga se pregunta como le irán las cosas a Ayukawa, ella permanece paralizada ante las puertas del Parque del Toshima En. Es un milagro que todavía permanezca en pie. Cuando ambos se encontraron por segunda vez, iba a ser demolido. Sin embargo, un importante grupo de inversores lo evitó en parte y se reabrió unos meses más tarde reformado y con nuevas atracciones. Atrás quedan las curvas de Okutama, que le han permitido volver al mundo paralelo. No tardó demasiado en comprobarlo: la policía la detuvo e interrogó en el primer control. Atrás quedan su hogar y el Abakabu, vacíos por la ausencia de sus seres queridos. Atrás quedan Hikaru y Yūsaku, felices por compartir sus vidas. Atrás quedan todos los colegas perdidos. La sangre derramada. Las luchas inútiles. Y en frente, el último paso que debe dar en esa dimensión a la que, supuestamente, no pertenece. Aunque, repasando lo vivido, le cuesta creerlo. Enfrente está la montaña rusa. El futuro incierto. Como le indicó Kasuga, lleva puesto el sombrero de paja rojo y sostiene un álbum de fotos con tapas rojas que guarda una selección de las imágenes de su vida. El aire mece sus cabellos, largos y libres.

En el control, el vigilante le dice que no puede subir con los objetos que lleva en la mano. ‘Afortunadamente’, uno de sus compañeros la conoce ‘demasiado bien’. Le dice que no ponga pegas. Provocar a “La de la púa” no es una buena idea. La montaña rusa arranca y, rápidamente, acelera su velocidad. Ayukawa sostiene con fuerza, entre sus piernas, ambas cosas. El recorrido es corto. Lo único que siente es la sensación de vértigo acelerado. Nada más. Al detenerse, su rostro muestra una profunda decepción. Contempla las mismas caras. El mismo lugar. Lentamente, se levanta y abandona la atracción. Primero suspira. Después, sonríe forzosamente. La frustración está a punto de quemar la fe que tenía en que todo iba a salir bien. El sentimiento de que aquello que vivió en Barcelona fue un sueño la va dominando poco a poco. Ante eso, mejor acabar de una vez para siempre.

Sin embargo, antes de que pueda pensar en una forma de poner fin a sus días, otra sensación aparece de la nada: la de desvanecimiento. Sus pisadas se hacen pesadas, lentas, débiles. Su cuerpo se mueve de forma torpe y dubitativa. Las fuerzas le abandonan al mismo ritmo que una botella al vaciarse. Asustada, sostiene el álbum de fotos y el sombrero de paja rojo. Finalmente, su cuerpo cae derrumbado al suelo, sin vida.

El sentimiento se convierte en deseo cumplido. Esta vez sí es el fin. Todo se ha acabado. Al fondo de la oscuridad, una luz cegadora la arrastra. El peso del cuerpo ha desaparecido. Vuela hacia allí como lo hacían aquellos que viajaban a Nunca Jamás. Cuando se aproxima, se hace más grande y brillante. Justo como acercarse al sol. No obstante, otra fuerza opuesta la succiona y la aleja de la claridad. Su potencia es todavía más brutal. Tras un tira y afloja, las tinieblas acaban por llevársela. El miedo ante lo desconocido la domina... Hasta que, en medio de la nada, vuelve a notar el peso de su cuerpo. A pesar de no poder abrir los ojos y escapar de la pesadilla que está viviendo, siente su movimiento. Siente su presencia. Lentamente, los abre. Primero, un poco. Es la claridad del día, que se cuela entre las rendijas de la persiana, la que le obliga a hacerlo así. Una vez se ha acostumbrado al brillo, los mantiene abiertos con más continuidad. Paso a paso, reconoce el lugar... Y a sí misma: lleva un respirador artificial en la tráquea. Por encima de sus cejas, identifica un vendaje que cubre su cabeza. Y el lugar donde descansa es la cama de una unidad de cuidados intensivos de un hospital. Si esto es el cielo...

Las dudas ocupan su mente: ¿ha muerto de manera definitiva? ¿Sigue en el mundo paralelo o ha vuelto al lugar que le correspondía? Habrá que tener paciencia para comprobarlo. Justo en ese instante, una enfermera entra en el box y, medio asustada y sorprendida, la observa. De inmediato, sale corriendo en busca de los médicos. No tardan ni dos minutos en llegar. Incrédulos y acelerados, la someten a

múltiples pruebas de la Escala de Coma Glasgow para chequearla. Están ante algo increíble. En cada test que le hacen se quedan más asombrados. 48 horas más tarde, los doctores le retiran la respiración asistida y le preguntan si puede oírlos. Ayukawa asiente con un movimiento de ojos.

Le comentan que está en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Universitario de Kawasaki. Lo que escucha a continuación le hace llorar: a finales de 1982 tuvo un accidente de tráfico e ingresó en estado grave. A los dos días sufrió un paro cardíaco y cayó al nivel 5 de la Escala de Coma Glasgow. No había respuesta ocular ni verbal, y su cuerpo se acercaba pero no respondía correctamente a los estímulos externos. Había permanecido en ese punto durante casi 6 años hasta hacía 60 horas. Otro paro cardíaco había vuelto a amenazar su vida. Sin embargo, tras ese incidente, había acontecido lo inesperado: su cuerpo iba localizando los estímulos con más facilidad y la actividad neuronal se acercaba a la de una persona sana. Le comunican que es un día de primeros de enero del año 1989. Y, milagrosamente, no ha sufrido ningún tipo de daño neurológico o físico. Es más, su cuerpo logró resistir los golpes. Ahora mismo está en el grado 9 de la Escala. Añaden que tardará un tiempo en recuperar el habla y un par de meses en salir de la entropía.

Las lágrimas siguen recorriendo las mejillas de Ayukawa. Ha vuelto a casa. Ha vuelto al lugar que le pertenece. Los 6 años de coma no han sido más que un sueño convertido, a ratos, en pesadilla. Sin embargo, todavía desconoce la suerte de sus seres queridos. Y la duda de si se volverá a encontrar con quien le ha robado el corazón pesa demasiado. Como la impaciencia.

Afortunadamente, las respuestas no tardan en llegar. Unos días más tarde, aparecen Hikaru y Yūsaku. Envueltos en lágrimas se abrazan a ella. No pueden creer que su mejor amiga haya vuelto con ellos. Ayukawa pregunta con la mirada por sus padres y su hermana. Todos están bien. Los primeros, como consecuencia del accidente, se turnan para cuidarla. Su padre está en Otaru, una de las ciudades de Hokkaidō y viene de camino. Su madre viajará con su hermana mayor, que vive en Seattle. Todo ello la hace muy feliz. Con el paso de las semanas, le ponen al corriente de todo lo acontecido en el Kōryō en su ausencia. Le comentan que, durante un par de trimestres, cursaron sus estudios un chico un poco peculiar y sus dos hermanas gemelas. Se habían mudado hasta siete veces a causa del trabajo de su padre, que era fotógrafo paisajista. Sin embargo, se rumoreaba que el verdadero motivo estaba en el hecho de que tenían ciertas habilidades...

A pesar de las dudas, Ayukawa recupera el habla en un par de semanas. Las enfermeras no dan crédito al esfuerzo sobrehumano que realiza para conseguir la movilidad de sus miembros. Se entrena sin descanso en el gimnasio de rehabilitación. La impaciencia por lograr el alta y continuar la búsqueda de Kasuga, ahora que sí tiene una referencia clara, la empujan hacia delante. Por desgracia, en el cansancio, la sensación de haber vivido un sueño imposible, y de convertir a una de las personas que más ha querido en una imagen irreal, la frenan. A pesar de todo, cuando repasa los hechos vividos o soñados, entiende que el encadenamiento de sucesos tiene una coherencia y un fin. El reencontrarse con sus padres y su hermana mayor, reafirma ese sentimiento. El chico que le ofreció todas aquellas indicaciones no era una visión. Es alguien que existe. En algún lugar.

Al cabo de un par de meses, ya en marzo, consigue el alta médica. Los periódicos del país se han hecho eco del milagro: «La hija de unos prestigiosos músicos despierta de un coma de seis años». La prensa no tarda demasiado en echarse encima de ella. La excusa perfecta para disculparse ante sus padres, hermana mayor y amigos. Fiel a su forma de ser, Ayukawa prepara el equipaje el día después de abandonar el hospital, y se encamina hacia la penúltima estación en su viaje: el pueblo de los abuelos de Kasuga. Primero, viaja en tren expreso hacia el interior durante cuatro horas y media. Al llegar a la estación, situada en la prefectura de Nīgata, pregunta por un lago con dos islas, Hombre y Mujer. Está de suerte: el empleado le indica qué autobús debe tomar para acercarse a la zona. El trayecto dura otra hora más. Al bajarse, las contempla. Es un lugar precioso. También reconoce otro punto de referencia que le recomiendan visitar cuando observan su indumentaria: camisa roja de cuadros negros y amplios, pantalones ceñidos, chaqueta, botas de senderismo, mochila de montañero... Y un sombrero de paja rojo. El pelo lo lleva recogido en una larga trenza. La vista de la Roca Tengu, con sus nieves perpetuas, embellece aún más el paisaje.

Camina con pasos lentos e inseguros. Algo le dice que es demasiado perfecto para ser cierto. Ha vuelto a su mundo y ha recuperado a sus seres queridos pero, ¿y si los abuelos del chico han fallecido? Al llegar al lago, se encuentra con un pescador. Con voz entrecortada y dubitativa, pregunta por los Kasuga. El hombre, un anciano bastante calvo, con pelo canoso y bigote ancho, que fuma en pipa mientras teje sus redes, le comenta que no están en ese momento, pero que puede acompañarle hasta su casa. Ayukawa

tiene un poco de miedo. El sujeto en cuestión parece ser bastante perverso. Ambos se adentran en el bosque y caminan por un sendero flanqueado por los árboles. Súbitamente, el anciano se gira y la asusta. Ella chilla y responde tratando de golpearle... Pero no puede. El hombre se ríe a carcajadas. Reconoce que se lo pasa muy bien asustando a las jovencitas. Justo en ese instante, su risa se distorsiona. Es como si su boca se hubiese quedado atrofiada. De detrás de unos matorrales, aparece una señora mayor muy amable con gafas. Le comenta que el gamberro que le ha gastado esa broma es su marido. A continuación, le pide que le disculpe y que le acompañe a su casa.

Allí le ofrece un té. Es una cabaña de madera tradicional con un molino de agua junto a un riachuelo bastante caudaloso. La hoguera está en el centro de la casa. Cuando observa a la chica, la anciana le comenta a su marido que todo esto le recuerda el momento en que su hija conoció a su yerno, un fotógrafo amateur que había viajado hasta allí para retratar los paisajes de la zona. Éste le pide que no dé más detalles. Todavía discute con su hija Akemi por la elección que hizo. Sin embargo, reconoce que Takashi tuvo mucho valor para pedirle su mano. ¡Ojalá su nieto fuese tan decidido para encontrar novia! El comentario le resulta divertido a Ayukawa. Agradece la hospitalidad y, pasados unos minutos de silencio, reúne las fuerzas suficientes para preguntarles si saben donde viven los Kasuga. Lleva mucho tiempo buscándolos. Los anfitriones se ríen. Está en la casa familiar. Antes de que le inquieren por la razón, Ayukawa les pregunta si el nieto al cual se refieren es Kyōsuke. Añade si, por favor, le pueden mostrar una foto. Cuando la ve, las lágrimas no tardan en escapar de sus ojos: es una imagen de él junto a sus padres y hermanas. Concluye que es una persona muy especial para ella. El rostro del anciano, serio y sin trazas de estar bromeando, acaba por despejar las dudas: “Te estábamos esperando”.

Finalmente, el primer día de abril de ese año, en algún lugar de Japón, sobre una colina alta, en la explanada de un parque, al final de los 99/100 (o 99,5) escalones, cerca de un árbol de recuerdos, un sombrero de paja rojo vuelve a unir los destinos de dos personas tocadas por la varita mágica de la vida.

FIN

© 2007. *Vize Yoshi. Sólo a efectos de reconocimiento de autoría.*

Copyright 2008. Vize Yoshi. A efectos restantes.

Iniciado un 13 de Octubre de 2006.

Concluido en su redacción un 8 de Marzo de 2007.

Agradecimientos:

- A la gente de Dream Comics (Igualada, prefectura de Barcelona) sin los cuales este proyecto no podría ser leído por todo el mundo.
- A Matsumoto Izumi, Takada Akemi y Terada Kenji (como debe ser con los sensei)
- A mi Sempai en el mundo del Manga Gajego Siryu, que comparte la misma pasión por Kimagure Orange Road.
- A los fan sites de Kimagure Orange Road existentes en España.
- A Carlos Alejo, todo un pionero (la guía me ha sido de gran ayuda) en lo tocante a Kimagure Orange Road, Mike Sánchez, sus respectivos ayudantes, y todos aquellos que han aportado su grano de arena a través de las traducciones de las novelas y los diálogos del tomo 18 del Manga y de Shin Kimagure Orange Road. Nuestro verano acaba de empezar.
- A la gente de mangaproject.net (¡millones de gracias!) por tener el enorme detalle de colgar el Manga en Internet (aunque sea la versión en inglés). Aquí en España no hemos tenido el placer de leerlo íntegro (¡Y qué placer!)
- A Robert Kwong y Stephen Tsai, que han inspirado la idea de crear un fan fic.
- A todos los que lean este fan fic. Desconozco si será el primero sobre KOR que se escribe en español. Sé que no todas las críticas serán positivas, pero vaya por delante mi agradecimiento por leerlo.
- A todos los incondicionales de Kimagure Orange Road repartidos por el mundo.